

ARIZONA

Ocantos, Carlos Maria/El peligro


mn



3 9001 03945 0195







Digitized by the Internet Archive  
in 2024

<https://archive.org/details/el peligro0000carl>

66  
67  
68  
69  
70

129

# NOVELAS ARGENTINAS

POR

## CARLOS MARÍA OCANTOS

---

De esta serie de Novelas, en que se estudia y describe la vida argentina contemporánea, en sus diversas manifestaciones, van publicados los **doce tomos** siguientes:

**León Zaldívar.**—Quilito.—Entre dos luces.—El Candidato.

**La Ginesa.**—Tobi.—Promisión.—Misia Jeromita.

**Pequeñas Miserias.**

**Don Perfecto.**—Nebulosa.—El Peligro.

En preparación:

**FRU JENNY**

(Seis novelas danesas.)

**RIQUEZ**

**MEMORIAS DE UN VIEJO VERDE**

(Tomo XIII de las Novelas argentinas.)

Del mismo autor:

**Mis Cuentos** (Primera serie).—*Un tomo.*

**Sartal de cuentos.**—*Un tomo.*

# NOVELAS ARGENTINAS

POR

CARLOS MARÍA OCANTOS

---

TOMO XII

---

# EL PELIGRO



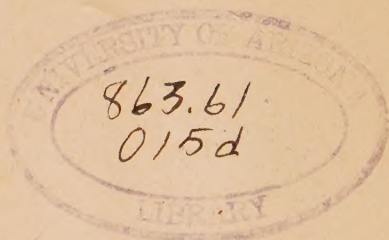
MADRID

IMP. Y ENCUAD. DE VALENTÍN TORDESILLAS

Tutor, 16.—Teléfono 2.042.

1911

ES PROPIEDAD



---

# EL PELIGRO

---

## I

Tenía Tecla la cara bonita, los ojos grandes, la boca chica, la piel blanca, el talle fino; pero, á pesar de todas estas perfecciones visibles y de otras que se adivinaban, no era Tecla atractiva, ni siquiera simpática... Pregúntenselo ustedes á don Benigno Landín, el maestro español castizo é intransigente, que en la fábrica de galletas y pastas para sopa de Paolo Fiorelli, aprovechaba, llevando los libros, las horas que le concedía la enseñanza del castellano, de literatura y aritmética en colegios y casas particulares.

Hay muy pocas noticias de estos Fiorellis italianos, trasplantados á la Argentina

y radicados en Buenos Aires. Muy pocas (1). Que el abuelo, el gordo D. Tomasso, estableció la primitiva fideería en la calle de Charcas, donde hoy existe el palacio de la rama millonaria, y de este tronco salieron Margarita, mujer de ministro, y las hijas de Margarita, mariposas de los más aristocráticos salones. Que otras ramas hubiera, no se sabía, y en callarlo se empeñaba la familia de la calle de Charcas, tanto que entre la calle de Charcas y la de Centro-América, asiento de la nueva fideería, no había comunicación de parentesco, ni de simple conocimiento; pero, eran parientes, y muy cercanos, sí, señor, aunque el orgullo se oponga, como que D. Paolo era hijo del único sobrino de D. Tomasso, y de Monferrato procedía, como D. Tomasso; se llamaba Paolo, como el sobrino único, y se apellidaba Fiorelli, y tenía los ojos azules, el pelo rubio dorado y la blancura sonrosada de todos ellos, lo mis-

---

(1) *Promisión.*

mo que la mano apelmazada y corta, distintivo de los soberbios de la calle de Charcas, heredada de la ordinaria D.<sup>a</sup> Rosina, la abuela fundadora.

Pero, no lo reconocían, ni lo reconocieron jamás éstos, desde el día que la voz de la sangre, por boca de un jovenzuelo inmigrante, llamó á sus puertas de tallado y barnizado cedro, con las que le dieron en las propias narices; no faltando quien asegura, que al portazo precedieron desafueros de la escoba del criado gallego. Lo cierto es que D. Paolo, en el verdor entonces de sus veinte años, hubo de campañárselas solito y sin ayuda de nadie, y sabe Dios á costa de qué sudores y fatigas consiguió poner la primera fideería, modestita, allá por el Once, recordando que el fabricar pastas sirvió á sus parientes para hacer fortuna, acaso poseedor del secreto y privilegio de los Fiorellis de prepararlas exquisitas. Sabe Dios también qué tumbós dieron la fábrica y el fabricante, y cuántos años pasaron hasta la instalación definitiva

en el amplio edificio de la calle de Centro-América, levantado de nueva planta, todo de bonito ladrillo colorado, con patios, talleres, sótanos, hornos, oficinas y un piso entero sobre el Mediodía para la familia del patrón, que, en esta etapa de su tesonuda carrera, punto y hora de presentarse cortésmente ante los lectores en el escenario de su fábrica, ofreciéndoles la rica galletita *Tecla*, de fama continental, mostraba más plata que oro en su cabellera y más arrugas que buena salud en su cara simpática, y más tristeza de vencido que satisfacción de vencedor.

¡La familia! Lo raro era que de esta familia los empleados más antiguos nunca supieron palabra. Que tenía un hermano bastante menor que él, Hugo, muy guapo, el cual vino de Italia precisamente cuando se inauguró la nueva fábrica, eso sí lo sabían; pero, que fuera casado el patrón, no. Jamás vieron á Tecla en el Once, ni á Parmenia, su hermana, ni á su madre misia Gorgonia, ni al gandul del sobrino, Mar-

quitos, un muchachón lleno de vicios, al que se colocó de preferencia en la oficina de D. Benigno, á las órdenes inmediatas de este quisquilloso personaje. Asombro de todos fué, por consiguiente, ver que sentaba allí sus reales la improvisada familia de D. Paolo, mujer, cuñada, suegra y sobrino, tomando posesión del piso alto con desahogo extraordinario.

Para esta toma de posesión no hubo solemnidad ninguna, como parecía natural si habían de matarse en flor los comentarios. Todo lo más, á los ocho días, cuando echaban chispas las bocas y los hornos de la fábrica, bajó el abatido Fiorelli en compañía de Tecla y toda su parentela, y con pretexto de visita y curioso, fué presentándola á sus empleados:

—Mi mujer... Mi suegra... Mi cuñada... Mi sobrino.

Estaba el patrón más triste ese día, y hablaba como forzado ó encogido. Ellas, las jóvenes, elegantes, bonitas como dos pintadas y lustrosas manzanas, cuidaban

de no mancharse los vestidos y saludaban con imperceptibles cabezaditas; la vieja, flaca y avellanada, husmeaba el sabroso olorcillo de las pastas y se entretenía en pellizcar todas las que alcanzaba con sus dedos de amarilla porreta. Marquitos, fumaba entretanto, mirando con desprecio cuanto allí representaba la inmensa labor del hombre que, andando delante, decíales con aire fatigado:

—Aquí se prepara la pasta... Aquél es el secadero de los fideos... El embalaje de las galletas se hace en esta sala... Por aquella escalera se baja á los hornos...

Terminada la visita, salieron todos y no volvieron á parecer más las damas; pero, los comentarios no se acallaron; al contrario, sobre ellos sopló para avivarlos D. Benigno, que, irguiendo el cuello de gruesas venas, disparó por el portillo de su boca maldiciente:

—¿Saben ustedes? Me huelen á trapison-da, la mayor sobre todo. El *veni, ché* de la vieja se me ha quedado atascado en la gar-

ganta... Nos vamos á divertir. Por mi parte, de las dos Teclas prefiero la galleta, dulce y sabrosa más que la fruta de que habla el poeta, porque á esta Tecla de carne cualquiera la teclea... Digo, me lo figuro.

Acostumbrados á las malignidades de D. Benigno, por talleres y oficinas corría la risa como alegre arroyuelo. Allí estaban los más antiguos, los obreros que con don Paolo fundaron la primera fábrica; el criollo Matías, Francesco el genovés, el romano Stella, el oriental Pelitos, y ninguno, palabra de honor, ninguno recordaba... La encarnación patente y súbita de la popular galletita los dejó turulatos. Porque nunca el patrón... ¡Era más serio! Ni aun de joven se reía, y la tristeza de ahora no había hecho más que aumentar y dominarlo por completo, porque siempre fué triste, tan triste como serio. ¿Las fatigas del trabajo? ¿La nostalgia de su país? ¿El despego de los otros Fiorellis? ¿Alguna oculta enfermedad? ¡Vaya usted á saber!

D. Benigno recorría oficinas y talleres

con una caja de latón vacía, en cuya pintada cubierta aparecía el retrato de la Tecla que daba su nombre á la golosina, y vociferaba:

—Es la misma. Miren ustedes. Si está hablando...

Matías, Francesco, Stella y Pelitos y todos, hasta el grupo de obreras embaldosadoras, certificaron que sí, que la galleta y la mujer eran una misma cosa ó una misma Tecla. Luego...

Puso el maestro el dedo sobre su calva frente, y meditó. También meditaron los más viejos. Los demás esperaban, mirando. Luego... llevaba siete años de lío, porque siete años hacía que la *Tecla* fué lanzada al mercado. Justo, siete años. Nada, nada, que el patrón se la había pegado á ellos, los había *fumado*, según la expresión de Pelitos, que dejó amarillo á D. Benigno.

Y el alegre arroyuelo siguió corriendo, hasta que se agotó el tema y la normalidad reinó soberana. Como la malicia tuvo más grande parte que la benevolencia en la

apreciación del hecho, agua sobre brasas fué la actitud del recién llegado Hugo, el hermano, á quien se vió departir con la señora Tecla, y reir con la señorita Parmenia, y bromear con misia Gorgonia, y salir de paseo con Marquitos. Es decir, que Hugo aceptaba de buen grado la situación, y cuando la aceptaba... Callad, pues, murmuradores, y cese el portillo de D. Benigno de fluir manso y envenenado hilo de perversos comentarios!

La paz se hizo en la nueva fábrica, y brazos y máquinas continuaron trabajando á porfía. Todavía no habían germinado en nuestra tierra las ideas de solidaridad que hoy trae revueltos á obreros y patronos, y de la santa Huelga no se conocía ni el nombre; así, todos cuantos bajo la dirección de D. Paolo trabajaban eran gente tranquila, sumisa, contentos del hoy, confiados en el mañana, que representaba aquel hombre taciturno, envejecido por secreto torcedor, bueno y justo, sin embargo, como un padre.

La paz reinó, pues, abajo y arriba. Arriba, la familia intrusa, repartida equitativamente en las hermosas habitaciones del patio principal, hacía vida muy retirada. Alguna vez sonaba el piano de Parmenia; los visillos estaban siempre caídos, para evitar el fisgoneo de los obreros, y las entradas y salidas eran pocas, muy pocas. Diríase que ponían empeño en que no los vieran. La misma Parmenia que, como más joven, debía de ser la más alegre, parecía nada risueña; tenía jazmines en sus balcones, y los dejaba secar... La sombra de don Paolo, como árbol arrimado á una tapia, entristecía el espacio cubierto por sus ramas, y cerraba el paso á todo rayo de alegría.

Decía Pelitos... Pero, ¿á qué repetir lo que decía Pelitos, invención, sin duda, de su mal satisfecha curiosidad, si en el principal de la fábrica, como en toda ella, tenemos la puerta franca, y podemos entrar á la hora que nos sea más cómoda, y meternos donde nadie nos llama, y averiguar

lo que menos nos importa, que es lo que hace media humanidad á diario? Ea, ánimose ustedes y vengan conmigo. Aunque no lo confiesen, ya están muriéndose de ganas de subir para enterarse del por qué deja Parmenia secar sus jazmines, por qué anda siempre triste el D. Paolo, en qué trapi-sondas se mezclan el recién llegado Hugo y Marquitos, y qué líos traen entre manos Tecla y misia Gorgonia.

Mucho querer es averiguar todo esto. Casi estoy seguro que en una sola visita no averiguaremos de la misa la media. De todos modos, vengan ustedes conmigo...

Es la hora matutina en que baja Fiorrelli á su despacho. Seguramente vamos á tropezarle en la escalera. ¿En la escalera dijiste? Pues ya le tienen ustedes. Baja despacio, fatigosamente, cual si viniera cargado con un gran peso; la carga no se ve, pero se adivina en la corvatura de las espaldas, en la contracción del gesto. Sin duda lleva encima la fábrica de galletas y el familión de añadidura, mucho peso, de-

masiado peso para un hombre solo, excesivo, abrumador, insoportable para quien, como Paolo Fiorelli, ya no es joven y se cuida poco de atajar la invasora vejez, cuya helada mano siente en el cuerpo y en el alma. Baja despacio y se detiene á veces. Es que ha oído la comprimida disputa de Tecla y de Parmenia, que aprovechan de su ausencia para tirarse del moño; ó el resoplar de misia Gorgonia en los pasillos, mascando siempre, siempre voraz, gimnasia de quijadas en que no cesa ni dormida.

Si esto es lo que oye Fiorelli, le veréis contraer más el gesto, echar hacia arriba una mirada que, no hay duda, es de ira, de ira domada, y que pugna por estallar. Pero, si lo que se escucha son gorjeos juveniles, sonoras interjecciones en el dulce dialecto de la aldea italiana, ¡ay, tan olvidadas! entonces en sus labios pálidos jugueteará una sonrisa... La voz de Hugo, del amado *fratello*, pedazo de su alma que, al fin, pudo traer de tan lejos, venciendo escrúpulos y cavilaciones, heredero suyo

incontestable, más que hermano, hijo, ya que otros no tenía.

Y borrada la sonrisa bajo el lacio y canoso bigote, irá á los talleres, inspeccionará el punto de la pasta, la limpieza de los moldes, el aspecto de los secaderos, el orden del embalaje; interrogará á Pelitos y á Matías y á Francesco y á Stella, y entrando en el alegre despacho, tocará ligeramente la visera de su gorra de seda negra, y dirá cortésmente:

—Buenos y felices días, Sr. Landín.

Sigamos subiendo, mientras él cambia palabras de afecto con el digno burgalés, y asomemos la nariz, nada más que la nariz... ¡Jesús! Cerremos los ojos ó la puerta, los ojos más bien; que si tocamos á la puerta, el ruido espantará á la caza. Porque ¡figúrense ustedes! la flaca misia Gorgonia anda en paños menores ó poco más: en enaguas, con una pañoleta que deja el pellejo de los brazos expuesto á la vergüenza; coronada de cuernecillos de papel la frente, va y viene en busca de no sé qué,

soltando entre mordisco y mordisco palabras muy feas; pero muy feas... Las habitaciones, puestas de nuevo, con lujo de relumbrón, se hallan en revolucionario desorden; las ropas, arrastrando por los muebles, revueltas con el perro de Tecla y la gata de Parmenia y la cotorra de misia Gorgonia; el polvo, dueño y señor del recinto, blanquea todo, se amontona en capas espesas, nevada del desaliño y de la suciedad, flotando complicado tufillo de esencias y humanas emanaciones, que al aire de fuera, si entrar le dejaran, costaría-le mucho barrer.

Y allá en el fondo, en sendas mecedoras, en enaguas, como misia Gorgonia, las dos perezosas criollas, Tecla y Parmenia, chupeteando el mate que la descalza china las presenta alternativamente; lánguidas las dos, ambas doloridas, sin ánimos para nada, sin humor nada más que para estar así echadas y así servidas hasta el fin de su descansada vida...

Cerremos, cerremos los ojos y la puer-

ta y dejemos la visita para otro día, que, por las trazas, á esta hora las señoritas no reciben. No por ello dejaremos de averiguar lo que tanto nos interesa. Verán ustedes.

Supongo que habrán oído hablar de las Ulrrias. ¡Hombre! ¿no? ¿De Concepción Ulrria tampoco, la tiple argentina del género chico? ¡Ah! De Concepción Ulrria, sí. Pues, acerca de estas Ulrrias tengo, entre los documentos que para escribir esta verídica historia he recogido, un volante que dice: «Tertulia de misia Gorgonia Ulrria...» Y á renglón seguido una caterva de nombres conocidos en la aristocracia, en la política y en las letras: Eneene, Trujillo, Salgado, el general Ordenado, Esteven, Rómulo Pares, Gabinito Asnabal, Jorgito Cadenas, Buenaventura Luces... la mar, viejos y jóvenes. Y sobre todo, muchos doctores.

Cualquiera de ellos, al escuchar el nombre de Ulrria, guiñará el ojo picarescamente. Y recordará la casa de misia Gorgonia, aquel salón de yute rojo y pino pintado, donde durante más de veinte años la

galantería de tapadillo tuvo fervoroso culto, culto honestísimo, en el que la moral no encontraba de qué sonrojarse, pues no se hacía otra cosa, ni la rigidez de principios de la dignísima dueña de casa consentía otra cosa, que charlar, jugar á las prendas, tomar un refresquito y bailar una polka ó un vals al son del piano del negro Teodomiro. Salón casi rival del famoso de Tejera, aunque las damas eran dudosas todas; pero los caballeros, lo más granado y escogido. Allí no se entraba sin previa presentación personal ó por tarjeta. En esto, como en lo otro, misia Gorgonia era muy rígida. Que no le fueran á ella con bromitas, ni con desvergüenzas... El aire con que presidía las reuniones, erguida en el sofá principal, era afectadamente señorial; su moreno escote, en el que fraternizaban las perlas y los brillantes falsos, parecía muestrario de su hermosura pasada; hablaba con mucho remilgo y dengueo pegajoso, y atendía á sus tertulianos del más exquisito modo con que gran dama pueda

atender en la sociedad más alta. Hasta el gesto con que rechazaba el estipendio, que cada cual aportaba para gastos de la fiesta, cuando por torpeza á ella se enderezaba, era delicadísimo:

—A Teodomiro... Yo no me entiendo de eso... A Teodomiro.

¿Era casada ó viuda? Ella decía que viuda, de un coronel. Lo cierto es que al tal coronel Ulrria nadie lo vió jamás, y creo que nunca haya figurado en el escalafón. Pero, casada, viuda ó soltera, tenía tres hijas y una sobrina como cuatro soles: Trinidad, la sobrina, Concepción, Tecla y Parmenia, las cuales y en turno de edad iluminaron el salón con la luz de su hermosura, y fueron cebo de peces grandes y chicos; las cuatro tan distintas entre sí, que cada una representaba un tipo de belleza acabado: rubia, de ojos celestes, Trinidad; también rubia, pero con los ojos negros, Concepción; blanca de color y cabellos negrísimos, Tecla, y Parmenia, morena de piel y de pelo.

A Trinidad, la pobrecita, la pasó un percance atroz... Acaso misia Gorgonia no miró por ella como por sus hijas, ó era ella más débil que las otras. Pues, de resultas de aquel percance vino al mundo Marquitos, y los tertulianos de la digna señora recordarán el sofoco, la indignación que ésta tuvo, y cómo se dió á buscar al culpable, para escarmentarle en el bolsillo, que es donde duelen todas las culpas. Recordarán también que, como hallarle, no lo halló, pero sí el medio de endilgarle el chico al más rico, D. Gabino Asnabal, á quien molió á sablazos, y después de muerto clavó en la picota, suscitando el pleito de filiación natural más escandaloso que se ha visto. Desgraciadamente, en estas y las otras, murió Trinidad y se perdió el pleito, quedando la Ulrria condenada á pagar las costas de Marquitos, que ya eran costas.

En este centro equívoco cayó, como del cielo, el italiano Fiorelli, en un cuarto de hora de desaliento, de fatiga moral, de ansia de hacer un paréntesis en la abru-

madora labor diaria. Lo llevó allí su sino, y hombre maduro y reservado, de retraída vida, que prueba el sabor de una calaverada, se entregó como un muchacho bajo el poder de misia Gorgonia y en manos de la guapísima Tecla, que era entonces la que estaba de tánda, porque Concepción, protegida del gran Trujillo, habíase dedicado al arte escénico y desertado del salón, con gran dolor de sus admiradores.

Olía á dinero el nombre de Fiorelli, clásico perfume. Era, además, Fiorelli simpático, fino y de muy buena presencia, incapaz de defender su corazón y su bolsa de blancas manos, las que, si ofender no pueden, despojar saben á maravilla. No se necesitaba más para que la madre y la hija hicieran de su voluntad lo que él hacía con la pasta de su fábrica: moldearla á capricho. Tan caprichosamente, que, á poco andar, convirtiósese en el tertuliano más asiduo del salón de Ulrria; no quiso sufrir luego competidores cerca de Tecla, y antes del mes proponía muy seriamente á misia Gorgo-

nia cargar él solo con un fardo que imaginaba más leve que una pluma.

¡Y poco bien que la supo á misia Gorgonia la propuesta! Ella, que se moría por los dulces y las golosinas, estaba encantada con aquel hombre tan amable, que no olvidaba cada noche de traerla el kilo de pastas; ¿qué digo un kilo?, cuantos fueran precisos para el refresco, lo que evitaba un gasto más. ¿Y qué decir del día que trajo la primera muestra de la nueva galletita, la *Tecla*, la famosa *Tecla*, una delicia para el té, con su gustillo delicadísimo de azahar? Misia Gorgonia se dormía pensando en la fábrica de Fiorelli, y soñaba que, dueña absoluta de la fideería, mascaba, mascaba mucho, galletas de toda laya, pastas de todo género, y se despertaba mascando, mascando...

Asimismo, la propuesta hubo de discutirse duro y parejo, con toda claridad. Indudablemente, Fiorelli convenía para el caso: un borrego de manso y callado y nada celoso. Pero Fiorelli quería llevarse

á Tecla, y Tecla era el atractivo mayor del salón de Ulrria. ¿Qué iba á hacer misia Gorgonia sin Tecla, cuando Parmenia andaba en los quince años entonces y no podía reemplazarla? ¡Ah, no! ¡Bonito negocio!

—No, no, Fiorelli—decía la dama entre bizcocho y bizcocho;—así, no... Busque usted otra fórmula de arreglo, cualquiera; busque usted, busque usted.

La defendió, como defendió á Concepción del doctor Trujillo, y no encontrando el italiano fórmula más sencilla que alzarse con la muchacha y salir por pies, la encontró ella la fórmula, la misma que el ilustre político rechazó en su oportunidad, y que consistía, nada más, que en lo siguiente: suprimir la tertulia, cerrar el salón y aceptar como amo único al señor Fiorelli, quien, de la noche á la mañana, se veía rodeado de una familia cariñosísima, que á fuerza de mimo haríale olvidar sus tristezas de solterón.

Así como en medio de una tempestad,

á la luz del relámpago, se descubriría la negra boca de una caverna, y vueltas las sombras desaparecería caverna y todo, en un abrir y cerrar de ojos columbró D. Paolo la sima del peligro... y luego, nada.

Se suprimió la tertulia, se cerró el salón y se hizo cuanto misia Gorgonia dispuso. La fábrica del Once era mezquina, y no consentía la instalación de una familia tan numerosa, por lo cual se quedaron en la misma casa; pero se renovó todo el menaje y se taparon muchas goteras de que sólo la Ulrria tenía noticia, viejos goterones que se creía no poder tapar nunca. En los roperos, que huérfanos estaban de lo que pide, no ya el lujo, sino cada estación, y en la vacía despensa, entró la abundancia, como entra el agua en el dique reseco.

¡Jesús, y lo que se gastó, y lo que salió del italiano bolsillo, abierto por la decidida mano de misia Gorgonia! Porque en una casa todo, todo hace falta; que esto, que lo otro, y no se pára de sacar cuartos. Cumplida la parte material, pensó la señora en

la moral: en que había que dar educación á Parmenia y á Marquitos. La misma Tecla era una perfecta borrica: no sabía leer sin pronunciar las palabras, y estaba á matar con las haches.

Había que tomar maestros, y se tomaron de primaria, y luego de humanidades y de piano, el piano para Parmenia, la segunda enseñanza para Marquitos, que quería ser abogado. D. Paolo pagaba todo, en silencio; soltaba el dinero como un grifo el chorro, automáticamente, sin sentirlo; enamoradísimo de Tecla, se dejaba esquilmar tan á gusto, como el borrego déjase cortar el vellón, y hasta le parecía que no pagaba muy caro el dulce derecho de llamarla suya.

No en vano misia Gorgonia había ejercido aquel oficio de discretos, «necesarísimo en república bien ordenada», porque así que tuvo á Tecla colocada de modo tan brillante y seguro (el carácter de D. Paolo era la mayor garantía de duración, y esta clase de caracteres la conocía ella muy

bien); así que tuvo, repito, á Tecla en buenas manos, pensó, madre amorosa, en Parmenia, en el porvenir de aquella niña cuya morena belleza causó asombro en su paso fugaz por el salón de Ulrria, y que se anunciaba más lucrativo aún que el de sus hermanas mayores. Para Parmenia quería misia Gorgonia un pez gordo, de los más gordos, y como no tenía ya salón donde exponerla, imaginó que escaparate mejor que el de una abierta carretela, arrastrada por dos hermosos trotones, no podía haberlo, y á Fiorelli, naturalmente, fué con la embajada.

—Ya ve usted, Fiorelli: la niña se me está poniendo amarilla á fuerza de estudio, y necesita un paseíto todas las tardes.

Y sacó el coche, como todo lo demás; que no semejaba el familión hambriento, sino una bandada de voraces buitres. Afortunadamente, la fabricación de galletas y pastas para sopa subvenía á necesidades y excesos, y el negocio marchaba de lo lindo, sin contratiempos ni apuros, creciendo, au-

mentando, elevado por la prosperidad á las nubes.

Así se recorrió el camino del Once hasta Centro-América, buen camino y excelente recorrido. Muy mala pata, por cierto, trajo la nueva fábrica, porque en cuanto se puso la primera piedra, y desde la primera hasta la última, el paciente D. Paolo, no se sabe cómo ni por qué, ensayó sus primeros corcovos; ¡él, que en los varios años de atado al pesebre no había resoplado siquiera! Decía misia Gorgonia que «al hombre, como al caballo, no hay que cansarlo»; por lo cual, aparte las exigencias que ella creía ineludibles, en el arte de ser prudente no la ganaba la suegra de verdad más discreta, si las hay, y era tan larga, que jamás dijo palabra desentonada; de la fidelidad de Tecla cuidaba como de su propia lengua, é imponía respeto absoluto á los jóvenes y sumisión, porque si el caballo se cansaba y daba con todos en tierra, ¡muy buenas noches!

¿Cómo, pues, con tan sabia política, apa-

recieron en el hombre los fatales síntomas del cansancio, que en estas uniones de pega, no remachadas por la religión y la ley, signo son de rompimiento? Tembló misia Gorgonia sólo de pensar que la unión se rompía y que caían todos de cabeza en el despeñadero de lo desconocido: ella, con sus achaques; Concepción, dada á los demonios después de muerto Trujillo, con más acreedores que pretendientes; Tecla, en los treinta años y olvidada ya de la ciencia de embrujamiento; Parmenia, sin su pez gordo, y Marquitos, graduado de sinvergüenza antes que de abogado. Atizó, con los más altos consejos, el mortecino fuego de Tecla, siempre tibia para dar el vuelto al amoroso gringo, armó sus baterías de defensa y sus trampantojos con aquella listeza suya eximia, que en la galantería bonaerense tanta fama la dieron.

¿Pero, eran, de veras, síntomas de aburrimiento ó naciente despego los cambios de humor de Paolo Fiorelli? ¿De qué se alarmaba la Ulrria? Relámpagos de la concien-

cia, si acaso, suspiros de prisionero, ayes de condenado; nunca alardes de voluntad, en él ausente ó dormida ó de tal modo consagrada á su fábrica, que carecía de fuerzas para emplearse en otra cosa alguna.

—Cállate—decía á Tecla misia Gorgonia,—que si á tu lado no vigilara tu madre, con esa pachorra tuya y ese hielo, hace tiempo que esto se había acabado. Y si se acaba, prepárate á rodar como tu hermana Concepción, que por haberse emancipado de mí, anda siempre de la cuarta al pértigo. Yo noto en Fiorelli un cambiazó atroz, sorprendente... Esta mañana, en el almuerzo, no habló palabra... Lleva varios días torcido con Marquitos, sin duda de ver al muchacho cada día más torpe, más inútil, despreciando un amparo que ya echará de menos alguna vez... A Parmenia la negó ayer un palco en el Politeama. ¡Negarse él! ¡Cuándo se ha negado á nada, si es como un perro de estos grandones, que parece van á comerse á todo Cristo, y de todos se dejan palmear el lomo? Vete con palmadi-

tas á Fiorelli, tal como está. ¡Dichosa fábrica nueva! Con tanto gasto y mudanza... ¡ay! no se acaba con los gastos. Ella, la fábrica nueva, es la que nos ha mudado á nuestro hombre.

De aquel hermano de Italia pocas veces les había hablado D. Paolo. Diríase que el caro nombre de Hugo no quería pronunciarlo en el extraño hogar que su debilidad había formado y en el que jamás debía penetrar, porque la moral lo vedaba. No obstante, conforme iban creciendo las paredes de la nueva fábrica y obscureciéndose su humor taciturno, se dejaba llevar con más espontaneidad al tema del hermano, «cuyo porvenir en Buenos Aires sería tan brillante...» ¡Un muchacho de veintidós años, hermoso como un querubín, listo como el rayo, vegetando allá en la aldea, al lado de un tío cura, machacón é inaguantable!

—Pues, mándele usted venir—insinuaba la Ulrria con calor;—eso le alegrará el ánimo. Aquí, interesado en su fá-

brica, con su consejo y su ejemplo, ¡figúrese usted qué carrera le espera! Algo más sacará de su generosa protección que este haragán de Marquitos, que no parece por su despacho así le maten, y sirve más para estorbo que para alivio de ese buen señor Landín.

En el famoso salón desierto, impregnado aún de sospechosos aromas, templo abandonado de la madre Venus, D. Paolo, junto al piano de Teodomiro, en el que Parmenia esforzábese por mostrar sus escasos adelantos musicales, negaba con la cabeza, súbitamente ceñudo y malhumorado.

—Sí, Fiorelli—agregaba Tecla, mimosa;—mándale venir. ¡Estará aquí tan bien!

—¡Aquí!

Y miró en derredor, coloreadas las mejillas por repentina invasión de la sangre...

Un día, más comunicativo, les enseñó el último retrato, y hubo gritos de admiración, tan apuesto era el mancebo. Misia Gorgonia, apretando el resorte que sabía

producir más dulce sonido, le floreó con los más bonitos motes del repertorio, y no se quedaron cortas las muchachas en sahumarlo abundantemente. Orgulloso, dijo D. Paolo que le mandaría venir «cuando se terminara la fábrica».

Tal estaba el hombre de indeciso y á tan extraño trabajo interior sometido, que cien veces sobre este acuerdo podía volver, y volvió en efecto, declarando otras ciento que no vendría, que no le dejaría venir, porque... En esto de las razones se paraba, y uno á uno miraba á todos, con singular expresión y mortificante. Y como á las mujeres se las daba una higa que el caballere Hugo viniera luego ó se estuviera con su tío cura, que así los partiera un rayo á los dos, se cuidaban poco de remover el asunto, sino era para seguir le á don Paolo el humor, que de ello hacían particular estudio, siguiendo los sabios consejos de su maestra misia Gorgonia.

Así, como araña que teje la red de su provecho, cada una de ellas envolvió con

hipocresía á D. Paolo en mentiras, engaños y falsedades, y llegó el día que don Paolo no supo de fijo quién de los cuatro (porque Marquitos no las iba en zaga á las mujeres) decía verdad. Y ocurrió que el hombre se abroncó más de la cuenta, y la situación, prendida con alfileres, pareció tan comprometida, que la Ulrria no pasaba bocado en paz.

Afortunadamente, se terminó el edificio de la nueva fábrica, y cuando la banda de los Ulrrias creía recibir los pasaportes en toda regla, vieron que entraba por sus puertas D. Paolo, menos triste que de costumbre y con dejos de sonrisa, oyéronle decir:

—Mañana *nos mudamos* á la calle de Centro-América. Ya está todo listo, y no falta ni un clavo. Cada cual escogerá su habitación... dejando una buena, por supuesto, para Hugo, que vendrá pronto. Y se llevan ustedes el perro, el gato y la cotorra, que para todos hay cabida.

—¿Ves, mamá?—decía luego Tecla á

su madre;—¿ves cómo es de los que ladran y no muerden? Acostumbrado á mí, de mí no puede soltarse, y no soltándose de mí, tampoco de vosotros, que apretáis el nudo de lo lindo.

—Qué sé yo—contestó la dama tragando saliva;—creía conocer á esta clase de hombres, pero con éste no sé ya á qué carta quedarme. Por lo pronto, á mudarse tocan. Hoy mismo le planto el primer carro en la puerta, no haga el diablo que se arrepienta. Y mientras dura, vida y dulzura.

La mudanza é instalación se llevaron á efecto sin contratiempo alguno, mostrándose D. Paolo contento y hasta espléndido; pues, por satisfacer caprichos de decorado que armonizaran con el menaje, abrió la bolsa, tan ancha como en los primeros tiempos, y de ella, con el oro, se vertió la alegría.

Después de la mudanza, suceso feliz y trascendental, apareció, cuando no se le esperaba, tantas veces se había anunciado y desmentido su llegada, el *bambino* de Ita-

lia, el hermano Hugo, que resultó tal cual lo pintaban y aun mejor, porque á guapo y gracia varonil y á desenvoltura, el mismo Marquitos, que presumía de barbilindo, no le ganaba, antes perdía vergonzosamente en la comparación. No produjo su entrada triunfal, del brazo del alborozado Fiorelli, al principio, ni frío ni calor; calor en la apariencia; de falsa bienvenida, de risa de ver el desparpajo con que ensayaba el mal aprendido castellano... Luego, la comezón del temor, ante el extraño que viene á compartir intimidades y en los entretelones de la vida cotidiana á colarse indiscreto; el miedo de la situación engañosa, la ansiedad por saber si sabía ó no sabía; el fingimiento, las ojeadas discretas, los codazos de alerta.

Como saber, diríase que no, que no sabía nada. A misia Gorgonia la había besado la mano con rendimiento digno de un caballero ante una gran dama; á Tecla la abrazó fraternalmente, y para Parmenia y Marquitos escogió las palabras de admira-

ción y de amistad que pudo hallar en su escaso vocabulario. No, seguramente, no sabía nada.

Con esto, mal que bien, la vida común de tan heterogénea masa familiar comenzó sin pena ni gloria, y fuera más llevadera, tan buena maña se daban los Ulrrias en identificarse con el recién venido, si el humor de D. Paolo, bruscamente, no sufriera nuevo eclipse. Imaginaba la vigilante misia Gorgonia que sin la preocupación del ausente, iba *nuestro hombre* á componer la máquina de su carácter; pero, pasados los primeros días de la novedad, se ensombreció más, con nubarrones de tormenta, que sobre la casa amenazaban reventar de un momento á otro, y de los que parecía símbolo el obscuro, retorcido y altísimo penacho de la humeante chimenea.

Salía una tarde de su despacho D. Benigno Landín... Llevaba D. Benigno el clásico levitín de todos conocido: el mismo que trajo de Burgos, su patria, en la emigración; el mismo de sus bodas con la her-

mosa entrerriana; el mismo del bautizo de Luisa y del entierro de su mujer; el mismo que de tinte en tinte, de remiendo en zurcido, de año en año, había venido á tomar un color, que no era de mosca ni de cucaracha, propiamente, aunque de entrambos tenía, y lastimoso aspecto de decente pobreza; el mismo que con lluvia ó con sol, con calor ó con frío, ya luciendo el atornasolado brillo, ya debajo de un gabán pardo, hermano de pila suyo, gastó siempre el maestro, y trazas mostraba de gastarlo hasta después de muerto. En la cabeza, el poco limpio sombrerete, de forma reñida con la moda, y en la mano un rollo de papeles, apuntes, sin duda, de su obra monumental *Granos y gorgojos del idioma nacional*, que hacía años preparaba, y el ejemplar de la Gramática de la Academia, sobado, grasiento, comidos los extremos de las hojas por el hurgar constante de los dedos febriles; ejemplar que era á modo de disciplinas, porque lo levantaba en alto y lo sacudía, y parecía querer cas-

tigar con él al que, delante de su respetable autoridad, cometía pecado de lesopurismo, lastimando sus orejas de castellano viejo con la endemoniada jerga, con la espúrea mescolanza lingüística de que tanto abominaba.

Salía, pues, mi D. Benigno de la fábrica, concluído su trabajo, y salía de prisa, porque eran las seis de la tarde, y á las seis y media tenía que despachar una lección allá, por la plaza de Lavalle, y aunque sus piernecillas estaban hechas á prueba de caminata, ni andando á vapor llegaba en media hora adonde llegar quería con la exactitud matemática de costumbre. No se paró, como otras veces, á admirar la bonita fachada del flamante edificio, esmaltada toda de baldosines rojos, sino que enfiló hacia la verja... pero, hubo de pararse á admirar algo, que valía más que la fachada, y era la lindísima figura de *Parmenia Ulrria*, en el propio momento de subir al coche con su señora madre para la inútil pesca de Palermo. ¡Qué gracia de morena, qué ojos

de mirar aterciopelado, qué fruncir tan picante de los labios, qué manera tan provocativa de recogerse la vaporosa falda de primavera, ciñéndola al cuerpo de suerte que toda curva adquiriese relieve!

Oyó, al mismo tiempo, voces D. Benigno, y curioso de suyo, levantó la cabeza y luego el sombrero de sobre la calva. En dos ventanas contiguas del principal estaban Tecla y Hugo Fiorelli y Marquitos; Marquitos solo, los otros juntos, y de las ventanas al coche y del coche á las ventanas subieron y bajaron palabritas, ojeadas y risas, mientras el negro penacho de la desmesurada chimenea, retorciéndose sobre la casa, la envolvía en sombra de duelo y de tristeza.

Y dijo D. Benigno:

—¿Ya?



---

## II

—¿Está la señorita Luisa?

—No, señor, no ha venido todavía.

Tome usted la llave.

Cogió la llave D. Benigno de manos de la respetable señora misia Eustaquia García y Gavilán, llamada en el barrio la Gavilana, por reprobable espíritu de burla... Cogió, digo, la llave, dió las buenas noches, cruzó el patinillo, subió la escalerita del fondo y entró en la primera de las dos habitaciones, que en aquella modesta casa de la calle de Entre Ríos, nombre que le recordaba el de su bella y amada Verónica, alquilaba á misia Eustaquia mediante el exorbitante precio de cincuenta pesos men-

suales. Luego, arrojó el sombrero, el rollo y la Gramática donde pudo, que la oscuridad no consentía elegir sitio apropiado, y así unos objetos cayeron con estrépito sobre las losas y otros en silencio sobre blanda superficie; encendió el quinqué y se sentó en el sillón de gutapercha frente al retrato de su mujer, que dominaba el sofá, dentro de su marco negro.

Era esta habitación comedor y sala á un tiempo: tenía mesa de centro, bastante grande, y chinero con vajilla y cristalería á la vista; media sillería, reloj de cuco, y en un rincón una librería atestada de volúmenes, encima de la cual se ofrecía á la admiración del visitante una fotografía de Ruiz Zorrilla, tamaño mayor, que era don Benigno republicano. La otra habitación, con la que comunicaba por un hueco cubierto de recogida cortina de yute amarillo, era la alcoba, dividida en dos por ancho y pudoroso biombo... No disponían de más comodidades el burgalés y su hija, y gracias que la Gavilana, digo, misia Eus-

taquia, dando pruebas de sus buenos sentimientos de mujer de ley, como se preciaba de serlo, les prestaba su cocina y cuanto habían menester en casos apurados, gentileza que ellos pagaban con lecciones gratuitas á un sobrinite de la patrona, más malo que el hambre y tan rudo, que más fácilmente le entraba un clavo en la mollera que una idea. Por lo demás, comían de fonda, muy abundantemente, eso sí, capítulo que les absorbía otros cincuenta pesos. Y vayan ustedes sumando. Situación poco holgada, indigna de un paisano del Cid; pero sobrellevada con una valentía, con una confianza, con una fe que nada era capaz á debilitar; como que la compartía, en igual peso é igual responsabilidad, con aquella perla que le dejara Verónica al morir, con aquella Luisa de sus ojos, preciada joya argentina, que si porteña no fuese, merecía ser castellana.

Sí. La mitad, poco más, poco menos, de cuanto entraba en la casa, lo aportaban las manos laboriosas de Luisita. Era maestra

normal con diploma, y en el variado ramo de su saber que, á decir del propio padre, calzaba más puntos que el suyo, tenía muchos discípulos, varones y hembras, hasta adultos, y lo mismo en letras que en ciencias, música, pintura ó labores, su cátedra ambulante lograba fama muy lisonjera, y ocupábala tan bien el tiempo, que la pobrequilla, del alba al anochecer andaba trota que trota, y no comía con sosiego, ni descansaba, acostándose á las tantas por preparar sus lecciones ó terminar un bordado. Porque ocurría que en el verano, el éxodo elegante la quitaba mucha parroquia, y había que rellenar el déficit del paro forzoso con la aguja, que da tan poco de sí; pero, ella la hacía dar todo lo necesario, de modo que la parte que la tocaba traer al granero, la traía, fuera invierno ó el ardiente estío, con industria maravillosa. Adorable hormiguita, vivaracha, feucha, picada por la horrible viruela la cara, muy prendida siempre de negro, parecía hermosa al que la hablaba, ante el desbor-

de de luz, de inteligencia y de bondad, efluvios del alma, de sus grandes ojos.

—Es—decía dogmáticamente Landín— un espíritu equilibrado por arte tal, que no se escurre una línea más acá de la materia, ni más allá de la imaginación: asentado con firmeza en el justo medio, no le asustan las miserias de la realidad ni le marean los delirios de la fantasía. Así recorre tan guapamente la cuerda de la vida, tendida sobre el abismo, manejando el balancín con sabia práctica, reflexiva y serena. Toda la hermosura del mundo la lleva dentro, valiosa joya en humilde estuche... A veces, pienso que carece de sexo. Los ángeles no lo tienen...

El cuco alargó el piquín, y dió nueve toques. Se sintió crujir la escalerilla... Era el chico de la fonda.

—Mira, deja todo ahí—indicó D. Benigno,—que no estoy de humor de repasar la lista. Cualquier cosa que traigas me parecerá buena, siempre que venga caliente.

—Abrasando viene—contestó con des-  
envoltura el rapaz.

Dejó sobre la mesa el porta-viandas, la pila de blancas cacerolas despidiendo apetitosos aromas y rojiza lumbre del braserillo de su base, y salió de estampía con un ¡buenas noches! entre los dientes. En la escalera tropezó con la señorita Luisa, que subía ligeramente, con agilidad propia de su genio.

Y se oyó la voz de la hormiguita:

—¡Hola! ¿estás tú aquí? Como que ya son las nueve... Pasa, muchacho, pasa... ¿Se ha alarmado usted, padre, de mi tardanza?

—¿Alarmarme yo? No, hija mía—contestó Landín, volviéndose alegre hacia ella como el girasol al astro que le enamora.

—Yo no me alarmo cuando mi hormiguita anda en sus quehaceres, porque sé que va por su camino muy derecha, y por discreta nada puede ocurrirla.

—Puede aplastarme un carro, padre—saltó riendo la joven;—esa es la suerte de las hormigas: morir aplastadas.

—¡Jesús! No lo digas dos veces, que ya te veo debajo de la rueda mortífera.

—¡Quite usted allá, receloso! Iba yo á dejarme aplastar... A mí nadie me quiere por fea, ni las ruedas de los carros. Nadie más que este vejete picarón, mimosín...

Lo abrazó cariñosamente, y mientras dejábase sobar enajenado, murmuraba don Benigno: ..

—¡Fea! ¡fea! ¿Quién te lo ha dicho? ¿el espejo? Pues miente el espejo y cuantos follones lo digan y repitan, que aquí estoy yo dispuesto á sostenerlo á pie ó á caballo...

—Bueno, más tarde nos ocuparemos en tan formidable duelo y discutiremos los detalles; que serán, por supuesto, espeluznantes. Ahora, á comer... Entretanto, le contaré á usted por qué he tardado. Y va de cuento.

Luego de doblar el velillo negro, abrió el chinero y sacó la mantelería, con la que vistió de blanco á la mesa; colocó platos, cubiertos y copas, y puso en el centro, pre-

sidiendo la asamblea, una botella de cristal, cuya redonda panza enrojecía buena cantidad de vino; arrimó los sitiales; destapó la primera vasija...

—Cuando usted quiera, padre.

Mientras hacía todo esto, hablaba, hablaba... Pues, la lección de las siete hubo de darla á las siete y media, hora en que volvieron de paseo los chiquillos de Barbado. ¡Ay qué poco estudian los tales nenes! Ninguno de los cuatro sale á su padre, que, dicen, era un portento de precocidad y de aplicación. Estos, ricos y seguros del porvenir, holgazanean á su antojo, como que no se saca de ellos partido. Y ¡claro!, la única manera de que los cuatro zoquetes aprendan algo, es dar y machacar y volver á machacar y á dar sobre las cuatro chollas, lo mismo que con el *Gavilancín* de la casa; y cuidado que aquéllos no entienden por duros, sino por distraídos y perezosos. Total, que salió poco más de las ocho y media. Antes, sí, sí, antes, por burlesca indicación del mayor de Hierro, el

más inteligente de sus discípulos, estuvo en la librería, que le cogía al paso, á fin de encargar la nueva obra de Jorge Cadenas, *Horas glaucas*, segura de encontrar en ella excelente cosecha de disparates filológicos con que acrecentar el caudal, ya copioso, de los *Granos y gorgojos*... Y á la vuelta, naturalmente, estación en la librería, media horita más. ¡Ah! Pero el día había sido completo, porque además de recoger muchas palabras y modismos, de los que luego harían donoso escrutinio, la había salido un alumno más, la hija pequeña del doctor Hierro, y el bordado de una casulla, que le valdría un dineral. Entraba Octubre, y las primeras caricias del sol anunciaban la desbandada de Diciembre. Había que precaverse con tiempo. Malhaya para la rueda del carro, ¡si llega á aplastarla cargada con tanto grano!

Se habían sentado los dos, y comían en santa paz y con mucho apetito: primero, la sopa de hierbas, de cálidas bocanadas y ojos de oro; luego, el sábalo frito, magnífi-

cas postas con rebozo de huevo; el principio de picadillo y un pollo asado.

D. Benigno mascullaba:

—Yo también, yo también...

Él también había traído su granito, y no de anís; el hermano de Fiorelli, don Hugo, vendría á tomar lección de castellano todas las noches. ¿Qué tal? Buen discípulo y buena paga. Habíase convenido en que la enseñanza fuera en su casa, porque D. Paolo decía que en la fábrica las mujeres no le dejarían estudiar con el sosiego debido. ¡Y con qué gesto y recalcar amargo dijo D. Paolo eso de *las mujeres*!

—Sin duda, al pobre señor no saben hacerle feliz—apuntó Luisa, compasiva.

—Pero, sí sacarle el dinero, y así le tienen. A mí se me figura el D. Paolo robusta encina, á la que ciñe, aprieta y seca la parásita hiedra. ¡Viérasle de alicaído y preocupado! Ha perdido hasta el uso de la palabra, y es que no le quedan ya fuerzas con el familión ése que le come las entrañas.

—¿Y qué otra cosa ha traído usted, padre?—preguntó la muchacha.

—También muchas palabras. Mira, de una sola conversación de Pelitos y Matías, he pescado diez y ocho, ó sea diez y ocho disparates, cada uno del tamaño de la fábrica. Ellos, soltándolos tan campantes, y yo con mi librillo y el lápiz, apunta y apunta. Trapero soy del lenguaje, y á mi espuerta echo cuanto encuentro en los suelos y arrojó la ignorancia; trabajo higiénico, necesario, que algún día me agradecerán los hijos de esta tierra. Mira tú, que diez y ocho barbaridades en poco más de media hora!

—No es tanto—dijo Luisita riendo;—que yo le traje á usted veinte el jueves, y no de gente baja, sino de dos señoronas. Y usted mismo, ¿cuántas recogió el día que fué al Congreso? Treinta y cuatro.

—Luego haremos el balance del día y examinaremos esas *Horas glaucas*, que por ser de Cadenas, y con bombito de *El Cotidiano*, tendrán mucho que ver y que reir.

Habían dado fin al pollo, y la emprendieron con la mermelada y el queso, con los mismos arrestos D. Benigno, á pesar de faltarle dos muelas de arriba y cuatro de abajo, amén de los colmillos superiores. Presentó Luisa luego en un plato las celebradas *Teclas*, que en la casa no estaba bien que faltaran, y contemplando el retrato de la cubierta, resucitó el tema anterior.

—La verdad, padre, que tiene un mirar... Como bonita, lo es; pero, ese mirar... Aquí no hay lealtad. Si parece bizca, porque mira con el alma torcida.

—¡Pobre D. Paolo!—suspiró D. Benigno, hincando en la galleta los dientes con la gana que, en su extraña é infundada antipatía, lo hubiera hecho con la Tecla de carne.

Concluído el banquete, hizo Luisa desaparecer cuanto había sobre la mesa; abrió el balcón para que los azahares del patio perfumaran á sus anchas el cuarto, y requirió libro y papeles, diciendo al padre:

—A prender estos ladrones, padre, antes que se nos escapen.

Y dieron comienzo á la caza de gazapos, lápiz en ristre. Luisa leía, D. Benigno sentenciaba, y en la casilla alfabética correspondiente encarcelaba al reo para enseñanza, vergüenza y ejemplo de Hispano-América. Fácil me sería y hasta grato, citar algunos nombres de los tristes galeotes y docenas de ellos, útil y risueño pasatiempo; pero, sobre no estar autorizado por el laborioso autor de tan magna obra, causaríala perjuicio sin duda el desflorar su originalidad, y tampoco daría muestra acabada de su importancia, así como un trozo de chapitel no expresa solo la gallardía y magnificencia de un edificio.

Estaban, pues, el padre y la hija en tan amena labor de sobremesa, cuando acertaron á entrar dos buenos amigos de la familia: el dependiente principal de la guantería de Barbado, paisano de D. Benigno, y que llamaban Pedro Pablo, cuarentón en conserva, de muy pulidas maneras y simpática estampa, y el director de un colegio católico, valenciano él, á quien decían don

Quico, y era un hombre ya machucho, bajitín y lampiño.

Y dijo Pedro Pablo desde la puerta:

—¿Matute tenemos? Esta casa me recuerda la caseta de consumos de mi pueblo.

—Con matrona y todo—respondió don Benigno;—adelante, señores, y tomen parte en el escrutinio, si gustan.

—Sí gustaría—dijo D. Quico—si no viniera derrengado de la caminata. Esta ciudad, amigo mío, crece y se estira cada día más que asusta.

—D. Quico, ¡por Dios!—exclamó Luisa.—¿Dejará de haber la misma distancia de su colegio de usted á esta su casa, que ayer y que siempre?

—Es que, señorita mía—rebatíó el profesor vivamente,—he venido por otro camino, y he hecho rodeos para el mejor servicio y gloria del amigo Landín.

—¡Ah! ya...

—Se agradece—dijo D. Benigno.—¿Y qué es ello?

—Ello es...

Había cogido una papeleta de la mesa y la saludaba con burlona risotada.

—¡Desatino mayor! Aquí tiene usted en esta sola palabreja tres barbaridades juntas: una etimológica, otra prosódica y otra ortográfica. ¿Lo ha advertido usted, Landín?

—¡Vaya! Y si la dilata usted un poquillo, como está contrahecha, sacará usted más todavía... Conque ¿qué es ello?

—Ello es...

Se sentó D. Quico en el sofá, y montó una piernecita sobre la otra; entretejió las manos, y con los dedos pulgares comenzó á hacer molinete. Era su costumbre: como el molino no trabaja sin mover las aspas, D. Quico no hablaba sin mover los pulgares.

—Ello es—repitió—que, al fin, le he echado la vista encima al editor, y he obtenido de él una proposición algo, algo aceptable.

—Sí—adelantó el desengañado autor,—que le dé mis *Granos* de balde, una cantidad redonda y sahumada, y además un jamón con chorreras.

—Eso quería, precisamente—dijo don Quico;—pero, ayudado por nuestro elocuente amigo Pedro Pablo, conseguí que renunciara al jamón y á la prima metálica, y aceptara la obra...

—¿De balde?—exclamó D. Benigno, descompuesto.—¡Eso nunca! ¡Ocho años largos de recoger granos y gorgojos para dárselos á esa fiera gratuitamente! Yo no trabajo para el obispo.

—No de balde—rectificó el otro, aumentando la velocidad de los dedos;—casi, casi... Mire usted, Landín: él imprime la obra por su cuenta, la cantidad de ejemplares que se convenga, y la lanza al mercado. Si hay ganancia, á partir la ganancia. ¿Que hay pérdidas? Pues, él carga solo con las pérdidas. No me parece tan mal. ¿Le parece á usted mal, Luisita?

Luisa, que hablaba con el dependiente, junto al balcón, contestó á escape:

—¿Qué ha de parecerme mal? En uno ú otro caso, la obra queda impresa y sin desembolso.

—¿Y mi labor de ocho años? ¿Quién me remunera mi labor de ocho años? Porque, aunque haya ganancia, que sí la habrá, siendo obra, como es, de las que pican y levantan ampollas, que el título solo ya es sinapismo; el diablo que encuentre la ganancia entre las uñas y las cuentas de ese carnívoro, devorador de mis ideas, de mis vigiliass y de mis estudios.

—Así es la verdad—asintió D. Quico, parando de golpe el molino;—pero, si usted no acepta, se le queda la obra inédita y dela usted por no escrita.

—¡Y tanto! —murmuró tristemente Luisa.

Pedro Pablo emitió su opinión, marcando un movimiento de hombros bien significativo.

—Que no, que no—protestó D. Benigno, revolviéndose contra todos;—que vaya el tal á pescar gangas á otra parte, que á bragas enjutas no las pescará en mi casa. Antes quemaré la obra, antes... ¡Valiente explotador!

Los pulgares de D. Quico se agitaron, señal de que iba á hablar.

—Mire usted, Landín...

Y Pedro Pablo, en el balcón, decía á Luisa:

—¿Por qué no le convence usted? Una sola palabra suya bastaría para que aceptara gustoso lo que rechaza indignado.

—Lo sé, y precisamente por eso nada más quiero decir. Mi padre tiene razón, y sabe hasta qué punto no me parece mal la propuesta. Y convencida de que tiene razón, ¿cómo voy á convencerle de lo contrario?

El dependiente se calló. El contestar neto, firme, sin veladuras, de Luisa le confundía. ¿Qué imperio sobre él había adquirido y por qué medios misteriosos aquella mujer sin atractivo físico? Porque, sólo de oirla el claro metal de su voz, y ver aquella extraña lumbre que de sus ojos parecía salir, sentíase fascinado y hecho un tonto. Noche á noche venía, de mucho tiempo atrás, y en el balcón ó bajo el quinqué, á

su lado, abordaba todos los temas por el placer de escuchar el fallo de su buen sentido, tan certero y rápido como el golpe de una afilada y reluciente espada; todos los temas, menos aquel tan escondido que acariciaba en sus soledades de solterón, pensando que para casarse hay que buscar un alma y no una mujer. Pero, ¿quién se atrevía á hablar de amor á Luisita Landín? No lo consentiría ella; supondría burla y agravio en el honesto avance; expondría á la luz las viruelas de su cara, que no eran más que la máscara que ocultaba las rosas de su espíritu; repetiría lo que una vez inolvidable:

—Me agrada ser como soy, porque mi fealdad me asegura el respeto de los hombres. Del amor no conozco más que el de mi padre y el del trabajo, y libre me considero de conocer jamás otro. Soy fuerte; soy animosa. No necesito, pues, de que ningún hombre me lleve á cuestras.

Y Pedro Pablo se encogía delante de ella, temeroso de recibir el formidable tajo de su voluntad de acero.

—Digo que no, D. Quico, que no—in-sistió el porfiado D. Benigno.

—Muy buenas noches—saludó una vocecilla en la puerta.

Era el *Gavilancín*, que venía por su lección; un muchacho de más de doce años, de aire taimado y escurridiza mirada. Y á su voz se unió otra varonil y más dulce, no agria como la del chico, apareciendo detrás de él un gallardo joven que se inclinaba ante la reunión con marcada cortesía. Don Benigno, que lo vió, saltó aturdido de su asiento, invitándole á entrar:

—Pase usted, D. Hugo...

Y entró el joven Fiorelli, saludando en redondo y excusándose de molestar. Luisa le ofreció una silla muy gentilmente, y entretanto mandaba al *Gavilancín* que se estuviera quieto y esperase. Y así que todos se sentaron, pasado el carraspeo de embarazo, dijo D. Benigno:

—El honor de esta visita lo debo, sin duda, al encargo que su señor hermano de usted me ha confiado...

—Sí, señor—contestó el rubio *bambino*, que, si no hablaba correctamente el castellano, lo entendía bien como á él le hablaran despacio y con claridad.

D. Benigno se esponjó y sacó un hilo de voz campanudo y solemne para decir lo siguiente:

—Su señor hermano de usted me ha confiado el honroso encargo, que yo agradezco y acepto gustoso, de enseñarle á usted el castellano... ¡óigalo usted!, el castellano, puro y limpio, no el idioma nacional que aquí se estila. Si hablando usted la lengua que yo voy á enseñarle, no le entienden en su casa, no se llame usted á engaño; que yo no engaño á nadie, y aquí mi competentísimo amigo D. Quico sabe cómo las gasto sobre ese particular y lo intransigente que soy en la materia. No intransigencia ciega, rancia, de rutina. Porque yo, joven, y aquí verá usted la prueba, yo leí hace algún tiempo en cierta obra (1), nacional por más señas, este pá-

---

(1) *Promisión.*

rrafo que aprendí de memoria: «Poner en una caldera, al fuego lento de los años, un español, un francés, un inglés, un alemán, un ruso, un dinamarqués, un portugués, un italiano, un noruego, representantes todos de la raza caucásica...; de ahí saldrá el arquetipo del argentino futuro.» Y esto me pareció de perlas, tan exacto que no cabe más. Pero, si á mí me dicen, como no falta aquí quien lo sostenga, que revolviendo en una sartén palabras españolas, francesas, italianas, inglesas, portuguesas y alemanas se formará el idioma nacional, la lengua argentina del porvenir, protesto, me indigno y digo á gritos que no; y gritando me pasaré lo que me resta de vida: que no, que de ese revoltijo no resultará más que un pisto detestable, y que el día que la Argentina, que la América española pierda su cuño castizo, el timbre preclaro de su origen glorioso, perderá su apellido, aquello que toda familia, por modesta que sea, trata de conservar siempre á través de todas las vicisitudes. Éste, éste es

el peligro que yo veo cernirse sobre esta hermosa tierra... Ya sé, D. Quico, ya sé el argumento con que responden los neólogos de chicha y nabo: que así como del latín, mezclado á otras extrañas, se formaron las lenguas romances, del castellano adulterado saldrán las nuevas lenguas americanas. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Se trata acaso de países distintos entre sí, con lengua propia, como los sometidos á Roma, ó de ramas de un mismo tronco? Pues, si de un mismo tronco proceden, hoy que en el concierto universal procuran todos entenderse, ¿por qué levantar una barrera tal como la del idioma? ¿No es mejor cuidar de que no se adultere, de no mancharle, siendo hermoso y expresivo más que ninguno? Y no que yo me oponga á la admisión de voces nuevas, necesarias, porque señalan cosas que en nuestra España no existen ni se conocen, ó porque resuciten palabras muertas del tiempo de la Conquista. No. En este sentido, mi manga es muy ancha. Yo no predico el estacionamiento, la cristalización.

Lo que yo predico es la higiene del lenguaje. Contra lo que yo peleo es contra los atentados á la Gramática, contra la invasión de bárbaros en nuestro Diccionario... Temo seguir, porque usted, joven, me parece que no entiende bien cuanto digo, y estos señores se aburren de escuchar lo que cien veces me han oído.

Hugo, que rastreando iba con esfuerzo el sentido del discursillo, manifestó á su modo que todo lo había entendido y en todo estaba conforme.

—Pues, en ese caso—repuso el profesor,—quedo á sus órdenes, y comenzaremos mañana nuestra tarea.

Encaróse, al mismo tiempo, con su vecino para recibir su aprobación.

—¿Qué dice usted? ¿Es verdad ó no es verdad?

D. Quico movió los dedos, sacando del armario de sus lecturas esta frase polvorienta:

—El idioma es el alma de una nación.

—¡Claro! ¡el alma!—exclamó D. Benig-

no engolfándose en el tema de su manía, y dispuesto ya á no soltarlo;—y si es el alma, ¿cómo consentir y hasta aprobar que sea contrahecho por la ignorancia? Y si es la esencia misma de vida, ¿cómo dejar que lo lleven y lo traigan, que lo arrastren y manoseen, y á la postre lo afeen y desfiguren de tan mala manera que no lo conozca la España que lo inventó? Porque yo apuesto, amigos, que si á nuestra tierra llevamos el *vení*, el *tomá*, el *andá*, y *sentate*, y *callate* y *sali*, pretendiendo hacerlos pasar por ven, toma, anda, siéntate, cállate y sal, de salir, no pasa, no pasa menos que un duro falso. Tampoco el *vos* por el tú, ni el recién, ese desdichado adverbio de tiempo, separado de su inseparable participio, y que, como bola sin manija, anda dando tumbos por las parrafadas de casi todos los escritores argentinos, disfrazado con el traje de su pariente *recientemente*, y forzado á ir de bracero con el por sí solo expresivo y suficiente para el sentido de la frase *ahora* ó *entonces*, que es poner albarda sobre al-

barda, pues todo es dar puntadas. Y cuidado que esto que aquí reluce no son más que los idiotismos, más ó menos censurables; que los neologismos y galicismos y demás patulea adulterina, ya es harina de otro costal.

Se levantó bruscamente, y fué hasta la librería que servía de pedestal á Ruiz Zorrilla; abrió un cajón, buscó, revolvió y sacó de entre muchos legajos de papeles uno bastante rollizo, y con él volvió triunfante á su asiento. Y poniéndolo en alto, como hacía con la Gramática cuando subrayar quería un argumento de peso, añadió, creciendo en fogoso entusiasmo:

—Esto, joven, que usted ve en mi mano, y que parece un simple rollo de papel, no es un simple rollo de papel: es el fruto maduro de estudios y vigiliass que me han dejado calvo, y dicen mis enemigos, que todo sabio ó todo justo los tiene, que también chiflado. Sea; acepto el calificativo, si la chifladura estriba en la fe ardiente de mi empresa. Y mi empresa es ésta, joven,

aunque usted ya lo habrá adivinado: salir por los campos de la filología, y arremeter contra los que atentar pretenden á la castidad de esa doncella purísima de mis amores, que se llama la lengua castellana. Esta es mi empresa y éstas son mis armas, las que, por cierto, mi mal amigo aquí presente, D. Quico, quiere echar á los cerdos; que echar á los cerdos es dar á ese editor, que Dios confunda, en la forma propuesta, esta margarita de mis pensamientos.

—Protesto—saltó el rasurado personaje;—que en mi intención no hay agravio, ni el oficio de embajador fué nunca culpado de lo que canten sus instrucciones. El editor propone, usted dispone y yo trato de poner de acuerdo á los dos. Ni menos, ni más. Mas, sí señor, D. Benigno, que yo me inclino de su lado de usted, como es natural.

—¡Ah! D. Quico, ¡amigo de veinte años! ¿Reñimos ó no? Porque yo estoy dispuesto á reñir con todo aquel que no

me preste su concurso en esta empresa de patriotismo, que evitará el peligro inminente que vislumbro en mi alarma de castellano viejo. Quiten allá todos los que defienden y disculpan estas tendencias suicidas á la corrupción del idioma; que el día que cada República dé éstas se acercara á su Madre á hablarla en una jerga distinta, ése, ése y no antes, será el día que España habrá dejado de vivir en América!

Abandonó el brazo, y brazo y rollo, á lo largo del cuerpo tembloroso, quedaron inertes. D. Quico mantuvo quietos sus dedos, Pedro Pablo miró á Luisa y Luisa al doncel, que, por no entender gran cosa, miraba con curiosidad á todos.

El silencio propio de la meditación se enseñoreó durante algunos minutos de la simpática asamblea, y por romperle, intervino Luisita preguntando al joven visitante qué tal le parecía la gran capital, y si se divertía mucho, con otras preguntas discretas que le sacaron de su cortedad y dieron pie á que expusiera pintorescamente su

pensar, muy agudo por cierto. Cada vez que se le escapaba un disparate de los que D. Benigno tenía encarcelados en su penitenciaría lingüística, se detenía, y pasando confuso la mano por los dorados ricillos, interpelaba:

—¿Se dice así?

Ya D. Benigno, ya D. Quico, ya la misma Luisa respondían:

—No, no se dice así...

Y repetían la frase ó la palabra correctamente y con propiedad, como manda y enseña nuestra madre la Gramática, cuyo ejemplar alzaba D. Benigno, reverente, añadiendo:

—Para los terminachos italianos le doy á usted la absolución... Para los demás, duro y tente tieso.

Tropiezo va, tropiezo viene, contó el joven muchas cosas de su tierra; cuán grande era su deseo de venir; su sorpresa al encontrar á su hermano casado; la admiración que le causaba la ciudad, un *Parigi*, un *vero Parigi*, que aunque él no había

visto á *Parigi* más que en fotografías, aun así era fácil establecer la comparación.

—Se dice París—apuntó Landín, súbitamente preocupado con algo que de oír acababa.

—Y no se dice *vero*, sino verdadero—apuntó también Luisa, risueña.

Los palmetazos se sucedían, recibiendo los él con tanto gusto como reconocimiento. En esto el cuco anunció que eran las diez y media, y dando D. Quico el ejemplo, todos se levantaron para marcharse. Dijo D. Benigno que él les acompañaría, pues deseaba andar un poco, que la noche parecía deliciosa; y juntos salieron todos, Pedro Pablo el último, después de estrechar, más fuerte que todos, la mano de Luisa, mano de amiga; que respondía á su presión con la franqueza del que nada teme ni disimula; no mano amorosa, que tiembla y se escurre tímida.

Era la escalerilla estrecha, y la bajaron uno detrás de otro discutiendo cortésmente acerca del paso, que, al fin, hubo de to-

mar D. Quico. Y entretanto, Luisa se sentaba delante de la mesa, hacía sentar á su lado al *Gavilancín*, quieto en el rincón donde lo pusieron, y daba comienzo á su obra de misericordia, diciendo:

—A ver esa lección. ¿Has estudiado?

Por lo general, la cabezota se inclinaba sobre el pecho, confesando estar tan vacía como la noche anterior. ¡Ah! ¡Borricote, más perezoso...! Y Luisa se absorbía en el taraceado, diré, de aquella inteligencia, embutiendo las ideas en la dura corteza con paciente insistencia, puesta toda su alma en la tarea; á fuerza de lógica, con ejemplos fáciles, martilleaba, introducía, y cuando la variada ensambladura parecía ya justa, respiraba alegre:

—¡Vamos, hombre! Al fin, has comprendido, ¿verdad? Seguramente que no se te olvidará.

Pasaba así media hora, sin fatiga. Aquella noche pasó más, y cuando el chicarrón, rascándose la nuca, se despidió, eran sobre las once y cuarto. Entonces se asomó al bal-

cón... Las plantas del patio, el desaliñado jardincillo de misia Eustaquia, en que dos generaciones de Gavilanes se habían recreado; las rosas, los jazmines, los azahares, los claveles, sahumábanlo muy gratamente desde sus vulgares recipientes, quién dentro de una vasija desportillada, el otro en abollado cubo, aquél en una lata de pimientos, los más en pipas aserradas por el medio, mescolanza de prosa y poesía, de fantasía y realidad. No parecerá que el cuadro está completo, si con la joven que sueña en el balcón del jardín, aunque éste sea tal y como la verdad fuerza á pintar el de la Gavilana, no pongo á la blanca luna bañándola toda entera en su argentada luz, y no digo que en el patio y en la casa reinaba misterioso silencio, interrumpido (el silencio no es continuo, ¡ay!, sino en la muerte), interrumpido por el cantar de algún grillo ó de algún perro el ladrar.

En cuanto á la luna, sí, arriba se estaba tan oronda, aunque no blanca, sino amarilla; pero, en punto á silencio, ¡ay!, buen

silencio nos dé Dios con la zurra que, en aquel momento y por el gusto de echarnos á perder el cuadro, daba la tía Eustaquia al sobrino con unos vergajos, y así eran los gritos ¡y así debían de ser los cardenales!

La verdad también me obliga á manifestar que, fuera grande el silencio como la situación lo exige, la joven del balcón, cuya negra silueta se envolvía en el dorado manto de la luna, no soñaba, ni mucho menos. Luisa no soñaba nunca, no había soñado nunca.

Su imaginación, bien equilibrada, si tenía alas para volar, no gustaba de alejarse demasiado de la superficie de las cosas; si llegaba á elevarse, era para observarlas desde arriba y juzgarlas con mayor acierto. No pensaba, pues, como parece que debía pensar, en Pedro Pablo; en su amor, no por escondido menos adivinado; en su mirar suplicante, en la presión de su mano pedigüeña; en el tiempo que llevaba de espera, sin más distracción que el paseo desde la guantería de la calle Florida hasta la

casita de Entre Ríos, siempre por el mismo camino, siempre con la misma esperanza, y desde la casita hasta la guantería, siempre por el mismo camino, siempre con el mismo desengaño. ¡Ah! Ciertamente. Luisa no pensaba en Pedro Pablo. ¿Qué había de pensar? Su cuerpo débil, su figurilla desairada, su cara afrentada por las viruelas y su alma grande, valiente, indómita, no estaban hechos para el amor; ni para inspirarlo ni para sufrir su dominación.

En manos de la hormiguita, el divino niño de seguro que sale estropeado ó maltrecho. La pasividad era para ella algo vergonzoso, indigno. La lucha, el trabajo, los triunfos y las derrotas de cada día, la conciencia de sí misma, la tranquilidad en el porvenir, todo lo que se quiere que sea patrimonio del hombre, en ella alentaba con fuerza... iba á decir masculina. ¿Por qué este adjetivo ha de salir á los puntos de la pluma cada vez que la inteligencia ó la energía sobrepasan el límite en que á la

mujer se ha encerrado? ¿No es hacernos un excesivo favor á los hombres?

No comprendía, pues, Luisa el suspirar de Pedro Pablo, ni podía comprenderlo. Cuando le entraba el arretrato de tontería, la entraba á ella risa, y riendo le habría contestado lo que él, con razón, temía que le contestase. Pero, cuando hablaban los dos, como dos camaradas, de sus laboriosas correrías, del pan tan bien ganado, sentíase orgullosa, contenta de mostrar que no necesitaba ayuda de hombre; aún muerto, por desgracia, su padre, no sería ella la huérfana afligida que implora protección de los corazones sensibles. Con mayor valor se lanzaría al combate y vencería, vencería, sola, independiente.

Véase por qué no comprendiendo ni sintiendo el amor, Luisa no soñaba á la luz de la luna. Tomaba el fresco, sencillamente. Mas, como nunca estaba ociosa, pensaba en cosas prácticas, elaboraba sus planes de batalla, sacaba sus cuentas número por número... Por ejemplo: aquel mes de Oc-

tubre, á pesar de las nuevas lecciones, no llegaría con holgura al último día, y era preciso buscar los medios de hacerle llegar, de cualquier manera. Tenía ya recordados la mar de anuncios de institutriz, de lecciones sueltas, y acababa de poner dos ofreciéndolas de labores. Al día siguiente, había de recorrer la ciudad entera, con grave perjuicio de sus botas, que ya estaban de reemplazo, como el levitín de su padre y el sombrero. Pero, señor, á todo no se puede acudir.

¡Ah! ¡El día que comprara el colegio de D. Quico! Porque éste era su gran proyecto, el norte de su ambición febril. Comprar el colegio de D. Quico, instalarlo según las reglas de la higiene, ampliarlo para niños y niñas, dotarlo de cuanto exige la enseñanza en todos sus grados, y puestos al frente D. Benigno y ella, hacerlo funcionar como preciosa máquina nueva. He dicho que Luisa no soñaba, que no había soñado nunca. Dentro del carril de la realidad, sí, y no era desvarío soñar en hacer suyo el

colegio de D. Quico, ni aspiración desatinada. Vida sin ambición, trabajo sin esperanza de mejorar, ¿qué valen? Luisa y D. Benigno guardaban (nada pierden con descubrir el secreto), guardaban sus ahorrillos para comprar el colegio de D. Quico, y en un año más, ó poco menos, contaban con realizarlo. Entonces se cambiaría el levitín y el sombrero, y cuanto fuera menester, hasta el aperreado callejeo por el tranquilo desgranar de los días sin zozobra. Entonces podría decir al amor la hormiga, como á la cigarra:

—Baile usted ahora, amiguito.

Pedro Pablo desistiría seguramente de sus pretensiones, resignado á no ser más que el camarada de aquella obrera maravillosa, que de su propia debilidad sacaba su fuerza. El mundo es de los fuertes y para los fuertes.

Verdad tan amarga, en aquel momento era lastimosamente comprobada por el pobre *Gavilancín* en sus desnudas y sangrientas posaderas, bajo la diestra brutal de mi-

sia Eustaquia. Arreciaban sus alaridos, y Luisa, compasiva, suplicó desde el balcón:

—Misia Eustaquia, ¡perdónelo usted!

—¡Perdonarlo!—resolló adentro airada voz.—¿Sabe usted lo que ha hecho?

¡Lo que había hecho! Cosas de chicos. Tirando de él, lo sacó á rastras la furia, y para explicar los motivos del vapuleo, alzó hacia el balcón los nervudos brazos y la basta caraza de mulata, contraída por la cólera y la fatiga de la cruenta lucha.

Plácidamente, Luisa se reía. ¡Bah! Cosas de chicos.

Y aplacado el tumulto, hechas las paces los combatientes, mientras gradualmente se apagaban los rumores de la calle, la hormiguita tornaba á su práctico cavar, insensible á la romántica solicitud de la luna y de las flores...

---

### III

Con mucho ahinco seguía Huguito Fiorelli las lecciones de D. Benigno, y así adelantaba, según orgulloso testimonio del maestro, tanto por su inteligencia, como por su aplicación. No faltaba nunca á la calle de Entre Ríos, y cuidado que á aquella hora le solicitaban con imperio las aventuras nocherniegas de Marquitos, su guía y compañía en los infernales laberintos del *Parigi* americano; pero, no vaya á creerse que su virtud llegaba hasta el punto heroico de dejar solo á Marquitos, sino que combinaba las horas de modo de no perder la clase y la ocasión de divertirse.

Menos gracia, sin embargo, hacía la

virgiliana compañía de Marquitos, salvo cuando de círculo en círculo vicioso conducíale al teatro en que trabajaba la tiple Concepción Ulrria. Allí, como parientes, tenían privilegios especiales: bromeaban con las coristas en los entreactos; escogían para la función la mejor localidad libre y armaban regocijados barullos, exentos de toda responsabilidad. Bien acogidos siempre, dábanse aires protectores, de troneras cansados de la vida; y lo mismo galanteaban á las cómicas en el saloncillo, que desde las alturas iniciaban las descargas de aplausos y sostenían los estrenos á fuerza de palmadas y pateos. Luego, tal cual noche, acompañaban á dos coristas, la Charo y la Rufa, á tomar chocolate con bollo.

Pero, en rigor de verdad, ni la Rufa, ni la Charo, ni el pasatiempo teatral, ni las cartas, ni cuanto inventaba Marquitos por distraerle en los sospechosos vericuetos del mundo del mal, en que era familiar diablillo, y en cierto modo autoridad por su apellido, le agradaba á boca llena. Había

ocasiones que no le agradaba ni pizca, y salía de la prueba, ¡vergüenza da decirlo!, con bascas de neófito impresionable; entre las burlas de su perverso maestro. Y es que Hugo tenía mucho de candoroso, de romántico, de delicado, y en su alma infantil, cultivada por la sabia mano de su tío cura de Italia, no cayó en vano la buena simiente. Puede asegurarse que, arrancado de su aldea y de sus sueños juveniles, y sumergido de improviso en el asombroso medio ambiente de la familia de su hermano y de la amistad del joven Ulrria, estaba como el que de la barca en que pescaba sereno y contento ha sido precipitado al agua por repentina y furiosa tormenta.

Cedía á la torpe influencia del ejemplo, sugestionado por la curiosidad; impedíale el amor propio desprenderse, y allá iba donde iba el otro, sin voluntad, hasta empeñado en convencerse de que iba á gusto y de que las resistencias de su estómago y las protestas de su corazón eran falta de costumbre. ¡Bah! Ya se acostumbraría. Y

por fuerza había de acostumbrarse; que el hombre no se acredita de tal, si no hace lo que Marquitos, y descuella como él en todas las artes del vicio y de la truhanería.

Pasaba el tiempo, el período de iniciación se prolongaba demasiado y los adelantos de Hugo en la carrera eran muy medianos, más medianos, mentira parece, que los que realizaba en lengua castellana bajo la férula de Landín. Las correrías de timbas y demás sitios que ostentar pudieran, con ligera variante, el letrero famoso: *Lasciate ogni vergogna, voi chi entrate...* le repugnaban como el primer día; sus entretenimientos en el teatro de Concepción le sabían á estúpidos; encontraba ordinarias, descaradas, indecentísimas á la Charo y á la Rufa, y el mostrarse con ellas en el café le ponía muy colorado. Furioso contra sí mismo, se daba de cachetes y se insultaba á la faz del espejo, cada vez que tornaba de madrugada á su bonita alcoba con dolor de cabeza, revuelto el estómago de asco, y en el fondo de la conciencia las sa-

nas máximas del tío picoteándole. ¡Nunca, nunca sería hombre!

A ver, ¿por qué le agradaba la tranquila atmósfera de su habitación? ¿Por qué el meterse entre las finas sábanas, con franco respirar de alivio? ¿Por qué el dormirse con la visión de la aldea, borradas, ahuyentadas, perseguidas las impresiones recientes? ¿Y por qué al despertar, la misma habitación, el vecino toser del compañero, el rumor de los pasillos, de la fábrica y de la calle le producían molestia, malestar, ansia de coger su modesta maleta y huir de aquel temible *Parigi* en que se ahogaba? ¡Ah *poverino*, nunca sería hombre!

Así se lo decía Marquitos, con despectiva franqueza:

—No lo eres, ¡qué has de serlo! Te falta estómago; te sobran nervios, sensibilidad, blandura, dulzura de mujer. No tienes músculos, ni descaro, ni impetuosidad, ni aquel ¡aquí estoy yo, porque sí! A la Rufa la llamas señorita; á la Charo la pides disculpa de haberla rozado por descui-

do; no pasas del segundo vaso de vino, ni del primer cigarro, ni de la media hora de juego... ¡Vamos!, que contigo no hay *farra* completa, y cuando no haces reír, entristeces la reunión...

Hugo no se atrevía á replicar. Era cierto, sí señor. ¿A qué negarlo? Reconocía las sobras y las faltas de que hablaba Marquitos, y sentía una vergüenza muy grande de no llegarle á la suela del zapato, en lo crapuloso y en el desparpajo con que sabía desempeñar su envidiable papel. ¡Ay! ¡Quién fuera Marquitos!

Los grandes y azules ojos del *bambino* le seguían tristemente, persuadido de que jamás llegaría á la altura de su maestro, ni fumaría como un carretero, ni bebería, ni jugaría como los hombres deben hacerlo, ni sería grosero con las mujeres, aun las de baja estofa.

Y se prometía á sí mismo imponer la razón á su estómago y á sus nervios, seguir los consejos y las huellas de Marquitos...

Como que á Marquitos le admiraba pro-

fundamente. No concebía Hugo un modelo más acabado de audacia, despreocupación y prodigalidad aristocrática. Sin duda, su desconocido padre fué gran señor; acaso el mismo cuya fotografía en la consola de la sala enseñaba un perfil bovino, de apelmazados y toscos rasgos, con los cuales quería el joven que se le encontrara parecido á todo trance:

—Mira estos ojos, ¿no son los míos? La boca, ¿no es la mía? La frente, ¿no es la mía? Idéntico, clavado... naturalmente mejorado, afinado por mi parte, gracias á la hermosura de mi madre. ¿Y el aire, el gesto? ¿Quién que vea este retrato y me vea á mí va á negar, á dudar siquiera, que yo soy hijo de D. Gabino Asnabal? ¡Si lo sabría mi madre! Pues el juez lo ha negado, y aquí me tienes, hijo de millonario, sin un centavo, rechazado por la justicia y por la familia de Asnabal como un impostor. Pero, pese á la familia y al juez y al mundo, yo soy un Asnabal de pies á cabeza, y puedo asegurar que llegará la hora en que

Marcos Asnabal y Ulrria lo probará con más claridad que el sol que nos alumbra. Y entonces, ¡excuso decirte!...

Sobre este tema de la paternidad, Hugo le oía también sin replicar, porque su empeño en parecerse al buey manso de la fotografía era tan desatinado, que se encendía en cólera si no se estaba conforme con su fallo de inteligente fisonomista. El no tener él los ojos saltones, el morro abultado, las orejas de capacho, se debía á su madre; pero, en todo lo demás, clavado, idéntico...

Nunca tuvo Hugo con Marquitos discusión, aun siendo tan opuestos caracteres. Le admiraba, y este homenaje á su superioridad era bastante para evitar todo choque de opiniones. Una vez, sin embargo, cambiaron palabras muy vivas, y fué por causa de Parmenia.

Verán ustedes cómo. Entre las muchas cosas raras que el joven de Monferrato venía observando en la casa y en las que, al fin, ya ni paraba mientes, que en atmósfera

mefítica se insensibiliza el espíritu, llamó su atención los dimes y diretes de Marquitos y Parmenia, el mal humor de ella, la acometividad de él, ya atraídos por el dulce mirar de cómplices, ya separados por el despecho; el arrullo continuo en los rincones, el buscarse de sus manos, cuando no para hurtar una caricia, para señalar una amenaza, que eran ambos apasionados y violentos.

Pero, antes que estos detalles misteriosos, había observado la belleza, la gracia y desenvoltura de la cuñada de su hermano, y quizá su imaginación fabricado en su honra el más precioso castillo de ilusiones; y sin duda de este castillo columbró la silueta Marquitos, porque un día, bruscamente, le cogió desprevenido por el cuello, y retorciéndoselo ó haciendo que se lo retorció, le echó al cuerpo esta advertencia:

—¡Gringo, gringuito de la grandísima perra! Cuidado con poner los ojos de muñeco bobo en Parmenia, porque te estrangulo y te despellejo. Parmenia es de este

cura, y cuanto haga la tía Gorgonia para que sea de otro, resultará tan estéril como lo que tú intentes, zonzo del cuerno. ¡Como que voy yo á dejar que venga de fuera quien de su corazón haya de echarme! Y poco trabajo que me doy ahuyentando á todos los que, mordido el cebo, vienen detrás del coche de Palermo; á uno le largo un bufido, á éste un palo, al otro un anónimo; que todos los medios son buenos cuando se trata de defender lo propio. ¡Óyelo bien, pues: Parmenia es mía, y el que con ella se desmande se entenderá conmigo!

Protestó Hugo de la agresión, repitió Marquitos sus argumentos de manos y de razones, tornó á protestar el italiano... y no hubo más nada, sino que Hugo se apresuró á destruir por sí mismo sus ilusiones, y si Parmenia llegara á solicitarle la manda á paseo, recordando lo mucho que apretaban los dedos del compañero. Aumentó este incidente las ganas que de marcharse sentía, y aunque el cariño de su hermano

era mucho y el afecto que su cuñada Tecla le demostraba muy tierno, acaso demasiado tierno, como jamás igualaría á Marquitos, desentonaría siempre en la casa y en aquel *Parigi* adonde, por su mal, había venido.

Pues, señor: una mañana, más tarde que de costumbre, porque la aventura de la noche anterior le había aniquilado, acababa de aviarse el *bambino* en su alcoba, cuando sintió gran tumulto en la de Marquitos. Esto de los tumultos, y siempre que el hermano estaba en la fábrica, era el pan de cada día, entre misia Gorgonia y Tecla, ó entre Tecla y Parmenia, ó entre Parmenia y Marquitos, ó entre todos juntos, incluso el perro y la cotorra. Pero, aquella mañana, la voz que chillaba decía:—Sí, á eso he venido...—como persona extraña que invadió con fines belicosos la morada ajena.

Y, ¡patapún!, cayó un mueble al suelo, se estrelló algo de cristal ó porcelana, y sonó luego así como á bofeteo rápido y sin medida. Al mismo tiempo se abrió la puer-

ta estrepitosamente y apareció Concepción Ulrria hecha una leona:

—Usted es testigo, Hugo—tartamudeó apenas, ahogándose;—usted no lo negará, como lo niega este gandul...

Pasaba Concepción de los treinta y cinco, y había engordado mucho; conservaba, sin embargo, la graciosa picardía, la carita aniñada y el pelo de oro de sus buenos tiempos, y con todo ello se defendía, á pecho descubierto, de los rigores de su triste existencia. No tan bien que no se advirtieran en la infeliz, á pesar de adobos y tocados llamativos, los estragos de la derrota y lo próxima que estaba á caer del escenario en que se mantenía á costa de benevolencias, empujada por la edad implacable.

Diríase que el presentimiento de esta caída la preocupaba constantemente, y que la visión del muladar que había de recoger sus despojos de cortesana, prestaba amargos tonos á su gesto, de agrio humor siempre que no estaba en las tablas sonriendo mentirosa al público.

Con su madre y sus hermanas se veía poco, según rumores, por orden terminante de Fiorelli; sólo en los días de apuro aparecía de ocultis en la fábrica, y su presencia, ni las hermanas ni la madre festejaban ciertamente, porque ó sablazo ó disgusto traía consigo. Si esta vez se presentaba así, ciclón viviente, descargando por manos y boca toda su cólera, era que le ocurría algo muy grave...

—¡Señora!—balbució Hugo despavorido.

—A ver, niéguelo usted también—repitió Concepción, con ademán de arrojársele encima.—Quiero oirlo.

Ya misia Gorgonia y las dos muchachas, sutilmente vestidas, habían aparecido, y entre las dos trataban de contener y apaciguar á la iracunda tiple.

—Concepción, ¡por Dios!—suplicaba Tecla;—cállate, que Paolo va á enterarse.

—¡Silencio!—ordenaba la madre.—No escandalices, que nos pierdes.

—Pero, ¿qué pasa?—preguntaba Parmenia.

—¿Qué hay?—chilló con voz sobreaguda Concepción,—que ese sinvergüenza de Marquitos, ese mal nacido, ese hijo de don nadie ó de todo el mundo, estuvo noches pasadas en el teatro, acompañado, como siempre, de este mosquita muerta italiano, que abre aquí la boca para hacernos creer que no sabe nada. Era el martes, ¿se acuerda usted, Hugo, que era el martes? Le daré á usted más detalles: fué en el estreno de *La flor del seibo*, en esa pieza en que yo bailo un *gato* con relación, con muchas flores coloradas en el vestido y en la cabeza... ¿Se acuerda usted? Vamos, ya le vuelve la memoria... Bueno; ese tal de Marquitos fué y me pidió doscientos pesos para un compromiso urgentísimo, de honor... ¡Honor él!...—Te juro, Concepción, que en tres días te los devuelvo.—Mira, Marquitos, que me cuesta lágrimas y sudores ganarme la vida, y no estoy yo para que tú me estafes mi pan.—Te juro que antes de dos días, mañana mismo, si lo exigés... Total, que le presté los doscientos pesos, delante

de este caballerete. Y pasó el miércoles y el jueves y el viernes, y ni recibo mi dinero, ni veo á Marquitos por el teatro. Lo busco y no lo encuentro; le escribo y no me contesta. Entonces decido venir aquí; espero en la acera de enfrente, con disimulo, que baje Fiorelli á su hora; baja, me cuelo, subo, entro, le sorprendo vistiéndose, le pido lo que me debe, porque lo necesito, sí, lo necesito, desgraciadamente, lo necesito, y el canalla me niega, se atreve á negarme que le haya prestado algo... ¡Ah! ¡Ciega, fuera de mí, le he puesto las manos en la cara y le he abofeteado á mi gusto, y si tengo un puñal se lo clavo...! ¡Canalla, más que canalla!

—Habla bajo—decía misia Gorgonia, asustadísima, rodeando con sus escuálidos brazos á la hija, vuelto el agudo perfil hacia la puerta, vigilante.

—Pero, ¿es cierto, Marquitos?—preguntó Tecla, acercándose á la alcoba del acusado.

Este enlazaba tranquilamente su corbata

delante de la luna del armario, y nada contestó, silboteando un aire de *La flor del seibo*.

—¡Sí, es cierto!—declaró Hugo noblemente, á la vez que escondía la cara, coloreada por la vergüenza de que en tan triste aventura pudiera suponersele cómplice.

—¡Gracias á Dios!—chilló la cómica en un alarido triunfal, al que respondió el estridente de la cotorra vecina.—A confesión de testigo, sobra de pruebas. Conque, á pagar tocan. Vengo por mi dinero, ¡por mi dinero!

—Cállate, no alborotes, Concepción... ¡Jesús!

La pusieron sobre la boca epiléptica, caño desbordante de cloaca máxima, las manos como apretada mordaza, porque el borbotón de desvergüenzas no saliera y hasta los oídos llegase de D. Paolo, inundando la fábrica. Y entre las tres la sacaron de allí, con suaves empujones y cuchicheos de promesa de que la devolverían su dinero en seguida, en seguidita; la arrastra-

ron fuera, antes que saltara á los ojos de Marquitos que, en su retirada, se encocoraba de lejos y la jaleaba:

—¡Mentira! No hay tal, comicon, res pública...

Entre las tres consiguieron establecer la absoluta separación de los contendientes, mediante un lejano y sólido tabique, y en el sillón en que la obligaron á reposar la rodearon las tres, amurallándola de modo que ni escaparse pudiera, ni fuese de nuevo acometida. Ella levantaba los brazos, ahogándose de coraje:

—Mi dinero, ¡mi dinero!

Era en el despacho de D. Paolo, un cuarto obscuro, rincón en que el hombre triste escondía sus cavilaciones. Parecía que en él revolotearan sus ideas negras y como en una cueva donde el intruso sorprende, asusta y ahuyenta á los avechuchos que la habitan, en invisible enjambre por todos lados creeríase sentir las rozar sus alas de murciélago. Una mesa, cuatro sillas, dos armarios, lo llenaban, lo obs-

truían, y los dos panzudos sillones, de jobas de cuero, de abultados respaldares, mostraban la huella del cuerpo doliente, de la cabeza que sobre ellos desmayaba su carga de pensamientos, de sudor y de grasa. Muchos papeles en la mesa, en las sillas y en los armarios, impresos, cartas, volantes y libros, mayores y menores, algunos de lomo muy gordo, con alegres marbetes de piel roja y letras doradas.

Sagrado el despacho, ni misia Gorgonia, ni Parmenia, ni la misma Tecla entraban nunca en él... salvo en las ocasiones en que las necesidades de la perra existencia obligaban á Tecla á entrar. Como ahora, sí, como ahora... Para estas ocasiones, que ella procuraba fueran lo menos frecuentes posible; tenía Tecla una llavecita que había hecho construir, y la cual la libraba sigilosa y con generosidad de cómplice inconsciente todo el numerario que, en fajos pulcros y tentadores, encerraba el segundo cajón de la derecha de la mesa. ¡Ay!, confesemos la verdad atroz: las apuntadas ne-

cesidades son, á veces, muy grandes, á veces también, urgentísimas, y á ratos, infesables; el pedir cuesta siempre; el obtener, más todavía; el satisfacer, mucho, mucho más; y la verdad, el aligerar de tal cual billetito al segundo cajón de la derecha, con cuidado, ya lo creo, con especialísimo cuidado, era para Tecla más fácil y hacedero que ir derecha al ogro en són de petitorio. Así él no se enteraba, no gastaba ella ni saliva ni razones, y el remedio buscado surgía lindamente de sus uñas discretas. Cosas de la vida, cosas muy feas, pero, al fin, *cosas*, cual decía filosóficamente la insigne y nunca bien ponderada madre Ulrria, generadora de esta caterva de Ulrrias famosa.

Sin la llavecita salvadora, ¿qué hubiera hecho, pues, en esta comprometida ocasión, Tecla? ¡Horroriza pensar con misia Gorgonia la que se arma, si Fiorelli sube, si Fiorelli se entera, si Fiorelli encuentra, al fin, el pretexto, el pelo en la sopa que buscaba para abrazarse á las columnas de la

fábrica, Sansón vengador, y derrumbarla espantosamente sobre el familión nefando! Como si respondiera al conjuro colectivo, por la deliciosa rendija de la chambre de Tecla apareció la llavecita, al extremo de un cordón azul; cayó en las manos de la bella ladronzuela, y ella sola, diríase que ella sola, se metió de cabeza en el agujerillo de la cerradura... Abrió la boca el cajón y enseñó dos fajos de billetes, nada más.

—¿Cuánto te debe Marquitos?—susurró Tecla á Concepción.

—He dicho que doscientos pesos—contestó Concepción, también muy bajo.

En el silencio que imponía la acción perversa, se oyó el hurgar de los dedos intrusos, febril, rapidísimo, y luego el *trac* de la llave que cerraba de nuevo.

—Toma y vete—tornó á susurrar Tecla, soltando la brasa del hurto en las manos de su hermana.

—Y no vuelvas—suspiró misia Gorgonia, aliviada de no sé qué peso misterioso.—Ya sabes que Fiorelli no quiere que

vengas, y no podemos contrariar á Fiorelli. No debemos contrariarlo, y tú no tienes derecho de comprometer nuestra situación.

—Y no te metas en más dibujos con Marquitos—indicó Parmenia.

Súbitamente enternecida, soltó el trapo á llorar Concepción, con jipíos muy hondos y sentidos. ¡Ay, qué desgracia la suya! ¡Ni un afecto, ni un refugio que la amparase en sus horas amargas! ¡Y qué amargura de horas, tan largas, tan premiosas! Quiso contar sus miseriucas de actriz que vive del público, y de mujer que come del hombre...

El abogado aquel, amante de tanda, la había plantado; su empresario, que notaba que en las secciones en que ella trabajaba la deserción del público era mayor cada día, la anunció que para la temporada próxima no habría contrata; comenzaba á engordar ¿no lo notaban? las faldas cortas la caían mal, por la excesiva pantorrilla, las mallas peor, por el desborde de las caderas, y con el traje masculino estaba para que la pegasen cuatro tiros. La voz se le iba, ga-

lleaba, desafinaba ya; un diente se le había cariado, y entre el carmín negreaba el maldito á dos leguas. ¡Qué porvenir la esperaba, Dios mío! ¡Sin afectos y sin refugio, sin centavos y sin hermosura, hasta sin juventud, lo menos de que puede disponer una mujer necesitada! Casa vieja, ¿quién la alquila?

Con la dignidad con que en sus tiempos de respetable celestina, erguida en el sofá de su salón escuchando las tocatas de Teodomiro, alguna frase desmedida ó ademán incorrecto pescaba su vigilancia de lince, se volvía misia Gorgonia, visiblemente molestada. Ejem, ejem. Bueno, basta ya de conversación y de intimidades. No hay para qué enseñar el faldón de la camisa, y menos cuando hay señoritas delante, ¡ejem, ejem! La moral sobre todo. Esta era su eterna prédica: guardar las formas. Hijas, si alguna vez obligadas estáis á ensuciaros las manos, no olvidéis los guantes. Los guantes, hijas, los guantes; lo que viste, lo que se ve. Y que cada cual viva como pue-

da, con el respeto debido á las apariencias, por supuesto.

—Anda—repuso despachando á la llorona,—que va á venir Fiorelli, y no estamos para oír cuentos.

Pero la Ulrria pequeña, cuyos negrísimos ojos de virgen loca se encandilaban, se empeñó en saber eso del abogado, por qué y cómo y cuándo, él tan rendido que parecía, tan generoso. La legítima, ¿verdad? ¿A que lo sorprendió la legítima? Hay legítimas insufribles, que espían, que siguen los pasos, que tamizan las palabras... ¡Como si la fidelidad, humanamente, fisiológicamente, durar pudiera un año, un mes, todo lo más!

—¡Parmenia!—exclamó sofocada misia Gorgonia,—cállate, cállate.

¡Jesús! ¿De dónde sacaba la chiquilla esas enseñanzas? No sería ella quien se las daba, ejemplar acabado de madres. Y como antes á Concepción, la obligó á que callara, porque no estaba bien que de cierta clase de asuntos se tratase delante de ella, y me-

nos por boca de sus hijas. La moral, la moral sobre todo.

De la fábrica, en plena actividad, subía agradable aroma de panadería, el apetitoso vaho de las pastas, que en el seno de los hornos, ardientes cual sima del infierno, cocían, sin duda, á aquella hora Pelitos, Matías, Francesco y Stella. Por el largo corredor iban las cuatro damas, y husmeando mamá Ulrria aquel tufillo amigo se distraía, al punto de que Concepción, respondiendo al codazo inquisidor de la hermanita, diera discretamente cuantos detalles deseara sobre eso... eso del abogado. Tranquila ya Concepción, después de la batalla y de la reconquista, se disculpaba; entre tanto, prometía no volver, y menos con tales arrestos; pero que no se la pusiera Marquitos delante, que aconsejaran á Marquitos de no ir por el teatro ni por su casa, porque no saldría vivo de entre sus uñas, y en ellas dejaría el pellejo.

—Adiós, mamá; adiós, muchachas— dijo fríamente al llegar á la escalera, por

la que se escurrió con presteza, á pesar de sus carnes.

Y las otras, desde arriba, la despedían con gestos de desdén. Adiós, escandalosa, hambrona, desconsiderada. ¡Vaya una manera de saldar cuentas y entrar en casa ajena! ¿Dónde estaba la china Enriqueta? Prevenir la en seguida de que, si vuelve, no la deje pasar del zaguán, y para mayor seguridad, en adelante, se cerraría con llave la cancela. ¡Qué susto y qué bochinche! Y gracias, gracias que Fiorelli no se había enterado de nada.

Al són de los agudos gritos de la cotorra, que en su aro colgante hacía volatines, fué cada cual á terminar la interrumpida faena matutina de asearse y prenderse, y al colarse Tecla en su gabinete vió que por el corredor pasaba Hugo.

Iba el *bambino* cabizbajo, con señales de corrimiento y de pesar. Íntimo del otro, colaborador en sus trapisondas, ¿hasta qué punto, límite y medida le alcanzaba la complicidad, si no la responsabilidad, de lo ocu-

rrido? En el modo de llevar el sombrero, la cabeza y los brazos, daba á entender que la idea del juicio público, en la reciente aventura, le pesaba sobre la conciencia como una piedra. ¿Qué pensarían de él la cuñadita y la familia toda? ¿Qué su hermano de sus progresos en las artes picarescas de este *Parigi* corruptor? Valiente sinvergüenza estaba, ¡y cómo le ardían las orejas con el recuerdo de su tío cura, que desde Monferrato extendía la diestra para tirar de ellas y zarandearlas en justa reprimenda! No, no. Por aquel camino no daría él un paso más, así se riera Marquitos y le pusiera motes, jactancioso de sus viriles ventajas.

Buen empleo hacía de ellas, ya, ya. Prefería su encogida timidez, su delicado estómago con sus bascas y repugnancias. Porque la bofetada de Concepción rebajó tantos grados de su admiración por el héroe nocturno, cuantos aumentó de calórico en la castigada mejilla.

Supuso Tecla desde luego que bajaba á

contárselo al hermano, y le hizo *chist* desde la puerta.

—Hugo, Huguito, venga usted.

Obligóle á entrar en el gabinete, donde nunca entraba por pudoroso comedimiento. Y sin reparar en la liviandad de su bata blanca y el desaliño, demasiado familiar, de su persona y de su estancia á aquella hora de íntimo abandono, cerró la puerta, y cogiéndole por los hombros, muy cerca de él, le suplicó:

—Hugo, Huguito, ¡cuidado con decir palabra á Paolo! Usted no ha visto nada, ni oído nada. Dejemos á Marcos que se las entienda solo con sus culpas.

—Eso digo yo—saltó el mancebo, repeniéndose de la sorpresa;—porque yo... yo le juro á usted, Tecla, juro por la Madonna que no... que no me he mezclado... ¿cómo se dice?... en el timo, eso, así dice Landín... en el timo de los doscientos pesos. Antes me cayera muerto.

—¿Y quién lo duda, bobo?—dijo Tecla risueña.—Lo principal, ahora, es que Paolo

nada huella de lo sucedido... ¿Usted comprende? ¿Para qué? Qué necesidad...

—No, no, lo que es por mí...

—Cuento con usted, pues. Somos cómplices en una noble mentira. Qué, ¿no le agrada tenerme por cómplice?

Y riendo, tentadora en su frescura des-cocada, le franqueaba la salida. Pero, al mismo tiempo dió una gran voz:

—¿Qué le parece á usted Concepción? ¡Qué horror! ¡Qué gorda, qué fea está! ¡Y qué escándalo, Hugo, qué escándalo!

En una dormilona ó *chaise longue*, sobre la que campaban y arrastraban heterogéneos artefactos de indumentaria, un corsé, una media de seda, una enagua de volantes y no sé qué más cosas coquetonas y sahumadas de femenino aroma, sentóse Tecla, negligente, estremecida de indignación por el escándalo... Porque, bien mirado, desprovisto aquello del barniz de indulgencia que presta á las faltas el parentesco, la conducta de Concepción...

—Nosotros no la tratamos, ya sabe us-

ted, Hugo, que no la tratamos. Hace un siglo. Desde que se metió en el teatro, que fué poner en evidencia sus deslices, sacar á las tablas su impudor en las propias barbas de la gente. Que tuviera ó no tuviera, á puerta cerrada, allá ella; pero avergonzarnos así, ¡ah, no! ¡ah, no!

Era la teoría de misia Gorgonia, tan filosófica, tan humana, aprendida de memoria y dicha de carretilla. ¡Ah, no! ¡Ah, no! Movía la despeinada cabecita, y la expresión de disgusto alteraba la curva roja de sus labios, hacía avanzar el mentón voluntarioso, y marcaba en los ojos la naciente garra de los treinta años. ¡Ah, no! Lo que que se quiera, cuanto se quiera; pero de tapadillo, con los miramientos que á la sociedad se deben. A esto llaman hipocresía por ahí: es, simplemente, vergüenza de sí mismo, respeto á los demás. Porque así como no ha de salirse en cueros á la calle, tampoco han de mostrarse los vicios y defectos en público.

—¿No le parece á usted, Hugo? Sí, sí,

usted piensa como yo, siempre estamos de acuerdo. En lo que no estamos de acuerdo es en sus visitas á Concepción y en la mala compañía que acepta de nuestro pariente, el recondenado de Marquitos.

—¿Yo?—exclamó el joven, pronunciando en italiano el pronombre, es decir, separando dulcemente las letras.—¡Yo!

Atomatado, no sabía cómo excusarse. Miraba á Tecla, más atento á traducir su parloteo que á la actitud de la linda criolla, espatarrada ó poco menos en el canapé, con exceso de confianza que nada disculpaba, si no es la cerrada puerta.

—¡Sí, sí, usted! No debe usted visitar más á Concepción, ni andar más con Marquitos, son dos consejos que me permito darle, invocando mi autoridad de cuñada. Y ahora, déjeme vestir, porque supongo que no querrá estarse ahí mientras yo me visto...

No, ciertamente. Las tímidas rojeces de Hugo alcanzaron la intensidad de la púrpura, y sintió en las sienes el latir atrope-

llado de la sangre, como otras veces, como en otras ocasiones que le sorprendía la cuñadita con salidas del mismo género, bromas de calibre algo superior al que las conveniencias consienten y que, instintivamente, á él le parecía que sentaban mejor á la Charo ó á la Rufa, que á la esposa de su hermano; una de las tantas cosas raras en que venía fijándose sin querer y le hacían cavilar más de la cuenta. Entonces creyó notar, sin que pudiera asegurarlo, que tenía Tecla la bata desceñida en lo alto y por lo bajo tan recogida (sin duda del arrojarse sobre el sofá con aturdimiento y abandono), que la media de seda color de carne, modelando la hermosa pantorrilla, la exhibía á su admiración pecaminosa.

A fuer de bien educado Hugo, no quiso averiguar si era aquello realidad ó malicia de su imaginación, y no insistió en mirar donde mirar no debía; balbuciente, dijo que se marchaba.

—¡No, por ahí no!—protestó Tecla.

Ensartó el bordado pantufllo, que se le

había caído, vino rápidamente y le empujó hacia la puerta de la sala. ¡Loco, imprudente! ¡Podían verlo salir de sus habitaciones, y á aquella hora no estaría bien!... La china Enriqueta, la cotorra misma. ¿Olvidaba que eran cómplices?

Con una carcajada le echó la batiente encima, y el atortolado muchacho se encontró solo en la salita cursi de felpa y purpurina, frente al retrato de la consola en que el padre putativo de Marquitos, don Gabino Asnabal, hinchaba sus bellos de buey manso. Al mismo tiempo, por la puerta contraria apareció Marquitos, el sombrero pajizo sobre la oreja derecha, tamaño cigarro entre los dientes y luciendo un terno de fina lana azul.

—¿Vamos?—le dijo.

—¿Adónde?

—A tomar un aperitivo.

—No; gracias.

—¿Qué vas á hacer?

—No sé.

—¿Irás esta noche á buscar á la Charo?

—No iré.

—¿Y á casa de Concepción, me acompañas?

—¡A casa de Concepción! Si vas, te pega.

—Me abraza, zonzo, no la conoces. Y á pesar de cuanto has oído, en seguida que reemplace al abogado, si el reemplazante es de plata, verás á la tía Gorgonia derretida con ella y á partir de un piñón á toda la familia, salvo, por supuesto, el intratable hurón de tu señor hermano.

—Pues, no te acompañaré tampoco á casa de Concepción.

—Adiós, entonces, niño de cera, y que te parta un rayo. Melindrosos estamos, joven Fiorelli. Qué ¿nuevos escrúpulos de monja? ¿Tienes jaqueca, como las niñas histéricas?

—Nada tengo, sino que no me da la gana de ir contigo á parte alguna—afirmó audazmente Hugo, con entonación en él desconocida.

—¿Por qué, hermoso?

—Porque has cometido una mala ac-

ción, una acción ruin, que no será más que el principio de otras peores.

—¿El qué, birlarle á Concepción sus doscientos pesos? ¿Los ha ganado ella honradamente acaso? ¡Inocente, más que inocente, imbécil! Ea, no quiero discutir contigo, no he de rebajarme á discutir contigo. Y á la verdad, siento que me prives de tu dulce compañía, porque nos servías de diversión... ¡Sí, gringuito rubio y colorado, con lágrimas en los ojos te lo confieso aquí, en los propios morros de mi papá morganático: lo siento mucho!

Dió un golpe al pajizo que lo sumió hasta la nuca, soltó una carcajada y se echó al corredor precipitadamente; bajaba las escaleras, y las notas burlonas de su risa atornaban la casa, las mismas de Tecla desgranándose en el gabinete y punzándole como saetas de mofa.

¿Qué casa era aquélla? ¿Por qué se reían así de él? Le pareció que no sólo la casa, aquel *Parigi* inmenso se reía de su inocencia, de su memez y de sus líricos desplau-

tes, y levantó el puño femenino para amenazar al retrato de D. Gabino, á la Tecla vecina, á Marquitos y á la Charo, á todo el *Parigi* burlador y estúpido. La cotorra chillaba en el corredor, y amenazó también á la cotorra... Salvos la cotorra y el rebullido de la ciudad bajo los balcones, nadie contestó á su reto. Una sensación de descontento le embargaba, descontento de todo y de sí mismo. Y se preguntó, en medio del vacío de su alma, qué haría de sus días, qué haría de sus noches, sin Marquitos y sin Charo.

Habíase acercado al balcón y miraba pasar la interminable turba de carros, de coches, de gentes, estremeciendo el suelo como un regimiento de artillería, otro aspecto de aquel *Parigi* odiado, que si se divertía, también trabajaba. Y entre los que iban y venían vió avanzar la conocida pareja del maestro y su hija, D. Benigno y la hormiguita, cada cual á buscarse el pan, ella tras de alguna lección, él á cargar con los libros de la fábrica. ¡Qué lección, qué

lección recibió el *bambino* pensativo, nada más que del aparecer y desaparecer de la industriosa pareja! ¡Y qué efluvios, así como de fortaleza, subieron de la calle hasta el balcón, desprendidos de aquella masculina hembra que, enfundada en un traje negro modestísimo, que no se sabía si era de hombre ó de mujer, se alejaba con pasos francos y alertas, segura del terreno que pisaba y de los pies con que pisaba!

—Sí, trabajaré—pensó Hugo,—ayudaré á mi hermano, que para eso he venido, y no á gandulear y hacer el crápula. Trabajaré tanto, que me saldrán callos en las manos, y Paolo se admirará de verme. La pala de Matías pesará para mí menos que una pluma, y á fuerza de voluntad moldearé la pasta de mi fortuna, como Paolo; seré el heredero, el sucesor de Paolo.

Con la arrogancia de quien ha tomado una resolución decisiva, pisando fuerte, como Luisa, salió y emprendió el descenso de la escalera. Pero, sin duda, Marquitos había dejado en ella moléculas perturbado-

ras, que neutralizaron las benéficas de la hormiguita. De escalón en escalón, el paso de Hugo era más flojo. Bajaba á la fábrica, y de nuevo titubeó hacia dónde se encaminaría, ya que la covacha de Charo le estaba vedada.

Al llegar al último, se paró, súbitamente. Muy encarnado, sobre su frente brotaron ligeras perlas de sudor... ¿Era imaginación suya ó era realidad aquéllo... aquéllo?



---

## IV

Había atravesado D. Paolo los talleres, en la diaria visita de inspección, repartiendo el saludo matinal á los obreros que encontraba, con ligero rozar de la visera de su gorra y un *bon giorno* distraído entre el bigote canoso. Era una sombra descomunal que pasaba, y en el vaivén alegre y tumultuario del trabajo, imponía silencio allí donde se presentaba, nube obscura que tapa el sol; escurriánse las muchachas embaladoras cada cual á su rincón. y dejaban de cantar ó de triscar con los mozos; Francesco escondía la tagarnina prohibida detrás de la oreja, é inclinaba el torso sobre el barreño de la pasta; el perezoso Pelitos manipula-

ba la suya con bríos que serían eficaces si fueran constantes, y la pala de Matías no paraba de entrar en los hornos y salir de los hornos... El ojo del amo redoblaba la actividad, fuerza impulsora de voluntades mercenarias, como el viento que mueve las aspas del molino dormido. Pasaba la nube negra, y de taller en taller renacían las bromas y la algazara; la tagarnina de Francesco, de su refugio auricular tornaba á los labios viciosos, y Pelitos dejaba en paz la masa para atusarse los rizos.

Por toda su trayectoria seguían al querido patrón las miradas de sus subordinados por ver qué tiempo hacía: malo, si la visera le cubría los ojos; bueno, si la visera descubría la frente. Y era este síntoma tan fijo y seguro, como el del fraile barométrico que se pone y se quita la capucha, que lo mismo en la fábrica vieja que en la nueva, regañaba D. Paolo con la visera caída, y no sonreía y departía jovialmente (raras veces, desgraciadamente, muy raras veces) sino con la visera levantada. Lo sa-

bían todos, por tradición y experiencia; y así, cuando la sombra descomunal aparecía á su hora reglamentaria, el primero con quien topaba era á mirarle la inclinación precisa de la gorra.—¡Mal tiempo!—murmuraba cada cual, si la traía para abajo.—¡Buen tiempo!—si para arriba apuntaba.

Aquella mañana la mostraba completamente echada atrás, y el reguero de satisfacción corrió por todos los talleres: buen tiempo, buen tiempo, ¡gracias á Dios! La prueba está en que se detuvo á hablar con dos obrerillas, que se habían retrasado, y recibió sus excusas con benevolencia, palmeándoles las mejillas; en el secadero de los fideos se estuvo media hora larga, presenciando la delicada operación de colocar en los bastidores los macarrones, cascada de amarillos caireles que Stella disponía sin que sus dedos gordotes quebraran uno solo, y hasta discutió con él si se comían mejor en Génova ó en Nápoles, en la *trattoria* de la *signora* Nunziata ó en la de Ferdinando *il urso*. Sonrió también porque

(lo que es reir no señaló nunca la visera el caso) un mozalbete resbaló en la escalera de los hornos, y dió en el suelo con la bandeja de moldes y con las narices. Pues si anda el patrón con la visera calada, buena caída la del mozo, ¡como que va á parar á la calle!, y no se levanta riendo, deja tan fresco la pasta perdida, unos cuantos kilos, y vuelve por otra bandeja para la cochura, entre el retozar del patrón y de Stella y allá abajo el del demonio de la fragua, Matías.

Acontecimiento tan extraordinario éste del amo en buen temple, no ocurría más de una vez al año, y hubo año, el de la construcción de la fábrica nueva (los veteranos lo recordaban muy bien) que ni una vez siquiera. ¿Cómo, pues, el batallón de humanas abejas, que tan ricas golosinas fabricaban, no había de alborozarse viendo la visera enhiesta? El viejo Francesco, que hacía tiempo esperaba una ocasión así, la aprovechó para presentarle la nueva fórmula de su invención, de un bizcochillo

sutil y crocante, con perfume de melisa y relleno de cacao, al que podría denominarse *Hugo*, breve y dulce nombre, tan caro al patrón... El bizcocho *Hugo*, como la galletita *Tecla*, pasaría seguramente las fronteras americanas y, adulator del paladar, triunfaría en todos los mercados.

—Ensayaremos, Francesco, ensayaremos—aprobó D. Paolo,—aunque me parece que se te ha ido la mano en la esencia. El éxito de la *Tecla* está en la *suavité*: las pocas gotas de azahar la perfuman delicadamente; una gota más, la amargaría. Cuestión de medida y de pulso, y también de entendimiento, amigo. Otra cosa: ¿casarán la melisa y el cacao? El cacao tiene un genio, que sólo á fuerza de azúcar se dulcifica. Y he aquí otra duda; con tal gasto de azúcar, superior al que consume la *Tecla*, ¿podremos darlo al mismo precio? *Ecco il problema*... En fin, ensayaremos, Francesco, y si resulta bien la prueba, le llamaremos *Hugo* al bizcochito, á ver qué suerte le cabe.

Contestó Francesco á estas observaciones, que él lo había ensayado ya en diferentes veces, aumentando y disminuyendo las dosis, precisamente por tratarse de unir dos elementos discordes, y tan difíciles de asociar como el cacao y la esencia de toronjil, y que con la fórmula presente logrado había juntarlos en la dichosa medida que, sin perder sus caracteres peculiares, daban los dos una mezcla exótica, original, y jamás probada.

—*Beníssimo*—dijo el patrón.—La ensayaremos hoy mismo, y ya veremos.

Así como en días espléndidos, de cielo sereno y de sol brillante, basta una nubecilla volandera para enturbiar la limpidez y obscurecer la luz, en medio del gastronómico debate se arrugó la frente de D. Paolo, se embistieron sus dos cejas, y la visera de la gorra, sin que la mano la tocara y sólo por el impulso del gesto, descendió sensiblemente. Cuando puso punto al diálogo, la inclinación amenazaba á los ojos, y al entrar en su escritorio, sobre la calle, el

caballete de la nariz había desaparecido.

—¡Mal tiempo, mal tiempo!—dijo el viejo Francesco á Stella.—Y ¡malhaya mi bizcochada y su nombre y el de mi abuelo!

Pelitos, el uruguayo, que era habilísimo en lo de hacer figuras y dibujaba como un jerifalte, con airoso quiebro de cintura se acercaba para presentar, á su turno, las bonitas grecas y entrelazadas letras que había imaginado artísticamente, para que sirvieran de muestra atractiva y vistosa al nuevo producto de la gran fideería de Fiorrelli; pero, apercibido del gesto repentino del amo, se detuvo á mitad de camino.

—Vete noramala—saltó el capataz.—¿No has visto la gorra? Para abajo mira la indina, como si el diablo la empujara. Tan contento que estaba, y de repente ¡zas!, empieza la visera á bajar, á bajar, á bajar... Cualquiera le da ahora á probar bizcóchitos.

—Pues, cada mochuelo á su faena—dijo Stella, que no consentía le anduvieran entre sus macarrones,—y despejar y esperar mejore el tiempo.

Esto del cambio ya lo sabían en todos los talleres; las chicas, que embalaban, como más desahogadas, exclamaron:

—Cosas de arriba, de las mujeronas.

Y el dicharacho corrió, zarandeado como pelota. ¡Claro! ¿Quién, sino ellas, las mujeronas de arriba, las intrusas, eran las que manejaban la visera del humor del patrón y le hacían intratable, que hasta de los asuntos é intereses de la fábrica se despe- gaba? ¡Perras, guarangas!

Entretanto, D. Paolo penetraba en su escritorio y saludaba:

—Buenos y felices días, señor D. Benigno.

—Muy buenos, señor Fiorelli—contestó el maestro que, junto al ventanal, sacaba punta á su lápiz.—¿Se ha descansado? ¿Pasaron las molestias de ayer tarde?

—¡Todo pasa, menos lo que á mí me pasa!—dijo entre dientes D. Paolo, echándose en su sillón de cuero, con desaliento que no disimulaba.

—¿Y qué le pasa al excelente amigo y

querido patrón?—preguntó solícito D. Benigno, después de una ojeada al barómetro de la fábrica.

—¡Usted es un hombre feliz, señor Landín!—dijo lentamente D. Paolo, y como si divagara á solas.—Se le murió la mujer joven, dejándole grato recuerdo de su belleza y de su buen carácter, y no la vió envejecer y agriarse; tiene usted una hija que, en vez de salirle necia y coqueta, y ocuparse de novios y perifollos, como otras, como casi todas, es la sabiduría y la bondad y la prudencia y todas las virtudes humanas juntas, personificadas en ella; ni vicios chicos ni grandes le afligen á usted, y le basta para distraerse esa graciosa manía de querer enseñarnos á todos á hablar correctamente el castellano, condenándonos á los horrores del infierno á los ignorantes que estropeamos su hermosa lengua... Tiene, además, su modesto vivir, tranquilo, sin necesidades; ni el hígado, ni el bazo, ni el corazón, ni el estómago se han negado, hasta ahora, á funcionar como es debido y

le han dicho: por aquí duele... ¡Hombre feliz, D. Benigno!

—Excepción hecha de lo referente á mi adorada Verónica, aquella flor de Entre Ríos que perfumó mi hogar, y á la que, si viviera, no vería marchita, porque era con los ojos del alma que yo la miraba; excepción de esto, que mi conciencia y mis sentimientos me obligan á salvar, en lo demás, en todo lo demás dice usted verdad, D. Paolo; yo soy un hombre feliz.

—¡Y qué pocos pueden declararlo, y qué pocos están libres del gusano de la ambición para publicar esta extraordinaria, esta sorprendente, inaudita, inverosímil confesión: soy un hombre feliz!—exclamó Fioreselli, descargando ambas manos sobre la mesa, manos velludas, anchas, espesas, de trabajador potente, que habían levantado una fábrica soberbia como aquélla y, sin embargo, no fueron capaces de componer la figurilla alada de la felicidad, escultor poco diestro y sin genio.

Caía sobre ellas el sol primaveral y mar-

caba la piel curtida, las venas hinchadas, los pelos hirsutos, los dedos mochos. Manos torpes, manos ordinarias y vulgares.

—Deje usted ese lápiz—añadió volviéndose al maestro burgalés;—¿á qué afilarlo tanto, si yo no le voy á permitir pescar ahora granos y gorgojos? Porque así los suelte á docenas, y los soltaré, ya lo creo, le prohibo que los recoja antes de que me diga qué ha hecho usted y cómo se las ha arreglado para ser feliz.

—Este lápiz—contestó D. Benigno—no lo destino á lo que maliciosamente cree el Sr. Fiorelli, sino á repasar las cuentas de anoche; que lo que se hace de noche, de día se ve. Y respecto de la preguntita, diré que ella equivale á preguntarle á una hermosa, á un narigón ó á un estúpido, qué ha hecho cada cual para sacar bonitas facciones, larga nariz ó cortos alcances. Cuestión de *nativitate*, de idiosincrasia y también, naturalmente, de brújula y de voluntad. Yo soy feliz, Sr. Fiorelli, porque he nacido modesto y sobrio; fíjese usted

bien, *modesto y sobrio*, sin apetitos malos, y si alguno he sentido, mi voluntad, fíjese usted bien, *mi voluntad* lo ha dominado, lo ha suprimido. Con esto y la suerte de que mi Luisa saliera mejorada en tercio y quinto...

—Eso, la suerte, ¡ya saltó la palabra maldecida! ¿Qué pueden la voluntad ni ninguna fuerza humana contra la suerte? Mío será el error, la falta gravísima de no haber constituido un hogar en regla; pero, ¿es culpa mía que mi hermano Hugo, por ejemplo, me resulte, al cabo, un calaverilla, haragán y mujeriego?

—Nada de eso me parece mi joven y simpático discípulo—se atrevió á oponer D. Benigno.

Y las manos velludas, empujando la visera, descubrieron el relampaguear de los ojos coléricos. ¡Nada de eso, y se traía revuelto el cotarro femenino en el taller de embalaje, y no había obrerilla de palmito agraciado que no lo llevara cosido á sus faldas, con mengua del respeto subalterno

y perjuicio evidente del trabajo! ¡Nada de eso, y trasnochaba y se levantaba tarde y gastaba como un pródigo, y no se presentaba en el escritorio, á doblar el espinazo sobre los libros, sino cuando se le daba la gana, él, un pobrete, sin otro porvenir que el que su hermano quisiera legarle!

Alzada la visera, las nubes del mal-humor se amontonaban sobre la frente de D. Paolo. ¡Fíense ustedes del barómetro! Y la tormenta rompió en truenos, cuando oyó que Landín decía muy sentencioso:

—El árbol da fruto según el terreno y el cultivo. En este caso, Sr. Fiorelli, es el terreno, no es el árbol el malo...

¡Verdad, verdad!! Dos puñetazos hicieron tambalear la mesa. ¡Qué verdad más grande, y qué nuevo puñetazo más terrible!

—El terreno es el malo—repitió el patrón, desahogándose como una esclusa que se abre,—y por eso, ¿ve usted, D. Benigno?, me resistía yo á traer á mi hermano inocente, criado por mi bendito tío Girólamo,

temeroso de que se echara á perder allí arriba, donde toda idea buena se corrompe, basurero en el que me revuelco sin fuerzas ni voluntad para salir de él, atado vergonzosamente por la pasión y la costumbre, que son dos tiranías en una sola tiranía. Y luchando entre traerlo ó no traerlo, me decidí por lo peor, por traerlo, y ahí está el hermoso árbol que me envió el tío Girólamo, amarillento, comido de bichos y á punto de secarse. Culpa mía, sí, porque lo traje, porque fuí débil, porque soy débil. Asómbrese usted, D. Benigno: este hombre, que así se queja, un coloso de actividad y energía mercantil, es un juguete en manos de mujeres, ¡me falta voluntad para resistir á una mujer! Compadézcame usted, D. Benigno, usted, el hombre feliz que no levantará fábricas, como la de Fiorelli, pero ha sabido fundar un hogar sobre los cimientos de la virtud. ¡Ah! ¡Pudiera yo destruirlo todo y acabar conmigo!

Desplomó la cabeza sobre sus brazos, y el buen Landín consumió medio lápiz, á

fuerza de afilarlo á tontas y á ciegas, lamentando la inoportunidad de su frase, que así había puesto al pobre D. Paolo. Casi sin respiración, decidido á no volver á tocar el resorte que tales crisis provocaba, á navajazos con el inermé canutillo de grafito, decía:

—Para todo hay remedio, Sr. Fiorelli... Mientras haya enfermo, hay esperanza... Y el que á sí mismo se conoce, está á dos dedos de curarse sólo. Usted curará el día que quiera, fíjese usted bien, que *quiera*... En cuanto á D. Hugo, acórtelo usted la cuerda, que para ello tiene potestad, y quítelo usted de la pésima compañía de Marquitos... ¿Ve usted? Anoche mismo nos declaraba á Luisa y á mí, delante de nuestro tertuliano y amigo D. Quico, que la vida que le hace llevar el trapisondista del pariente no era de su gusto, ni mucho menos. Luego, no falta á la lección, y cada noche se aprende su media docena de verbos. Mire usted que mi Luisa no es para departir y entretenerse con estos melones

de dos pies ó calabazas andantes: pues, arma sus charloteos con D. Hugo muy seguidos y agradables, y tales cosas le oigo, que puedo asegurar á usted, D. Paolo, que tengo al reverendo D. Girólamo por cultísimo y sabio sobre toda ponderación...

No contestaba D. Paolo, pero notábase que cada palabra de aquéllas le caía sobre el espíritu, como gota de bálsamo calmante sobre una llaga.

—En fin, en fin—murmuró pasado un rato,—todo se andará... Habla usted, don Benigno, como maestro que es... No vence sino el que no *quiere*...

Eran las once, y el torrente de luz alegraba la vulgar habitación, desnuda y pobre: en el centro, la mesa de largas patas, de lomos en declive; en un rincón, otra enana con librotes; y en el frontero la maciza caja de hierro, guardadora de caudales y secretos; en las paredes, la variada y chillona exposición de marcas de la fábrica, cada una con sus emblemas y guirnaldas y figuras: ya de matronas de azu-

lada clámide y blanca veste, el gorro de punta vuelta en la cabeza y la bandera en la mano; ya la cara bonita y relamida de mujer ó de niño, en la que se quiso pintar la expresión placentera del gusto... Mezclados los tamaños y los colores, allí aparecían los carteles más acreditados y conocidos de comilones: la *Unica*, la *Exquisita*, la *Perfecta*, el *Piccolo*, el *Ultra*... Y sobre todos, la *Tecla*, dominando, reinando, en un apoteosis de superioridad conquistadora, en la habitación entera su perfil de preciosa, en duelo galante con las rosas que lo encuadraban. Era como un pregón estrepitoso de su poder de favorita, pues hasta debajo de la mesa central, entre sus patas largas, sonreían Tecla y su coro de rosas en la cubierta de una pila de cajas cerradas.

Por el ancho ventanal se veía la hilera de carros á lo largo de la acera, unos ya cargados, á punto otros de cargar, y entrando en el portalón al compás solemne de los cascos de los caballos, que bajo el

sotechado de cristal y en el patio amplísimo resonaban gravemente. Y allí también Tecla triunfaba; reproducíase su perfil al infinito; llenaba cada carromato de aquellos en apretadas filas; se encaramaba en los propios topes; de mano en mano de los mozos andaba dando vueltas en cadena interminable.

En vano la *Unica*, el *Piccolo* ó la *Exquisita* disputarla intentaban humilde hueco. Soberana indiscutida, atropellaba por todas partes, se imponía á la atención por todos lados, ella y sus rosas, con insolencia avasalladora.

Era como el alma de la fábrica, á la que infundía vida; ella movía las máquinas, encendía los hornos, y la pasta jugosa transformaba en delicada golosina. En cada taller imperaba en forma distinta, diosa proteica y terrible: en el amasijo, destacando su perfume de azahar, amarillosa y casi líquida; en el horno, obstruyendo la entrada por dorarse; en el empaque, desbordando de las bandejas, ya escul-

pida, alongada, con el color de la uva borracha de sol.

Quien allí llegaba, había de sentir la influencia de su culto, porque la fábrica era su templo. Y se daba el caso de que, bajando de las alturas D. Paolo, quizá por esquivarla, le saltaba á los ojos al entrar; y los mismos dedos de los obreros, que por antipatía desearan ahogarla, por fuerza la acariciaban y trataban con remilgos. Hasta las bocas que la arrojaban los dardos del insulto, la recibían con agrado y paladeaban á placer.

Tiranía mayor, obsesión igual, nunca la hubo, y así reinaba ella, la linda criolla, allí arriba, arrastrando perezosa sus chapines rojos y bostezando...

En lo mejor de aquel barullo, apareció Hugo arrimado á la puerta del escritorio. Vencida su indecisión, venía á cumplir con su deber, á ponerse de pie delante de la mesa alta y á trabajar en los libros todo el tiempo que fuese preciso, sin ceder al llamado incitativo de la Charo, afuera, ni

adentro al de cierta rubilla embaladora muy de su gusto. Estaba resuelto á ser más formal que un poste; sí, sí, de estos chicos decentes que se acuestan con las gallinas, después de pasar el día abrazados al trabajo ó al estudio. También rezaría el Padre-nuestro que el tío Girólamo le mandaba rezar cada noche, y que por culpa de Marquitos llevaba la mar de noches sin rezar. Y en el libro que le habían confiado, y al que no metía mano hacía más de un siglo, también por culpa de Marquitos, apuntaría las cajas de *Teclas* que se vendían, tantas para la ciudad, tantas para el campo, tantas para provincias y tantas para el extranjero, sin que el nombre ni el perfil de Tecla le empujaran por los peligrosos derroteros de la malicia, á los que, de un tiempo á esta parte, sentíase empujado, á pesar suyo, y perdiera ni una sola caja de la cuenta.

El primero que le echó la vista encima fué D. Benigno, y levantando el terrible lápiz, como hacía cuando cazaba al vuelo

un lapsus lingüístico para encasillarlo en su penitenciaría de vocablos, le amenazó de lejos risueño, y dió á entender sin palabras que la visera del hermano anunciaba tormenta, y'en lo más desatado de ella llegaba. Se encogió el *bambino*, por el temor y el respeto; pero entró valientemente en el escritorio, tocó en el hombro á D. Paolo, saludándole en su cariñoso dialecto, y agarró su libro mayor con la decisión del que se ata una piedra al cuello y se arroja al mar. En el mar de los números se sumergió á poco, en efecto, y arqueaba las cejas doradas, se mojaba los dedos en el tintero, se paraba á reflexionar gravemente, absorbto en sus problemas matemáticos.

Ahora no diría el hermano que no trabajaba; delante de él, sudando estaba por encontrar una suma, persiguiendo un guarismo que, confundido con otros, había armado espantoso lío en una columna. Le iba ya á la zaga: ¿era un 3? ¿era un 7? No, era una idea perversa, muchas ideas malas que burbujeaban en su cerebro, embrollándole los

números, la Charo y la rubilla en danza tentadora, y también Tecla enseñando su media color de carne... ¡Maldito número! ¿Era el 3? ¿era el 7? ¿ó ninguno de los dos era?

Lo miraba al descuido D. Paolo, y el maestro, por señas, decía al patrón:

—Ya lo tiene usted trabajando, y no se quejará. Aplicadito viene el niño, con unas ganas feroces de sorberse el libro mayor entero. Vea usted cómo suda, cómo busca los números que se le escapan y qué chapuzones da á la pluma en el tintero; cómo arruga la frente, con qué afán tira de la guía izquierda del bigote. Quéjese usted, malhumorado patrón, y venga aquí con dianas, cuando posee esta alhaja de hermanito, que él solo, de seguir así, cargará con la fábrica á cuestas.

—Hugo—prorrumpió D. Paolo,—¡gracias á Dios! ¿Dónde te escondes? ¿por qué no bajas al escritorio con más frecuencia... con la frecuencia que debes bajar?

—Si bajo, *fratello*—contestó el joven tapándose la cara con el libro;—es que... á

veces vengo cuando tú te has marchado ya... Pero, te prometo que, desde mañana, estaré aquí á las diez ¡Te lo prometo!

—Bueno, hombre, bueno—dijo don Paolo, sin dar mayor importancia á sus palabras.

Y se volvió á D. Benigno para dirigirle este comentario mudo:

—Lo mismo que el último día y que siempre. ¡Fíame yo de las promesas de este tarambana! Deje usted que pase cerca la embaladorcilla, y que él la huela, porque la huele, D. Benigno, la huele á una legua, y adiós libro y adiós buenos propósitos... O que oiga el relincho de Marquitos, y saldrá escapado... ¿Bastará *mi voluntad* para detenerlo y traerlo de las orejas? ¿Qué dice usted, D. Benigno?

Y el lápiz del maestro dibujaba en el aire la respuesta:

—Espere usted; conceda usted tiempo á la enmienda. Tiempo, tiempo.

Los tres se entregaron, al fin, cada cual á su tarea, y los tres mangos tiesos

entre los dedos echaron á correr sobre el papel, como caballos de pista que se disputan un premio. Pero, mientras los de don Paolo y D. Benigno galopaban á porfía, el de Hugo hacía más estaciones que un borracho y se dormía sobre la mano distraída.

¿Era un 3? ¿era un 7?... La Charo lo esperaría aquella tarde, y diría rabiosa á Marcos:—Dime, ¿qué se ha hecho el gringuito?—Allá está—contestaría el otro—sacando cuentas con el hermano y con el maestro, porque ahora va á hacerse chico decente. Já, já.—Y se reirían del gringuito y se irían los dos con la Rufa á tomar chocolate con bollos, mientras él buscaba el número que se le había perdido.

Ganas le venían á D. Paolo de preguntarle qué fué aquello de la mañana. No era ciego ni sordo D. Paolo, y aunque se tomaba grandes precauciones para ocultarle la realidad de las cosas, y la propia misia Gorgonia mantenía el velo tupido cuanto podía (y podía mucho en este sentido mi-

sia Gorgonia), no siempre se lograba cubrir las apariencias de manera que el Sansón de la casa, el sostenedor de aquel tinglado, no se enterase de detalles sueltos con los que ataba luego cabos á disgusto suyo. Que chillasen allí arriba, ¿quién prestaba á ello atención? A todas horas y todos los días chillaban, y abajo distinguían perfectamente, sin equivocarse, por la mayor ó menor agudeza del diapasón, cuándo gritaba Tecla, cuándo Parmenia y cuándo era misia Gorgonia la que daba la nota más baja ó la más alta la china Enriqueta, de algún pescozón que ganó en la batalla... Pero los gritos de aquella mañana parecían extraños, de tiple nueva en aquel teatro de escándalo. Los oyó D. Paolo en el momento en que Francesco le presentaba la fórmula del *Hugo* acabado de crear, y esto bastó para tumbar la visera repentinamente, con sorpresa del malhadado inventor. ¿Lo preguntaría?

Y, D. Paolo, sin detener el galope del plumífero corcel, hacía un gesto... ¿Para qué? ¿para que mintiera, como los otros?

¿No estaba inficionado del mismo veneno? ¿No lo había dejado inficionar él, él mismo, su hermano mayor, su padre? Y á la postre, ¿qué podía ser? Alguna mandadera desbocada, trampa vieja ó trapisonda flaman- te de la familia, de su familia...

Las patadas de los caballos en el patio acompañaban la tarea, y los tres se abstraían, se olvidaban, poco á poco, el uno del otro, y perdían la pista de sus cavilaciones; sin perdonar á D. Benigno que, de vez en cuando, ensayaba una salidita hacia aquellos campos de la ilusión, en medio de los que se alzaba gallarda la escuela de don Quico.

—¿Sabe usted?—dijo de pronto don Paolo, esforzándose por atrapar pensamientos más alegres,—mi viejo Francesco ha creado un nuevo bizcocho, una marca nueva... Hay que crear, D. Benigno, hay que crear cada día una pasta, porque si no la fábrica se estanca. Al público le agrada toda novedad, y es claro que para probarla tiene que comprarla antes, y esto produce movi-

miento... Ya está el público cansado de fideos de estrellitas y de letras, finos y entrefinos; de bizcochos para té estilo inglés. Ahora la boga es de las *perlas del Japón* y esos emparedados rellenos de coco, chocolate ó yema. Pues, hay que ofrecerle algo mejor: yo aspiro á mercantilizar el alfajor casero, y expedirlo fuera para regalo de los que no lo han probado en su vida, en lindas cajas llamativas. Y también las *tabletas* provincianas y ese postre barato, pero bueno de verdad, las *torrejas*... ¿Qué hace usted, D. Benigno?

—Clavar en esta pared, digo, en este papel esa palabreja, que es un disparate más grande que la fábrica, para llevarla á los calabozos de mi diccionario. Porque se dice *torrija* y no *torreja*, señor Fiorelli. Viene de torrar, tostar, ó sea del latino *torrere*, y llamarla *torreja* es hacerla diminutivo de torre y con disparates así no se forma idioma nacional en ninguna parte.

—¿Y á mí qué más me da que se forme ó no—contestó D. Paolo con sonrisa casi

franca—y que sea torre ó tostada, si consigo ponerla en conserva y venderla como pan bendito? Ya he advertido á usted, señor maestro, que cuando hable conmigo, que soy un humilde extranjero sin más entendimiento que el de hacer fideos, enfunde su lápiz y su palmeta, y no me cobre cuentas que deben pagar los del *paese*. Yo siempre he oído decir *torrejas*, y *torrejas* digo.

—Pues, muy mal dicho, señor Fiorelli. Y muy mal dicho, por ejemplo, eso de *candial*, que soltó muy campante el otro día una de las señoras de arriba. Se dice *candiel*, de cándido, y nada tiene que ver con el candeal del trigo. El *candiel* es la leche merengada con yema, que es á lo que se refería la dama aludida, cuyos pies beso. *Candiel*, señor Fiorelli, *candiel* y *torrijas*.

—Bueno, D. Benigno, ¿quiere usted que volvamos á mis fideos?

—Volvamos.

—Decía, pues, que busco la manera de

preparar tan ricos manjares en conserva, y entretanto algo nuevo para sopa. Pero, no se me ocurre nada. Recuerdo que la receta de la *Única* se me ocurrió, así de buenas á primeras, al dar un tropezón en la calle. Ahora, aunque tropiece, no encuentro recetas de ninguna clase. ¿Será por viejo, D. Benigno? Sin embargo, más viejo es Francesco, y todavía discurre fórmulas nuevas, como un muchacho.

—Misterios de la mollera, señor Fiorelli; caprichos de la sangre, que según circula y según arrastra más glóbulos rojos, tonifica y vivifica tales y cuales células, y hace brotar, como chispas, tales ó cuales ideas... Pero, volvamos á los fideos, ó sea al bizcochito de Francesco. ¿Cómo halla usted la receta?

—No sé; hay que probarlo. Cacao y toronjil...

—La boca se me hace acíbar sólo de oírlo.

—¡Naturalmente! Va á necesitar más azúcar que un jarabe.

Se levantó D. Paolo, con la animación de antes y que experimentaba siempre que en su elemento se sentía á sus anchas. Y al levantarse D. Paolo, bastante inquieto y cansado de buscar números Hugo, que miraba por la puerta abierta el rebullir del patio, saludó con alborozado *bon giorno* á quien de prisa se acercaba, y era la propia hija de Francesco, la rubilla embaladora de marras.

Bien plantada la chica, airosa de talle y de ojos americanos que mareaban, merecía ser estampada en uno de aquellos carteles, deslumbrantes de colores, y dar su nombre á la más deliciosa galleta de la fábrica. Si el oleaje inspirador de la sangre, de que hablaba D. Benigno, no producía la fórmula deseada, no sería por culpa del modelo, ciertamente.

Traía en alto una fuente, de loza vulgar, que en sus manos parecía de repujada plata, y la escoltaba el padre, quien, ladino de suyo, abroquelado en la filial hermosura, nada había de temer de la visera del patrón.

—¿La huele ó no la huele?—dijo con intención D. Paolo al burgalés, en viendo el grupo y designando á Hugo.

—Lo que yo huelo—contestó D. Benigno inflando la nariz—es la fragancia de esta fruta de horno que trae esta hermosa Salomé en su fuente.

—No me llamo Salomé—rectificó la muchacha, saludando á todos con desparpajo,—me llamo Carmen, y en mi casa me dicen Carmelita.

—Ya lo sé, hija; si sabré yo, si sabremos todos que te llamas Carmelita...

—Y esto tampoco es fruta, como cree el Sr. Landín, sino la nueva galleta que mi padre está ensayando.

—Pues, claro, ¿no tengo yo ojos, Carmelita? Vamos, que no entiendes tú de metáforas.

Los de la joven se abrían como dos soles, magníficos, y la dulzura del mirar inocente apoyaba la opinión de D. Benigno, de que no entendía de ninguna clase de metáforas. Detrás, Francesco sacudía la

cabezota, y sus bigotes de cepillo, casi blancos, se erizaban para mascullar en su media lengua:

—*Ecco* la galleta, el bizcocho, *il mío* bizcocho, *l' Hugo*.

—Anda y bautizado y todo—dijo don Benigno, adelantando la zarpa hacia el dorado rimero de la portadora.

Hugo, muy alegre, y D. Paolo acercáronse también, defiriendo á la reiterada, expresiva y ruidosa invitación del inventor. ¡Probarlo, por Cristo vivo! ¡Era la propia gloria; los mismos ángeles en el Paraíso no fueran capaces, con sus manos divinas, de amasar nada semejante ni más digno de ofrecerse al *figlio* de la santa Madona!

Como antes los tres lapiceros, al unísono, las tres manos tocaron la fuente, y las tres bocas, con solemne beatitud, se abrieron y se cerraron.

—¿Qué tal?—preguntaba ansioso Francesco.

—Para mi gusto, excelente—falló el

primero, D. Benigno;—el saborete de melisa le va muy bien.

—Exquisito, exquisito—dijo Hugo, devorando con los ojos á la linda portadora, más de su agrado, sin duda, que el bizcocho.—¿Y le das mi nombre, Francesco? Muchísimas gracias.

—Le falta azúcar—opinó el pesimista D. Paolo;—ya lo decía yo. Todavía amarga, Francesco.

—¡Qué ha de amargar!—protestó el viejo capataz.—Lo que hay es que el patrón tiene amargado el paladar, y amargo lo encuentra todo y amargo encontrará un terrón de azúcar que le pongan en la boca.

Tantos gramos llevaba la mezcla, y de cacao nada más que lo necesario para dar color, y de esencia sólo una chispita. Ya vería, antes de poco, el favor que el público iba á dispensar al *Hugo*, y en qué forma, asociado á la *Tecla*, dominaría el mercado. No habría manos bastantes para prepararlo: escasos los obreros, insuficientes los hornos, paralizado el género vulgar y

corriente, *Hugos* y *Teclas* llenarían la fábrica, triunfarían dentro y fuera. ¡Y qué decir del cartel de Pelitos; cómo elogiar aquellas guirnaldas de flores por todo lo alto y por todo lo bajo, y el bonito entrelazar de letras á lo modernista, con toques dorados y en toda la composición dominando el rojo, para atraer desde lejos la atención de los más distraídos! No podía compararse con ninguno de aquellos de las paredes...

—¿Te gusta á ti, Carmelita, este *Hugo* aquí presente?—deslizaba entretanto, en un aparte el *bambino* á la muchacha, ofreciéndola un bizcocho.

Y ella que, francamente, no entendía de metáforas, contestó después de clavarle los crueles dientecitos y trituirarlo:

—¡Claro que me gusta! Como que lo ha hecho mi padre.

—Bueno, Francesco—resolvió D. Paolo; —nada se pierde con largar cien, doscientas cajas de prueba; si prende, mejor; si no prende, se retira. Así hemos hecho siem-

pre, aun con las más apreciadas, con la *Unica*, con la *Perfecta*, con la *Tecla*... Y ojalá de *Teclas* y de *Hugos* rebose la fábrica, y en ese patio y en la casa entera *Hugos* y *Teclas*, en montaña inmensa, reinen y triunfen. Buena señal será, mi viejo Francesco, buena señal.

Parecía fatigado, y la opresión del pecho apenas le dejaba hablar. Se sentó, y la visera de la gorra cayó sobre sus ojos mortecinos.

—Mala señal, Francesco—susurró don Benigno;—largarse, que aquí sobramos todos.

Salió el capataz, y Carmelita se volvía para saludar, alzando la fuente en sus brazos redondos y morenos, sonriendo con la boca de cereza y los ojazos húmedos. Hugo se marchó detrás, y la Salomé, el viejo y él se perdieron en el tumulto del patio.

D. Benigno, al pie del ventanal, atacó de nuevo la punta de su lápiz. El sol le daba de lleno en la calva y bajo la influencia de su caricia se le removían añejas

ideas, pensares de otro tiempo, en que la tristeza de D. Paolo no se había iniciado todavía y era el hombre activo, creador de industrias. A cada astillita que arrancaba al lápiz, lo miraba compasivamente.

—¡Lo peor es—murmuró D. Paolo debajo de su visera, con voz que sonaba á muerto,—lo peor es que Francesco tiene razón! Es mi boca la que amarga, D. Benigno... ¿Se fué ese mequetrefe, verdad? Claro, ¡no había de irse!... Estamos solos. Pues, entonces, contésteme usted, que todo lo sabe y á quien su felicidad todo le aclara: ¿por qué es mi boca la que amarga y por qué la amargura fluye de mí como fuente maldita?

---

## V

—Dichosos los ojos... Pase usted, Hugo; que el venir sin su mal compañero y en noche tan señalada, es más que suficiente para que se le reciba aquí con gusto y simpatía.

Concepción estrechó la mano del joven, le cuchicheó que esperase, que tenía muchas cosas que decirle, y se volvió á las tres ó cuatro personas que ocupaban su camarín y habían acudido á felicitarla aquella noche de su beneficio, para reanudar la interrumpida charla. Estaba Concepción bastante guapa: coronada de florecillas carmesíes la cabeza rubia, y todo el traje de gasa blanca salpicado de pétalos sangrientos, la

hermosa *Flor del Seibo* aparecía más joven bajo el afeitte y más delgada bajo el corsé opresor. Alegre, infantil, tenía para cada caballero de aquéllos una frase picaresca, que les hacía reir muchísimo; sobre todo á dos viejos verdes, sus amigos constantes desde los tiempos del salón de Ulrria, los dos pelones y barrigudos, tan parecidos que pasaban por hermanos y no lo eran y á quienes conocía el joven Fiorelli de verlos en todos los antros en que Marquitos le sirvió de guía, sin saber nada más de ellos sino que á uno llamaban García Mayor y al otro García Chico, y como sucede con los mellizos, no se distinguía al chico del mayor, ni había seguridad tampoco de que se apellidaran García. Los demás, periodistas y aficionados, formaban una corte algo heterogénea á la decadente estrella, vistiendo todos la chaqueta democrática, que el frac holgaba en aquel centro poco distinguido.

Porque ya comprenderán ustedes que este nombre de camarín, aplicado al agu-

jero hecho de cuatro tablas mal empapeladas, que á Concepción valía de tocador, es una manera de señalar benévola. El teatro de Concepción (que no se designa más claramente por no importar este detalle á la historia que voy contando) era una barraca, una simple barraca, amenazada de ser barrida por la escoba municipal en el torbellino progresista que sacude, como benéfico terremoto, á la gran ciudad. Era una miserable barraca, que antes fué circo de lona y ahora se había convertido en templo del incipiente teatro nacional, al que acudía tanto noble espíritu con su ofrenda escénica, sillar modesto del futuro monumento grandioso.

Llamemos, pues, camarín á aquel cuartucho de madera, que ello nada cuesta; seamos galantes también diciendo que era damasco el papel y sillones de brochada seda las sillas de rejilla laqueadas y de finos encajes la mesilla de tul y percal rosa; que era de bronce la lámpara, cuando no había lámpara, ni de bronce ni de nin-

guna clase, sino una bombilla eléctrica pendiente de una cuerda, y llegando al colmo de la fantasía, agreguemos que las cestas de flores, obsequio de la admiración á la distinguida artista, eran tantas, que allí no cabían todas, cuando una sola y marchita, de los dos Garcías, en un rincón languidecía. De verdad en el teatro se disfraza la mentira, y es lícito mentir, ya que en el teatro estamos.

Pero, habrá de permitírseme confesar que el tal camarín no olía muy bien, pues el tabaco de ambos Garcías, mezclado al supra-violeta y al sudorcillo de la tiple, producía un compuesto aromático poco agradable.

Ocupó Hugo una de aquellas sillas mequinas, que querían pasar por sillones, y esperó, contrariado. La mar de tiempo llevaba sin venir al teatro y sin ver á Concepción. Si había venido esta noche fué porque ella, recordando el caballeresco apoyo prestado en el famoso ajuste de cuentas, le envió una localidad para su beneficio

con unas letritas:—Me olvida usted. No deje de venir. Pero solito, ¿eh?, sin su compinche...—Y vino, y allí estaba, contrariado, de nuevo, aunque fuera sólo por un rato, en medio de aquella sociedad equívoca, de la que había huído con ánimo de esquivar siempre, y en la que tan mal encajaba su formalidad de ahora.

Formalidad muy grande sí, señor. Se levantaba temprano, se acostaba temprano, trabajaba todo el día en el escritorio. A la Charo no la veía, á Carmelita la dejó en paz, con Marquitos ya no andaba... ¿Qué más? Y el que dudara, que mirase lo cambiado de su aspecto y de su gesto, lo flaco y preocupado que aparecía, cómo había perdido aquella risueña máscara que completaba y realzaba su cara de niño bueno. Ahora era un niño viejo, que piensa en cosas tristes y muy graves. Y no porque la formalidad vaya aparejada con el empaque solemne y taciturno, sino porque indudablemente algo le pasaba al *bambino*.

Inclinada la cabeza, los ojos vagando

tras los dibujos de la estera, ¡perdón!, de la rica alfombra de terciopelo, un brazo sobre la rodilla, y balanceando el hongo maquinalmente, oía al García Chico ensartar tonterías, y al mayor otras mayores, y á Concepción donaires verdosos, sin entenderlos. Hubo un momento en que no oyó nada; creyó estar solo... Y, en efecto, Concepción y los viejos y los periodistas y los demás habían desaparecido. La lamparilla, al extremo de la cuerda, brillaba melancólica.

Se levantaba para marcharse, cuando reapareció Concepción, huracán de gasas, de perfumes y de risas que cayó sobre él como una tromba.

—Dispénseme, Hugo, si no he podido atenderlo todavía. ¡Jesús, qué mareo! ¡y qué disparatar de hombres, y qué gracia tienen los malditos! Figúrese que me han mandado esa cesta los dos Garcías, á medias, y con media tarjeta de cada uno... ¡já, já! Yo los adoro á los dos, á los dos lo mismo, la mitad para cada uno, como les de-

cía ahora, y el chico me agarraba de un brazo y el mayor del otro, para llevarse cada cual su mitad. Son muy chistosos... Me río, y realmente debiera darme contra estas paredes de madera. El teatro vacío, Hugo; ya lo habrá usted visto. Mientras canté el tango de las flores, conté dos palcos ocupados y quince butacas. Y cuando empezó el coro de los sauces, aquello era el Sahara peladito. ¡Buen beneficio nos dé Dios! Si para las demás secciones no mejora el tiempo... Voy á echar la llave para que no nos molesten.

Fué á la puertecilla, ¡crac!, y echó la llave. Disponía de veinte minutos largos, antes de volver á salir á escena, y todo este tiempo quería dedicarlo á su familia, á su familia ingrata, que la olvidaba, que la despreciaba...

—No proteste usted, no lo niegue. Usted, que vive con ellos, lo sabe tan bien como yo, Hugo. Mamá y mis hermanas me desprecian; pero no porque sean mejores que yo; ¡qué han de serlo! Es que

ellas tienen mejor posición, han conseguido mantenerse en alto por un milagro de equilibrio; pero, yo digo: el día que don Paolo se canse, al cuerno todo el mundo.

Hizo con las manos el ademán de derrumbamiento que anunciaba, y como si contemplara el cataclismo, se rió cruelmente.

—¡Já, já! ¡Adiós pretensiones! ¡Adiós orgullo! ¡Adiós sopa boba! Y todo depende de la paciencia de su hermano, un santo de esos que no caen muchos en libra. Pero, la paciencia se acaba, se le acabará algún día á D. Paolo, porque los santos humanos también tienen ojos y sangre, como nosotros.

Iba el joven á oponer que, ligado á Tecla D. Paolo por la religión y por la ley, el terrible suceso previsto no era de temer. Mas, no se atrevió. Parecióle, sin que pudiera explicarse por qué, que iba á soltar una sandez.

—Sin embargo, yo no las quiero mal -- repuso Concepción calmándose, -- y si no

prueba al canto. Al llegar aquí, ¿ha visto usted un automóvil en la puerta del teatro?

—No—contestó Hugo,—al menos yo no he reparado...

—Un automóvil amarillo, el automóvil amarillo de Rómulo Pares, el aristocrático, el exquisito *snob*, Rómulo Pares, prototipo de la elegancia masculina, el perdido más *comm'il faut* de la sociedad porteña, casado con una beldad, Ernestina Asnabal, á la que ha comido ya media fortuna...

Sonó á Hugo el apellido de Asnabal á cosa conocida, pero no recordaba con exactitud el motivo ni la ocasión.

—Bueno, pues—continuó la tiple—Pares ha venido á verme esta noche, me ha preguntado, me ha sonsacado cuanto secreto de familia guardaba yo... Pares está enamorado de Parmenia, locamente *encamotado*, hará locuras por Parmenia... ¿Comprende usted? Pero, Parmenia, lo sé, lo sé, que no lo niegue ella, porque lo he visto yo en Palermo, y si mamá no lo ve y nadie lo

ve en la casa, es porque andan ciegos... Parmenia está entendida con Marquitos, y va á hacer una sonada el mejor día. Y yo, que no las quiero mal, á pesar de todo, les devuelvo la fineza de esta manera: Previendo á mamá que los paseos á Palermo y el coche y la carita de flauta de la niña en dulce han dado el resultado que deseaba, y ahí está el gran Pares esperando que le llamen, muerto de ganas de que le llamen y pronto á aflojar los pesos de su mujer. Que lo ponga, pues, á raya mamá á Marquitos, que dé su lección á Parmenia; y Cristo con todos.

—¡Allá ellos!—dijo Hugo, que se sonrojó al pensar de que le creyeran capaz de llevar semejante recado.—¡Allá ellos! ¿A mí qué?

Pasó un relámpago por sus ojos azules, y Concepción tuvo á bien explicarse. ¡Es que le daba una lástima tan grande aquella chica, pronta á caer en las garras de Marquitos! No podía su buen corazón mirar indiferente su porvenir, ver cómo, por

atolondramiento é irreflexión, por inconcebible ceguera de la misma mamá, tan larga, sin embargo, iba á perderse estérilmente, y á perder un pez como Pares. Que lo dijera ó no en su casa, ella cumplía un deber de conciencia dando el ¡quién vive!, ganso familiar que previene el ataque.

¡Ah! Pero lo que sí quería que dijera, lo que le rogaba que dijese, para que se murieran de rabia, era que el abogado había vuelto, rendido otra vez, manso cordero extraviado. Y la pondría nuevo piso, un piso hasta allí, con todo cuanto puede contener un piso de lujo: cortinas de seda, cuadros, espejos, un dormitorio blanco, todo, todo blanco, con inmaculada blancura de paloma y un cuarto de baño, ¡ay, Dios!, ¡qué cuarto de baño aquél!, ¡qué azulejos, qué grifos, con brillar de oro, qué pila de mármol, digna de una emperatriz romana! Siempre había soñado ella con un baño así, y el par de Garcías, sus amigos, se lo tenían ofrecido para cuando uno de ellos muriera y pudiera el otro casarse, quedando

dueño absoluto, sin molesto condominio, del hermoso cuerpo... Ahora ya no necesitaba esperar la desagradable contingencia.

—Sí, Hugo, ha vuelto! ¿Por qué, si no, había de estar yo tan contenta esta noche con el teatro vacío? ¿Por qué no me doy contra estas tablas? Pues por eso, ¡porque ha vuelto! Regalito canta.

Y presentó al joven el prominente y carnoso seno, entre cuyas gasas, como estrella entre nubes, brillaba un solitario de primera magnitud. Ciego quedóse Hugo, y le pareció que podía, sin sonrojo, ofrecerla sus felicitaciones... por el regalo, bien entendido.

—Es precioso, ¿verdad?—repetía Concepción, moviéndose delante del espejo para que la luz centelleara en todas las facetas de la joya.—De primera, de primera. ¡Ay, cuánto daría porque lo vieran mamá y las muchachas! Se caen de espaldas, si lo ven. Estoy deseando que venga Marquitos para darle también en los ojos. Vino el otro día, ¿sabe usted?, y lo saqué

de aquí á zapatazos... ¡es más sinvergüenza! Pero volverá, que mientras esté aquí la Rufa, y la pueda birlar á la infeliz unos centavos...

Llamaron á la puerta discretamente, y dijo la tiple con susurro de reserva:

—¡Es él! Habrá conseguido desprenderse de la mujer, que es una lapa la pobre señora, y estaba comprometido á llevarla esta noche á un baile... ¡Amor mío! ¡Dulce y espléndido amigo!, allá voy... Ahora, Hugo, la del humo, ¿eh?

Retiró el pestillo, y apareció un hombre de sorprendente facha, vestido de rosada malla, como los titiriteros, con un á manera de faldellín hecho de musgo verde, las barbas y los cabellos larguísimos, de hili-llos de reluciente cristal, y una corona de helechos, que le ceñía triunfalmente las sienes. Traía un cuerno grandísimo de caracol y un tridente dorado, y su apostura era todo lo imponente, lo asombrosa y soberbia que correspondía al personaje, al Río Paraná en persona.

Su húmeda Majestad no pasó de la puerta, como parecía natural, tratándose de un elemento que se cuela por toda rendija, y anunció á Concepción que la escena iba á comenzar, con voz que más era de vino que de agua. Detrás del fluvial fantasmón, en el pasillo angosto y sucio, mezquinamente alumbrado, hormigueaba, como en una gota de agua podrida las bacterias, una legión de mamarrachescas figuras: el coro de sauces, pintados todos de verde, con mantos de gajos llorones de la cabeza á los pies; flores rojas de seibo, destilando almazarrón las caras y albayalde las pecheras; sábalos extraordinarios, de grandor de tiburones, cubiertos de escama, y en la cabeza, á guisa de casquete, una de pescado enorme y otras plantas y otros bicharracos fantásticos y groseramente representados... Fumaban los peces como personas, gritaban las flores, reían los árboles, hablaban los pájaros en español, en italiano y hasta en el idioma nacional del gran don Benigno aborrecido, y tal era aquel poema

en prosa vulgar y plástica, que parecía el mundo al revés.

La distancia idealiza los objetos, y así como para los sucesos es recuerdo, que dulcemente los esfuma y piadosamente los disimula, para las personas es cendal que vela misteriosamente y mentirosamente hermosea. Toda aquella farándula carnavalesca, vista de cerca, repugnaba al mismo que poco antes deslumbrara en el escenario. ¡Oh influencia de la perspectiva, y qué sujeta á error resulta la labor de la Historia, mirando de lejos hombres y cosas y viéndolos y pintándolos otros de lo que fueron!

Y qué trapatiesta armaron, de pronto, dos sauces que disputaban! Arrancáronse los gajos, se dieron de morradas con los puños enguantados en bayeta de color plomizo, y no se hicieron allí mismo astillas, porque otros sauces y la revoltosa flor, causa del lance, lo impidieron, y el Río Paraná, levantando su tridente, les amenazó con romperles la copa. Un hombre avanzaba,

entretanto, vestido como las personas, de gabán y chistera, el cuello envuelto en un pañuelo de seda, que le subía hasta media cara, cuidadoso del fresco ó de la curiosidad, y con el bastón y nada corteses modales apartando á la fauna y á la flora isleñas, en absoluta y escandalosa posesión de todo el pasillo.

Concepción, á orillas del Río, quiero decir, á la vera del Paraná de carne, y contrariada aún por el reciente chasco, le gritó alegre:

—Buenas noches, Titito; entra, entra.

Era el doctor Incógnito, al que no llamaremos de otro modo para no exponerle á la venganza de la engañada esposa. Nada se dirá tampoco de sus señas personales; baste con saber que el mimosamente requerido Titito llegar pudo al puerto, y que Hugo y el corpulento Río le franquearon la entrada, con menos prisa que en abrazarlo puso la tiple, estrujándole pañuelo y cuello descaradamente ante el híbrido concurso.

¿Ha visto alguien comer á una flor una naranja? Pues esto era lo que hacía en el propio momento, en el rincón más obscuro, una chiquilla roja, larguirucha, de ajado traje y rostro más ajado todavía, cer-nidos de violadas ojeras los ojos negros y profundos. Parecían manchas de sangre los pétalos que salpicaban su vaporosa falda corta, y sus formas delgadas de efebo, de ser asexual, de niña en capullo, cuyo desarrollo la miseria ó el vicio detuvieron, entristecían en medio de su atavío, que la penumbra fingía trágico. Lentamente, como á desgana, exprimía los casquillos de la fruta y arrojaba hollejos y pepitas al suelo, abstraída, sin preocuparse del combate de los sauces, ni del arribo y turbulento cruzar de Titito Incógnito por aquel elemento en que su juventud se agostaba. Asimismo, esta flor del mal se estremeció, agitó todas sus hojas cuando descubrió á Hugo saliendo del camarín de Concepción.

—¡Gringo, gringo bonito!—gritó risueña,—vén, vén, que aquí te espero comien-

do... una naranja; vén, que aquí está tu Charo, azarada con tu ausencia y desesperada con tu desvío.

Oyó estas voces el *bambino*, y trató de esconderse entre los árboles; pero le disparó la joven una lluvia tan certera de pepitas y cortezas, que hubo de rendirse y dejarse llevar prisionero donde ella quiso, y fué al mismo rincón de antes: allí arremetió contra él, lo achuchó á su sabor y entre besos y golpes le decía:

—¿Por qué me huyes, gringo bonito? ¿Qué te he hecho yo, precioso, para que no quieras ya verme? ¡Serafín rubio de mi corazón! Esta noche no te me escapas; te vendrás conmigo, tomaremos juntos chocolate con bollos, como antes... ¡No digas que no, porque te muerdo! ¿Qué te pasa que estás tan serio? Pues te sienta muy mal la seriedad, hijo... Ya, ya me ha contado Marcos que te da ahora por el estudio, y metido en el escritorio te estás las horas muertas. ¿Quién te ha cambiado así? ¿El marimacho de la hija de tu maestro con

sus verbos? ¿Tu cuñadita, la lánguida, con su virtud en vinagre? ¡Contesta, contesta, mala peste, ó te arranco el bigote!

—¡Charo, tengamos la fiesta en paz!— protestó Hùgo con enfado.—¡Déjame, no seas pesada!

—Esta noche te vienes conmigo.

—No puede ser.

—¿Por qué no puede ser? ¿A qué has venido aquí? Si no has venido á buscarme, ¿á qué vienes?

—Mujer, á lo que me da la gana. ¡Vaya una pregunta!

—¡Y vaya una respuesta! ¡Estúpido! ¡Feróstico! Si á mí no me hace falta que me acompañes ni me busques. Ya me buscan, ya, otros mejores; más generosos, más ricos, más buenos mozos... ¡Quítate de mi vista, mal fideo, bizcocho averiado! ¡Si no te quitas, te ahogo!

Enfurecida, lo arañó la flor. (¿Podía hacer otra cosa siendo flor y siendo mujer?) Y el infeliz *bambino* huyó, aporreado, pisando otras flores, tropezando en los árbo-

les, perseguido de la voz estridente, irritada, de la Charo.

—¡Anda y que te lleve el diablo, maldito!

En medio del pasillo el Paraná le impedía la retirada, y él vadeó el Río muy lindamente, dando al hombrón con sus cristalinan barbazas y su caracol, contra la pared. Sacó el pecho el Río, y gritó en criollo:

—¡Animal! La *pucha*...

—Duro con él—exclamó una vocecilla desde lo hondo de un rincón.—¡Duro con el gringuito!

Era la Rufa que, con Marcos, se reía locamente. Toda la maleante floresta agitaba sus ramas, arremolineaba el Paraná sus aguas y un escuadrón de sábalos monstruosos danzaba en torno de Hugo. ¿Qué era? ¿Qué ocurría? Del brazo de Titito Incógnito apareció Concepción, radiante, y se calmó la isla entera por ensalmo.

Rufa y Marquitos habían cogido por el gabán á Hugo, y obligarle querían á que les siguiera.

—Tienes que hacer las paces con Charo—decía Marquitos zumbándole.

—Esta noche nos convidas con chocolate á los tres—insistió la otra;—no merecen menos esos arañazos de mi amiga y compañera.

—O me sueltan—amenazó Hugo—ó les arreo un par de bofetadas á cada uno.

Le soltaron, y salió el joven muy erguido, después de enviar á Concepción amistoso saludo. ¡Patulea infernal! ¡Flores corrompidas, árboles de mala sombra, plantas venenosas, peces groseros y voraces! ¡No volvería el *bambino* de Monferrato á visitaros jamás! ¡Y tú, ¡oh Charo pérfida!, que con tus espinas osaste herir la fina piel de su rostro rafaelesco, condenada serás al olvido, á la execración y al desprecio!

Se limpió la ardiente mejilla con el pañuelo, y unas pintas encarnadas, que no eran, ciertamente, pétalos de la flor del seibo, mancharon el lienzo. ¡Ah! ¡Qué rabia sintió entonces el joven por la gatuna afrenta, y qué juramentos hizo, más solemnes,

de no ver á la Charo en todos los días de su vida bonaerense! En cómica postura, en la puerta del teatro, su brazo vengador amenazó á la barraca y á cuantos dentro de ella cobijaba.

Y pián piano, marchó derecho hacia la calle de Centro América, sede de la fábrica. Mas, no había andado cuatro pasos, y ya se paró indeciso en la acera, cual solía, de algún tiempo acá, en todas las ocasiones en que su voluntad adoptaba una resolución, y otra voluntad, extraña y misteriosa, surgía repentinamente de lo más profundo de su alma, donde estaba agazapada y oculta, sin que él supiera cuándo entró en ella ni cómo pudo colarse. Solitaria la calle, dos ojos, sin embargo, para Hugo, y sólo de Hugo visibles, la ocuparon, llenaron é iluminaron toda, apenas su voluntad movió sus piernas en dirección á la fábrica; dos ojos que eran dos focos eléctricos, de luz deslumbradora y poderosa. Cerró los suyos el *bambino* por no cegar, y un sudor de congoja lo bañó entero. No,

no iría á la fábrica; andaría toda la noche, como un caminante que ha perdido el rumbo; ¡no iría á la fábrica, ni á la casa, ni al escritorio, porque no, porque no! ¡Porque estaba mal que fuera! Porque las ideas malas, las ideas perversas que en su espíritu sentía germinar, y que otras manos sembraron á descuido suyo, crecían en aquel ambiente, lozaneaban como hierba maldita y le robaban el sueño, le amargaban el pan y apartaban del gusto del trabajo y del estudio...

Tibia la noche, prestábase á una de esas caminatas de romántico con que se regalaba en la aldea; pasearía á la luz de la luna, cuyos dos cuernos plateados apuntaban en el cielo sereno, y, entretanto, reflexionaría, discutiría consigo mismo si la conveniencia suya y el interés de todos estaba ó no estaba en decir valientemente á D. Paolo:

—*Fratello*, me voy de la casa por esto (aquí una mentira de fácil deglución), alquilaré un cuarto amueblado, sin que ello importe rompimiento de relaciones con tu

familia, y menos, por supuesto, contigo, y vendré al escritorio como de costumbre; que mi asiduidad en el escritorio nada tiene que ver con mi habitación en la casa.

Ó si no estotro, más radical y heroico:

—Me voy de este *Parigi*, que abomino y donde estoy á punto de perderme: de un pelo me sostengo, *fratello*, sobre el abismo que, espantoso, se abre debajo de mis pies. Déjame tornar á Monferrato, y que otros aires que estos Buenos Aires, fatales para mí, porque me trajiste adonde no debías traerme, y me pusiste donde debías no ponerme, oreen mi frente y reconforten mi espíritu. ¡Mira que el veneno que respiro llega ya á mi corazón! Mareado estoy en la sentina en que me obligas á vivir, y cualquier cosa que ocurra, cualquier cosa horrible, *fratello*, que ocurra, no me la achagues á mí, que me defiendo y peleo y sufro y empleo toda mi voluntad por impedir que ocurra; achácala á tu debilidad, que facilitó la ocasión de que ocurriera. ¡*Fratello*, *fratello*: déjame marchar de este

*Parigi* odioso; déjame marchar á Monferrato!

De nuevo se limpió Hugo la cara con el pañuelo, y las manchas rojas del arañazo de Charo dijérase eran tan espinosos pensamientos los que las producían, gotas de sangre de su doloroso meditar. Volvió atrás, buscando, no ya el silencio de las calles, sino el bullicio de la gente, que le distrajera de sus malas ideas, y anduvo de prisa, con la precipitación del que huye de invisible enemigo... ¡Ah! Fuera hacia la fábrica ó de la fábrica huyese, á la fábrica tenía que volver, y ni marcharía á Monferrato ni diría esas cosas á D. Paolo... porque hay cosas que no pueden decirse ni al *fratello* ni á nadie, y las cosas que Hugo decir querría, para alivio de su conciencia y salvación de su responsabilidad, eran del género que hay que encerrar bajo los siete candados del secreto. Y si no podía decir-las, ¿cómo justificar el abandono de la casa ó la partida á su aldea italiana?

Los dos ojos luminosos, cual reguero

fantástico que precediera sus pasos, huella fatal que marcara su camino, seguían brillando como dos faros, antes imán del abismo que nuncios del peligro.

—Así me huyas y pongas todas las calles y todas las leguas y todo el Océano entre tú y yo—sonábale dentro la voz demoniaca,—no podrás evitar lo que fatalmente ha de suceder. Yo tampoco sé cómo ha sido esto; si de aburrida y cansada de amar por obligación, que, créeme, es el más triste amor del mundo, ó prendida en el encanto de tu juventud inocentona. Lo cierto es que ha sido: ni tú me has hablado palabra, ni yo palabra te he dicho, y, sin embargo, nos entendemos maravillosamente, ¡somos cómplices!, no de nada horrible, ¡tonto!, sino de algo tan delicioso, que sólo de pensarlo, de pura miel se me llena la boca, rubio y hermoso *bambino* de mis sueños.

Un gesto de horror contrajo el semblante de Hugo, y arrebió el paso. Estaba ya en las calles céntricas, había recorrido la

aristocrática calle de la Florida, lujoso salón al aire libre, gracias á la ordenanza municipal, que prohíbe el tráfico nocturno, y llegado á la Avenida de Mayo, remedo felicísimo del París auténtico y gala de la soberbia urbe. En la mesilla de un café, bajo los plátanos, se sentó abatido, y se distrajo en el pasar de las gentes, hormiguero ascendente y descendente interminable. No tocó al refresco que había pedido, ausente del lugar en que estaba, en ruda batalla siempre con la voz demoníaca y con sus escrúpulos.

Y de pronto, tres cabezas, cabezas de pesadilla, aparecieron en torno de la mesa, y tres bocas burlonas le saludaron al mismo tiempo.

—Buenas noches, gringuito.

Oyó arrastrar de sillas, y Marquitos, la Charo y la Rufa sentáronse á su lado tan campantes. En viendo el pajizo de Marcos y los sombrerones floridos de las dos chicas, despertó Hugo, furioso. Bueno, ¿y qué? ¿Se habían propuesto fastidiarle, tomarle

el pelo? ¿A que concluía mal la bromita?

—Hijo, no te sulfures—díjole Rufa con gracioso pestañear de los ojillos picarescos;—ésta me preguntó si quería compartir con ella tu invitación amabilísima: «Me ha convidado á chocolate con bollos, y lo tomaremos juntos.» Y yo, claro, ¿había de negarme?

—Esta me preguntó—declaró á su vez Marquitos:—¿quiéres acompañarme á tomar chocolate con el gringuito y con Charo? Y yo, claro, ¿iba á negarme?

—Pues yo—siguió Charo mimosa—no podía negarme tampoco; ¡negarme á tomar chocolate con mi gringuito rico, después de haberlo arañado, ¡ay!, que desde aquí veo la marca, la señal infamante de mis uñas perversas en el cielo de tu cara... No, no, después de mi arrebató, del que te pido perdón y me arrepiento, imposible rechazar tu convite. Y rogué á ésta y á éste que vinieran á tomar contigo chocolate.

—Yo no tomo chocolate ni contigo, ni con ésta, ni con éste—saltó Hugo de muy

mal talante;—y á ti te advierto y á ésta y á éste, que ni gloria siquiera, y que os vayáis á la gran tal los tres y os apartéis y no me déis más en las narices con vuestro tufo de desvergüenza.

—Oye, ¿qué es eso de tufo?—protestó Rufa;—¿olemos mal acaso?

—¡Gringuito, gringuito! No hagas que, en vez del tufo que dices, recibas otra caricia de mis manos, que ya conoces, ó de las de ésta, que saben también pegar, ó de las de éste, que pegan mejor—intervino la Charo, con aquella propensión suya á pasar del mimo á la amenaza, sin transición.

—No seas grosero con las damas—dijo Marquitos;—paga los chocolates y calla.

—No pago nada—concluyó Hugo levantándose.

—¡Gringuito, gringuito!—insistió Charo.

—Y á ti, á ésta y á éste... ¡ya lo sabéis! No buscarle tres pies al gringo...

—Eso, ¡como que tiene cuatro!—le ases-

tó la Rufa con una carcajada, viéndole alejarse.

—¡Adiós, galán generoso!

—¡Adiós, macarrón insigne!

Temblando de cólera la coristilla desdenada, su mirada vengativa le escoltaba entre el gentío, y repentinamente saltó de la silla, corrió detrás, lo alcanzó, lo cogió del brazo con brusquedad, y empinándose sobre la punta de los pies, que por demasiado pequeña apenas le llegaba al hombro, puso el indignado morrito casi á la altura del bigote rubio del ofensor.

—¡Señor Fiorelli, explíqueme usted! ¿Por qué se porta usted así conmigo? ¿por qué es este desprecio? á que viene esta conducta... ¿He hecho yo algo malo? ¿le he dado á usted algún motivo?... Explíquese usted, que no me negará el derecho de pedir explicaciones á quien me ha ofendido así... A ver, á ver ¿por qué?

Y muy tranquilamente, apartándola con frialdad, contestó Hugo:

—¿Por qué? ¿quieres saber por qué?

Pues, te lo diré con franqueza: ¡por fea!

Soltó la Charo una risotada. ¡Por fea! ¡por fea! Realmente era una razón como cualquiera otra, y ella no pedía otra cosa. ¡El demontre del gringuito! ¡Y qué gracia la suya de encontrar feo ahora al delicioso conjunto de sal, de majeza y de picardía que antes lo trastornaba!

—Bueno, hijo; me has dado una razón, y razón de peso. Ahora te parezco fea, lo cual precisamente no quiere decir que yo lo sea. Y el que lo dude, que me mire... Me has dado una razón y me conformo. Te dejo, gringuito; ya no te molestaré más. ¡Y al decirte adiós hasta la eternidad, te deseo que encuentres otra más fea que yo en tu camino, y que te arañe, no la cara, como yo, sino el alma, el alma, y con sus uñas de harpía vengadora te la arranque á pedazos!

Con ademán de reina le volvió la espalda y él continuó andando, indiferente. ¡Vaya con la impertinencia de la chiquilla pegajosa! ¿Qué se creía entonces? ¿qué iba á

llevarlo de zarandillo, como chucho de su propiedad? Pues, sí, ¡por fea!, aunque no lo fuera. Así, herida en su amor propio, le dejaría en paz é iría á cantarle á otro su tonadilla, aquello de *La flor del seibo*: «Yo soy una flor roja, vegetal mariposa, primorosa...» con voz de cigarra, meneo automático de brazos y exhibición de pantorras.

La calle Centro-América, la fábrica y la casa se aproximaban, entretanto, puesto que hacia ellas el joven caminaba y no había de qué sorprenderse, si, al cabo de un cuarto de hora, calle, casa y fábrica aparecieran al volver de una esquina. Sin embargo, Hugo se sorprendió, se sorprendió mucho, se sobresaltó más, puso los ojos en los cuernos de la luna, los abatió al suelo, como buscando esconderlos y donde esconderse...

Y era que, atravesando la calle y justamente á darse de cara con él, venían tres damas, y en estas tres damas reconoció á misia Gorgonia, á Tecla y á Parmenia, que volvían, sin duda, del teatro; por el tocado,

por los abrigos y por los retículos de seda que pendían de sus manos enguantadas de blanca cabritilla: *Parmenia*, delante, con la tiesura y el aire preocupado que se la notaba hacía tiempo, y cuya causa no era un misterio para Hugo, la mamá y Tecla detrás, en animadísimo coloquio, del que, tal cual frase, irritada de misia *Gorgonia*, calmante de Tecla, llegaba hasta la soñadora y la hacía torcer la cabeza, estremeciéndose con el picor de su aguijón, para dirigir á la mamá un signo negativo, de malhumor y terquedad.

Disputa muy larga debían de traer; acaso iniciada en el teatro, porque la muchacha no respondió cual debía y se lo exigía la maternal previsión, al lenguaje elocuente de unos anteojos del patio ó á las miradas del fastuoso propietario de cierto automóvil amarillo, el mismo que en Palermo las perseguía galantemente, el mismo que había escrito cartas tan bien sentidas y redondeadas. Con todo esto, la digna señora venía disgustadísima, y arrojaba los rayos

y centellas de su cólera contra la hija pequeña, la peor de todas las suyas, la más desobediente, la más endiablada y difícil de guiar, porque ni Concepción, ni Tecla, ni la misma Trinidad, la proporcionaron un solo dolor de cabeza en su vida, y su carácter de cera se resistió jamás á los planes que, por la felicidad de la familia, tejía la Ulrria diestramente.

En cambio, la señorita Parmenia era una calamidad... En el silencio de la calle, las voces sonaban más agrias, y como descubriera á Hugo, que en el borde de la acera esbozaba un saludo respetuoso, á él se abalanzó iracunda.

—Dígame usted, dígame usted si esto no clama al cielo, Hugo; un hombre formal como el Dr. Pares, riquísimo y casado, casado, que es la mejor garantía de discreción, de reserva, de seriedad... ¡Pues no quiere la mocosa esta; lo rechaza, le hace una cantidad de desaires inaguantables!... ¡Miren la muerta de hambre, la insolentona! Pero á mí no me vas á quemar la san-

gre, ¿sabes, Parmenia? Y te obligaré, ¡vaya, vaya! ¡Un hombre casado y rico! ¡No faltaba más!...

El agudo perfil de misia Gorgonia, aquella su nariz de pico y la barba en punta, se alargaban por la indignación, y sus voces eran graznidos de ave de rapiña que teme perder la presa.

—¿Qué le parece á usted, Hugo? ¿Qué le parece?

Hugo se excusó de decir lo que le parecía tan delicado asunto. Las dos jóvenes, elegantísimas, paradas delante de él, callaban también: Tecla, sonriendo y como divertida por la escena ó por el encuentro; Parmenia, tan enfurruñada, que si se disparase, ardía la calle y la ciudad entera.

Y arrastrados por misia Gorgonia, reanudaron la marcha los tres, oyendo los gemidos, el lamentable hipar de su despecho:

—¡No faltaba más! ¡¡No faltaba más!!

Sobre la maciza fachada de la fábrica se abatía el penacho de humo, retorciéndose en negras espirales y envolviéndola como

en una gasa fúnebre. Luz no brillaba más que en el portal de la casa, y, asomada á él, en actitud de raposa en acecho, mirando á una y otra esquina, y á veces velada por los jirones de humo que el viento deshacía, estaba una figurilla obscura, agazapada.

—Es Enriqueta—dijo Tecla.

¿Qué hacía la china Enriqueta á tales horas, sentada en el umbral? Y de pronto la vieron levantarse, salir como una bala y venir corriendo, tan veloz, que parecía volar y no correr, y antes un pajarraco nocturno que humana figura. Les esperaba, acababa de divisarles y venía á darles la noticia, la gran noticia...

Ni misia Gorgonia, ni Tecla, ni Parmenia, ni Hugo, tuvieron tiempo de preguntarle cosa alguna.

Porque, subrayado por visajes y sollozos, fingidos ó reales, dijo la china:

—Señora, no es nada... Es que el patrón se está muriendo... debe de haberse muerto ya.

---

## VI

No se asusten ustedes. No se había muerto D. Paolo, ni pensaba en morirse siquiera. Lo que de tal modo espantó á la impresionable china, y trajo de cabeza á la cocinera italiana, Marieta (por más señas, paisana y con sus lejos de parienta de Francesco, el capataz), fué un violento revoltijo de bilis que, á poco de ir al teatro las señoras, acometió al patrón, con punzadas dolorosas, bascas, sudores y calambres, que era como si el hígado se lo redujeran á pura papilla y estuviese el hombre para dar la última boqueada. A tan grande tormento fisiológico, que el botiquín casero, en manos de las dos apu-

radas mujeres, no logró apaciguar, siguió una postración profunda, así que el médico (llamado por Francesco á toda prisa) le hubo propinado cierta inyección narcótica, y dormido ó aplomado por el sopor lo encontraron las damas y el *bambino*, cuando, con el susto de Enriqueta, subieron á la alcoba atropellándose y en volandas.

Contó Marieta, á su manera, lo que había pasado; recibió la china un par de soplamocos, para que aprendiera á no alarmar á las personas, y mientras se preparaba el té con pastas, marcharon las señoras á quitarse los perifollos, y quedó Hugo al lado del hermano, intranquilo todavía, pues el sueño de D. Paolo, como artificial, no ofrecía la quietud del descanso reparador. Balbuceos incoherentes agitaban el robusto cuerpo, largos suspiros, quejas ahogadas, que en el corazón del joven se clavaban como dardos; ¿eran reproches del *fratello*? Amenazas tal vez... ¡Dios mío! Pero, ¿tenía el *fratello* motivos para reprocharle, para amenazarle?

Misia Gorgonia, ya de bata y dispuesta cual la más diligente de las enfermeras, entraba y salía de puntillas. ¡Qué maternal cuidado el suyo! ¡Cómo arreglaba las ropas, amortiguaba la luz, estudiaba las recetas, ordenaba, atendía á los detalles todos! ¡Con qué talento sabía disponer la escena! A la frígida y poco disimulada Tecla, ¡con qué entereza recomendaba el estar pronta para correr á la cabecera así que el enfermo despertase, y hacía ensayar la sonrisa y la amorosa frase de salutación! ¡Ah! Sin ella, ¿qué sería de la casa? ¿Qué de las hijas? ¿Qué de aquella situación interina en que se vivía, y gracias á ella exclusivamente se perpetuaba, y en vez de debilitarse con el tiempo, cuanto más vieja, más sólida parecía?

No quiso pasar al comedor á tomar té, contentándose con masticar á secas un par de *Ultras* y cuatro *Teclas*, y obligó á Hugo á que fuera; ya avisaría ella cuando D. Paolo despertase. Además, para lo que ocurriera, ella sabía velar mejor que cualquier otro.

En el comedor encontró Hugo á Tecla sola. Parmenia se había acostado, porque con el berrinche tenía jaqueca. Y bajo la claridad de la rosada pantalla, que alegraba los bordados arabescos del mantelillo, el plateado del servicio y las pirámides de *Hugos* y *Teclas* en las bandejas de porcelana, Tecla, con fresco traje blanco de muselina, preparaba las tazas, escanciaba el moreno líquido humeante...

—Afortunadamente—dijo Hugo—parece que no es nada.

—No es nada—repitió Tecla,—exageraciones de la escandalosa Enriqueta, alarmas de Marieta y de Francesco, los ignorantes. Un simple cólico hepático, que estalla y pasa. Mañana Paolo bajará al escriptorio como todos los días.

—¡Ojalá! He llevado un susto...

—Yo, no. Al principio, me sorprendió el notición. Pero, pasada la sorpresa, comprendí que eran cosas de Enriqueta... Aquí tiene usted su taza, con dos terrones.

—Muchas gracias... Sus nervios son

más fuertes que los míos. Yo no puedo dominarlos.

—¿Quiere usted una *Tecla*?

—Con mucho gusto.

—Le agradan las *Teclas*?

—Mucho. Son riquísimas... Desde el primer día que las probé.

—A mí me gustan más los *Hugos*. Son los mejores de la fábrica. Su gustillo me los hace comparar al vermouth del pecado: primero, amargo, dulce después. A veces, dulce primero, después amargo... ¿Se venden?

—Una barbaridad. Hoy han salido mil doscientas cajas, y llueven los pedidos en el escritorio. Es colosal el éxito.

—¡Claro! Triunfan como *Hugos*... El nombre obliga, ¿verdad?

Pausa. El joven se sonroja. La dama lo mira, sonriendo. Ambas cucharillas tintinean dentro de las tazas, acompañando con su música el duo.

—¿Qué tiene usted en la cara, Hugo?  
¿Es un arañazo?

—No sé... Nada.

—Es un arañó. De mujer ó de gata. Y como no va usted á pelearse con gatos, y la fama cuenta que andan mujeres en el ajo... ¿No se ha mirado usted al espejo?

—No. Tampoco siento nada.

—¡Vaya un arañazo! ¡Y con qué rabia está dado! Es una rúbrica de mujer celosa en toda regla.

—Aseguro á usted...

—¡Pero, si sangra todavía! No vale disimular. Dichosa mujer, ella, la de las uñas afiladas. Yo arañaría así también, si pudiera... Hablemos del arañazo, hablemos de esa mujer celosa... Quiero saber todas sus picardías... que son tantas, que deja á Marquitos en mantillas. Marquitos me lo ha dicho:—No te fíes de Hugo. Es un Teno-rio que las mata á docenas...

—Tonterías de Marquitos. Exagera y miente como Enriqueta.

—No, en este caso, no. Lleva usted la firma de Charo en la cara.

—¿De quién?

—De Charo. Se llama Charo la de las uñas. Sé que se llama Charo, porque Marquitos me lo ha dicho. Y debe ser una mujer muy entera, terrible... A ver, ¿qué le ha hecho usted? confiésese conmigo ¿qué le ha hecho? ¿irse con otra?

—Con nadie. No hacerla caso.

—Y ella, de ira... ¡Naturalmente! Yo haría lo mismo. Debe de ser espantoso eso de querer sin la recíproca. ¡Pobre Charo! Ya me es simpática esa mujer: me pongo yo en su lugar, me siento también desdeñada, y me entran ganas de arañar á alguien.

Otra pausa. El joven ensaya sonreír. La dama está muy seria.

—Sin embargo, creo que más digna de compasión es la mujer que no tiene á quien arañar. Araña quien quiere y á quien quiere. Cuando no se araña es porque no se tiene á quien querer. También se puede querer sin arañar; pero, no se puede arañar sin querer. Estas son variaciones del tema aquel filosófico: porque te quiero, te aporreo. En suma, que lo que yo pienso es que

no existe bobería mayor que la de estos *Hugos* y estas *Teclas* de panadería: dejarse comer de los demás por blandos, azucarados y sabrosos. Seamos *Teclas* y *Hugos* de carne, que mañana nos comerán los gusanos... ¡já, ja! ¿discurro bien ó no? ¿Entiende usted mis galimatías humorísticos? Usted sin duda prefiere el amor sin uñas, y cree que, como á los leones domesticados, hay que cortárselas... Pues, mire usted, yo también: no todas las leonas son *Charos*, ni para querer bien es preciso que lo sean. Ni todas las *Charos* arañan... Déjeme que le cure eso, *Huguito*; le pondré *árnica*.

—No, no, ¿para qué? Si no vale la pena.

El fulgor de los ojos calenturientos le infundía miedo. Y abraçada la boca por el líquido que sorbía aturdido, y las mejillas por el tema candente, repetía:

—¡No vale la pena!

—¡Ay! —exclamó *Tecla*— me parece, *Huguito*, que usted quiere á otra, y en tal caso, la señorita *Charo* ha hecho muy bien en arañarlo... ó quiere á *Charo*, y por eso

no quiere curarse el araño para conservar más tiempo su recuerdo.

—¿Sigue el juego de palabras ó los galimatías, que usted dice?

—Y que yo sola entiendo... Cuénteme cómo fué: ¿por qué lo araño la Charo?

—En el teatro de Concepción...

Huyendo del terreno peligroso, se agarró Hugo á Concepción como á una tabla salvadora. Contó, exornó, exageró... A lo del doctor Incógnito dió interesante relieve y al solitario proporciones desmesuradas. Era así de grande y brillaba más que el sol, más que todos los soles juntos... De codos sobre la mesa, la hermosa cuñadita lo escuchaba, comentando:

—Me alegro; así no nos fastidiará más con sus sablazos y llevará una vida más decente. Mamá y Parmenia van á alegrarse cuando lo sepan... ¡Casa con abogado y solitario, todo en una pieza!

Y con suspirar quejoso, melancólico, en que se juntaban las tristezas de su vida, añadió.

—Siempre he dicho yo que de todas nosotras, Concepción es la más feliz: es libre, quiere á quien quiere y hace lo que quiere. ¿Existe felicidad mayor que la libertad? La libertad bien entendida, bien practicada, bien gozada... Concepción es dueña de sí misma; entra y sale libremente; hoy no tiene pan, mañana tiene solitarios... Pero, el andar á salto de mata, ¿carece, acaso, de encantos? ¿Y eso de decir: hago lo que me da la gana? De mí no se hable... Ahí está Parmenia: ¿no es una triste esclava? ¿no se la quiere obligar á hacer lo que ella no quiere hacer? ¿es justo? Y ¿cómo voy yo á aconsejarla, á empujarla á que lo haga, á contribuir á sujetarla y forzarla más? No, no, aunque mamá se empeñe... ¡Desgraciada Parmenia! ¡feliz Concepción! De mí no se hable... ¡Hugo, las mujeres tenemos uñas y arañamos, porque es nuestra única defensa!

Misia Gorgonia pasó la nariz por la rendija de la puerta, y dijo bajito:

—Parece que se despierta; Tecla, ven.

Acudieron los dos, y hallaron que don Paolo dormía como un tronco. Eran ya las tantas de la madrugada, las tres ó las cuatro, y resolvieron que uno quedara de guardia y los demás se fueran á la cama; porfiando quién había de quedarse en vela: Hugo alegaba sus deberes de hermano; misia Gorgonia, los suyos de experiencia, y Tecla (aunque débilmente, la exactitud ante todo), los de mayor peso é indiscutibles. Hasta Marieta y Francesco terciaron en la porfía. Venció, al fin, quien quiso misia Gorgonia que venciera, y en ancho sillón, junto al lecho de D. Paolo, se echó Tecla silenciosa.

Silenciosa quedó á poco también la casa, y silenciosa la alcoba, donde hasta el respirar de D. Paolo, sin duda por haberse normalizado é iniciado la mejoría, era ya tranquilo y se percibía apenas. La imaginación de Tecla tendió el galope desde luego por aquellos campos del ensueño, en los que tantos viajes llevaba hechos y de los que traía cada vez, como pegado á la carne, un perfume acre y perverso.

—No me entiende—pensaba;—no entiende mis galimatías, mis juegos de palabras, ni lo que le digo con los ojos. Es un niño bobo, al que hay que hablarle claro para que entienda... Precisamente por bobo me gusta. Tiene un tic más gracioso sobre la ceja, un nerviecito que se hincha y baila cuando se esfuerza en comprender y no sabe si la dificultad viene de la intención ó del idioma! ¡Con qué ganas le saltaría al cuello y pondría los labios sobre el nerviecito impresionable... ¿Estaría bien que yo lo hiciera? ¿Que le hablara claro, puesto que no me entiende ó finge no entenderme, atado por los escrúpulos? En otra, no, en mí, ¿quién lo duda? En otra situación, no; en la mía, sí. ¿Quién lo niega? ¿Por qué lo han traído aquí? ¿Por qué lo pusieron á mi lado? ¿Por qué obligarme, un día y todos los días, á apreciar, admirar, comparar... sobre todo comparar, ¡Dios mío!, juventud con vejez, cara con cara, humor con humor?... No, no; yo no me quejo de este hombre bueno, que á mi lado duerme

ahora... Es bonísimo, me da todo lo que necesito, todo lo que necesitamos, más de lo que necesitamos. Es el patrón, el amo, el que paga, fuente de vida para mi familia, río de abundancia y fecundidad... Pero yo lo quiero sólo por obligación, como he querido siempre, triste mujer de alquiler, que se presta y no se da, y por obligada y por agradecida me resigno. ¡Ay! Los de abajo, mis enemigos de la fábrica, los que lanzan al paso de la que ellos creen reina despótica y feliz miradas de encono y odio, no saben bien lo que este reinado cuesta. ¡Vacío más grande, anhelo mayor, jamás llenado, jamás alcanzado! Contentar al patrón, distraer al patrón; cuidado con lo que se dice, cuidado con lo que se hace; nada lo ata, la ley no le obliga á nada; si se aburre, si le conviene, si le entra la gana, el plante, el desahucio, el lanzamiento á la calle, á la miseria. Y lo comido por lo servido. Pues para que no suceda el espantoso cataclismo, distraigamos al patrón, bailemos delante de él al son de la pandereta,

aunque sea sobre espinas... Bueno, pues no me importa que suceda; cansada estoy de amar por obligación; yo no lo quiero; quiero al otro, al *bambino* rubio, al niño bobo que no entiende mis galimatías, el del nerviecito que se mueve sobre la ceja cuando no los entiende. Lo quiero desde el primer día que entró por mis puertas, después de tanto anunciarlo y ponderarlo; lo quiero porque sí, porque es hermoso y porque no está mal que yo lo quiera. Otra, sí; en otra situación, sí. Pero yo... No puede la gratitud pretender el sacrificio... Ahí estará durmiendo á pierna suelta, como niño bobo que es. ¿Pensará en mí? ¿Pensará en la Charo? No, no, en la Charo no... Cuántas veces le he sentido entrar tarde, de vuelta de esas aventuras á que le llevaba Marquitos, y que luego Marquitos me refería, y sintiéndole entrar tarde y figurándome de dónde volvía, me venía una desazón, un disgusto, una rabia contra Marquitos... ¡Eran celos, y yo no lo sabía! Celos de las otras, celos de la Charo... ¿Qué

había yo de saber lo que eran celos, si jamás quise á nadie?... Duerme el *bambino*, pero sueña conmigo, á pesar del arañazo de la otra. Conmigo. Se revuelve inquieto, suspira. La idea de que soy su cuñada, y de que con las cuñadas el amor es vedado, le punza la frente, que las ondas doradas del pelo sombrean. ¡Tonto! No soy tu cuñada; ya te lo diré yo si es necesario, y aunque lo fuera, para el amor no hay nada vedado. ¿No dicen que es enfermedad, que es contagio? ¿Qué culpa hemos de tener entonces tú y yo de abrasarnos en este mal delicioso incurable? Deja la carga de tus escrúpulos, y ven á mí, lindo babeioca; que si se hunde la casa, esta casa no es el mundo, y el mundo no puede hundirse...

Así enredados, con incoherencia de fiebre, estos pícaros pensamientos se sucedían, mezclaban y confundían en la cabeza de Tecla, mientras velaba el sueño de D. Paolo; ya enternecida, irritada, celosa, triste ó alegre, según el color de cada uno, agitándose en el sillón ó lánguidamente desma-

yada en él, tan lejos del sitio en que estaba y del deber que cumplía, que varias veces el enfermo se meneó en la cama y ella no se enteró, y si se enterara no se apea del clavileño tan fácilmente. Al fin se durmió y soñó cosas horribles: Que, como Sansón las columnas del templo, D. Paolo cogía con sus robustos brazos las paredes de la casa, después de sorprenderlos á Hugo y á ella, y ¡cataplún!, les echaba la casa encima, que por la facilidad de derrumbarse parecía de cartón, y ellos caían á un sótano muy hondo, y allí, en la obscuridad y entre las ratas, pasaban las largas noches sin comer, oyendo los quejidos de misia Gorgonia, de Parmenia, de Marquitos y de todos los habitantes de la fábrica. Por un agujero ó trampilla asomaba Enriqueta la cabeza, con la cotorra, y decía:—¡El patrón se ha muerto!

Bueno. Si había muerto el patrón, era más fácil salir del sótano. Y arrastrándose en el suelo húmedo, iba á coger á Hugo, y Hugo se le deshacía entre las manos, se

pulverizaba sólo con tocarlo, como hecho de pasta que era, bizcocho y no persona. Ella también era una galleta, que las ratas comían á bocados, golosamente; sentía las dentelladas de las alimañas y cómo á pedazos salía de aquel sótano tan negro y entraba en la más negra caverna de sus bocas. ¡Banquete espantoso! ¡Castigo horrendo!

¿Se ha dicho que la fábrica tenía reloj? Creo que no. Pues sí; tenía uno muy hermoso en el patio grande, frente á la entrada, con solemne campana de catedral, y en esta noche de tan malos sueños, cuando dió las cinco, vibrando en el silencio gravemente, despertó á Tecla y la hizo lanzar un grito... Alguien la cogía de una mano. ¿Era una rata? Era D. Paolo, despierto también, arrebuñado en las mantas de la cama y mirándola...

La luz de la mañana penetraba por el balcón. Se oía el chancleteo de Enriqueta en el corredor y el agudo chillar de la co-torra.

—¡Ya es de día!—exclamó Tecla despabilándose.—¡He soñado unas cosas!... ¿Estás mejor?

—Mejor, sí—contestó el doliente don Paolo, —pero, no bueno. El cuerpo lo siento molido ; la boca siempre amarga...

—¡Qué susto más grande, Paolo!

—¿Por tu sueño?

—Por tu hígado. Te encontramos tan mal, cuando volvimos del teatro...

—Muy mal, sí. Fué algo repentino, así como el estallido de una bomba; la carga que se dispara de tu desamor, de tu frialdad, del peso de tu madre, de tu hermana y de tu pariente; las preocupaciones que el mío me causa y el arrepentimiento de haberlo traído; la familia de pega, la casa de plomo, que me aplastan. Todo esto, Tecla, más terrible que la dinamita, reventó anoche, y si no ha acabado con mi vida es porque soy de hierro, y otras más gordas he de aguantar.

—Siempre has de ser lo mismo, Paolo—

dijo Tecla ensayando un gesto de mimo infantil.—Siempre quejoso y hosco. Aquí nos desvivimos todos por agradarte. De mí no se diga, que soy tu esclava. La pobre mamá, ¿en qué te molesta? Parmenia y Marquitos, ¿en qué te ofenden? Y en cuanto á tu hermano... ¡muchacho más serio, más respetuoso! Si por un acaso desapareciéramos todos de tu lado, ¡bien que nos echarías de menos!

—Muy posible, sí; que así somos y así es la pasta de contradicciones de que estamos formados. Pero, si piensa tu familia darme un disgusto dejándonos solos, *¡per Dio!*, que me lo dé pronto.

—¡Ay! ¡Qué hombre! ¿Para oír esto me he pasado yo la noche en vela? Sí que te lo daremos, yo la primera, monstruo de ingratitud, y no tendrás quién te cuide ni quién soporte á diario tus discursos biliosos. Mira este papel; ¿conoces la escritura? Pues, es de la pobre mamá, que no se acostó sin apuntar las órdenes del médico... «A las cinco, la cucharada.» «A las siete, la...»

Voy á zamparte la cucharada, á ver si te corto la bilis.

Tomó D. Paolo la pócima dócilmente, y tomara todas las que Tecla quisiera. Sentía el cuerpo tan destroncado, que no podría bajar al escritorio. Afortunadamente, Francesco sabía reemplazarlo. Si era capaz de idear fórmulas de pastelería, con éxito, sustituirle dos días en la dirección de la fábrica no era para él cosa del otro jueves. Y más también, dos meses, un año. Porque durante la borrasca que había sufrido, mientras se retorció cubierto de sudor, atenaceado por los dolores, una idea, como chispa de fuego, saltó en su mente: la idea de un viaje, de un viaje á Europa, de descanso, de distracción, los dos solitos. Pasearían, se divertirían, visitarían al tío Girólamo, allá en Monferrato... Su humor, su negro humor curaría, sin duda, y este alejamiento de la familia, este cambio de ambiente serían provechosos hasta para la familia misma, porque la distancia modifica los juicios, y probablemente los que él for-

maba de misia Gorgonia, por ejemplo, trocaríanse en otros tan distintos, que por injusto nadie había de tacharle. Hasta Concepción le parecería honrada, Marcos decente y paraíso la casa que de infierno motejaba ahora. Ella misma, fuera de la atmósfera perniciosa, cambiaría su frialdad, engañadora ó real, en cariñoso apego, y ¿quién sabe? ¿por qué no?, allá en Monferrato, otro el escenario, lejos los actores de la farsa que, hacía años, ante sus ojos representaban deplorablemente, pediría, nada de particular tendría que pidiese al tío Girólamo y á la ley la sanción del amor viejo que le unía á ella.

Iba Tecla á colocar la cuchara y el frasco sobre el velador, y frasco y cuchara se le cayeron de las manos. ¡Jesús! Aquello era el sueño de misia Gorgonia, el lazo definitivo que faltaba echar al dogal del señor Fiorelli, y que ella, por torpe é indiferente, no había echado todavía. Mientras la unión fuera libre, un día ú otro día podía romperse, por un pelo, por una nada...

En los tantos años de cohabitación ilegal, misia Gorgonia predicó el casorio, como la única salvación del arca en que su familia y la cotorra estaban guarecidas. Casado Fiorelli, amarrado por una firma y una bendición, que viniera después el diluvio, ¿qué? Que se aburriera, que se enfadara, que se marchara, que reventara, ¿qué? En todos los casos, en las peores contingencias, bien librados saldrían siempre.

—Atrápale—decía cada mañana y cada tarde á la hija, con elocuencia digna de su filosofía;—convéncele á fuerza de listeza, no á cara descubierta: amor bien fingido, palabritas veladas, lamentaciones oportunas, sembrando como al descuido. Alguna vez, un gemido fuerte: «¡Ay! ¡Si yo fuera una mujer casada!... no sucedería esto ó lo otro.» Con esto y apegártelo de tal modo que la costumbre sea cola fuerte y durable, habremos logrado lo que es cimiento único de nuestra situación. Sin casaca estaremos siempre en el aire, y á cada tropezón se bamboleará la casa, y de máscara

andaremos todo el tiempo. Con casaca, mandaremos, dispondremos de la casa, de la fábrica y de él. Tecla, hay que casarlo, después de haberlo cazado, y no veas en este juego de letras una broma ingeniosa, sino la más grave, la más trascendental de las cuestiones. Ello importa tu felicidad y la nuestra, tu bienestar y el nuestro, fuertes, eternos, no pegados con saliva como ahora, cosidos con una hebra sin nudo.

¡Jesús! ¡Y era él quien se prestaba espontáneamente al remache del dogal, cordero que ofrece humilde el cuello á la cuchilla! A buena hora mangas verdes, y cuando Tecla no sentía la menor gana de remacharlo, sino una grandísima de arrojarlo fuera, de desatarlo de cualquier manera, aun con el tajo clásico del macedonio. Se puso amarilla, y como algo había de decir, volviendo la espalda porque en su amargura no leyerá la poca gracia que en el tal proyectito encontraba, balbució:

—Un viaje, Paolo... un viaje, ¿es serio?  
¡Vaya una ocurrencia!

—Qué, ¿no te agradaría...?—preguntó Fiorelli.

—Como agradarme, sí, Paolo... Pero, yo tengo mucho miedo al agua, me mareo... ¿Ves? Ya me parece que estoy embarcada, todo me da vueltas...

Si no se sienta, cae redonda. Pasó un rato en silencio, apretadas las manos sobre los ojos. Que no insistiera D. Paolo en aquel desatino, que no trasluciera á misia Gorgonia, porque ella se rebelaría, como Parmenia, alzaría el gallo, harta de ser víctima de la familia, de sacrificarse por darle de comer. Ya se veía embarcada, sí, lejos del otro, del rubio *bambino* de sus sueños... ¡Qué disparate! ¡Jamás, jamás!

—Ya va pasando—dijo sonriendo, al cabo de un rato,—la debilidad, el disgusto, la trasnochada...

—Acuéstate, Tecla, descansa... No hablemos más.

Gravemente, D. Paolo dió cara á la pared. De llevar la gorra puesta, la visera le habría caído hasta la nariz. Y se oyeron

los escobazos de Enriqueta en el corredor...

Cuando el reloj dió las seis, presentóse misia Gorgonia, mate en mano y mascando. ¿Qué tal? ¿Qué tal el enfermo? Tan valiente, ¿verdad? ¿Durmió? ¿Tomó la bebida? Ella no había pegado los ojos, lo que se llama pegar los ojos, inquieta, pensando cómo seguiría D. Paolo, si á las cinco se acordarían de darle la cucharada... en fin, preocupadísima, ¿cómo no?, con el estado del querido señor Fiorelli.

—Está mejor, mamá—susurró Tecla,—mejor y muy animado. Ahora parece que duerme.

—Acércate á él, que te vea cuando despierte—susurró, á su vez, misia Gorgonia.

Ordenó las sillas, los objetos del velador, las ropas de la cama, ó hizo que los ordenaba, en su manía de moverse y de no considerar nada bien puesto si ella no lo ponía en otro sitio y de manera distinta. Abría las puertas cerradas, cerraba las que estuvieran abiertas y todo lo trastornaba á su alrededor, «porque si ella no estuviera

allí para arreglarlo...» Y como el dolorido D. Paolo se sintiera del vapuleo de las cobijas, por lo que vino en cuenta que no dormía, levantó alegremente la voz.

—¡Ánimo, señor Fiorelli!, que de esta hecha no se nos muere usted. Y si quiere levantarse, se levanta, que la cama come mucho, y se va á tomar el sol, con un día que hace... Y así, cuando venga el médico lo despacharemos muy á gusto.

Hugo, afanoso, llegó en seguida, y á poco Parmenia y el mismo Marquitos, á quien un madrugón sentaba como un tiro. De todos rodeado, estrechado en un círculo de cariñoso interés innegable, el pesimista hubo de incorporarse, reconocido.

—No me he muerto todavía, ni pienso morirme, ¿eh? Conque, tranquilizarse y dejarme descansar.

Es decir:—Descuidad, ¡oh hambrones!, que por esta vez no se acaba la pitanza. Ya me hago cargo del mal rato que habéis pasado pensando que con la vida de esta bestia de carga se acababa; por eso no ha-

béis dormido, y me rodeáis solícitos, ansiosos: ¿Está mejor? ¿Está peor el señor Fiorelli? Porque de que el señor Fiorelli esté mejor ó peor, de su salud ó de su muerte depende vuestro bienestar, y así sois sinceros en el interés que me demostráis y que á mi alrededor os reúne. ¡Ya lo creo! Sinceras serían también vuestras lágrimas si estirara la pata, tan sinceras como las de un hijo que pierde á su padre; pero, no me lloraríais á mí, sino al bienestar perdido. ¡Oh hambrones! ¡Oh gentuza sin vergüenza; que mentís con la verdad y engañáis siendo sinceros; idos tranquilos, y libradme del disgusto de ver que mi salud os interesa tanto y mi vida es parte integrante, indispensable de vuestra vida, y que soy para vosotros el aire de vuestros pulmones y la luz de vuestras pupilas!

Se volvió de nuevo á la pared, y como si todo esto lo hubiera él expresado con palabras y oído ellos, fueron retirándose cada uno poco á poco, Tecla la primera, por la necesidad de aislarse, y en el silencio de la

meditación reponerse del sobresalto sufrido. Y á cada uno que se marchaba, adivinándolo D. Paolo, mentalmente lo despedía así:

—¡Gentuza, gentuza! Ojalá no volviérais, porque con vuestra solicitud me revolvéis más la bilis. Y esa que he visto la primera desfilas, la peor cómica de la casa, pues no sabe fingir, y á quien tan mal ha sentado mi amoroso plan de libertad, que mire bien lo que hace, no se canse el caballo y eche á todos en tierra... ¡Gentuza hambroña! ¡Ese día será para mí el más feliz, y abajo irá también la fábrica y entre sus escombros quedará yo, que es justo arrojar al foso al autor y su obra!

Cuando vino el médico, antes de mediodía, lo encontró muy bien, y así permitió que subieran á saludarlo y acompañarlo, en amable tertulia, los de la fábrica: con Francesco discutió de negocios y de nuevas combinaciones manducatorias; con Pelitos, sobre un cartel general que había ideado, compendio pintoresco de todos los

demás... El que no pudo subir fué Matías, el Vulcano de los hornos, por obligación de menear antes la pala que la lengua.

Pero, más que nadie lo entretuvo don Benigno Landín, con sus dos gramáticas, la castellana y la parda. Subió el gran filólogo, abrigado en su clásico gabán, y eso que el sol de Octubre calentaba ya como si abrasara Enero; empuñando el resobado ejemplar que en su diestra era cetro, batuta y látigo, según la ocasión, el tema y el lugar, con disimulada contrariedad, como los compañeros, de que las circunstancias le obligaran á invadir el piso alto, al cual, rechazado por la antipatía, no había subido sino dos veces, creo, y de estas dos veces aún sobraba una. No encontró, afortunadamente, ninguna tecla de aquel órgano, como él decía con malicia, de armonioso desorden, que sonaba en los oídos de abajo con acordes destemplados y molestos; el patrón tomaba un sopicaldo que la china Enriqueta le servía, y embutido entre las mantas, parecía un oso malhumo-

rado, á quien aburre y encoleriza la domesticidad.

—Entre usted—gruñó D. Paolo,—y verá una fiera encadenada.

—No tan fiera como se la pinta—contestó D. Benigno.

¡Cómo se alegraba de su visita D. Paolo! Si se le antojaba un siglo las horas que faltaba del escritorio, y tanto se había aficionado á departir con su D. Benigno, que el rato de conversación diaria que gastaban era algo muy necesario, así como la lectura de su periódico italiano después del desayuno. Ya lo había recordado toda la mañana: Pero, ¿ese D. Benigno? ¿Qué hace D. Benigno? ¿Cómo no sube, armado de su escoba, á recoger vocablos que andan aquí rodando por los suelos, que es una bendición?

—Vengo, sí señor, pero he dejado mi escoba trás de la puerta; que á lo que vengo y lo que aquí me trae, inquieto y afectuoso, es el saber de la importante salud del Sr. Fiorelli.

—Tan buena, D. Benigno, tan buena. Ya puede la muerte darme de testaradas, que las da contra una roca. Si yo no le facilito la tarea, trabajo le mando á la pelona.

Escapó Enriqueta ante el visitante, y los dos pudieron pegar la hebra á sus anchas y á sus anchas sentarse el maestro en el sillón junto á la cama. Pues, sí: ya estaba mejor, y al día siguiente bajaría á su hora fija; ¡qué revolución la pasada, gran *Dío!*... Y como la imaginación en estos casos es paloma asustadiza en medio de una tormenta, y aletea de acá para allí sin rumbo, miren ustedes por dónde, en lo más recio de ella, vino á acordarse de Pedro Pablo, el guantero, Pedro Pablo, el aspirante platónico á la preciosa mano de Luisa, la hormiguita.

Rióse D. Benigno con la salida, y apuntó:

—Señor Fiorelli, es usted un hombre extraordinario: tropieza en la calle y descubre una galleta; le ataca un cólico, que

de miserere nos lo pintaron, y en vez de pensar en Dios, ó en el médico, ó en el remedio que ha de sanarle, ó en sus asuntos sin ordenar, se pone á pensar en Pedro Pablo, ¡en quien mi Luisa no piensa nunca!

—Rarezas, D. Benigno; ¿qué quiere usted?

Rarezas inexplicables. Como inexplicable aparecía la actitud de Luisa con Pedro Pablo. ¿Cuántos años de rondarla llevaba? Qué se yo, muchos. La honradez de aquel hombre, su buena posición como dependiente principal, el porvenir que le esperaba, ¿no le hacían excelente candidato á marido? Y si el encontrar un marido es el desiderátum de toda mujer, ¿por qué Luisita rechazaba á Pedro Pablo?

—De toda mujer, sí—contestó Landín muy serio,—pero Luisa no es mujer; quiero decir, no padece ninguna de las flaquezas femeninas y, por lo tanto, no necesita de hombre que la mantenga, ni aguantar á ninguno ni de ninguno ser esclava.

—O dueña, D. Benigno.

—Eso de dueña importa tiranía, y un alma libre como la de ella la repugna.

—El amor es muy hermoso, sin embargo, muy hermoso, y renunciar á él parece que se abdica de una facultad divina.

—Cuando no se siente, no cabe renuncia ni abdicación.

—Pero, D. Benigno, ¿qué retrato me hace usted de su hormiguita? Entonces no es la perfección andando, la feminista de cuño superior que yo creía; sin el poder de amar me resulta algo así como si la faltara un ojo ó una pierna, y hubiera de tenerla por coja ó por tuerta.

—Señor Fiorelli, se puede amar muchas cosas en el mundo: á Dios primero, al arte, á la ciencia, al trabajo... ¿Ha de ser todo amor material y grosero? Y, además, ¿quién nos dice á usted y á mí que Pedro Pablo no ha sabido interesar á Luisita, á pesar de sus buenas cualidades, y que, mañana ó pasado, otro llegará á interesarla?

Porfiaron los dos buen rato, sin convenirse, y llevando, por supuesto, la peor par-

te D. Paolo, que no podía medirse en letras con el maestro burgalés, y no argumentaba sino con su dialéctica innata y no aprendida en los libros; pero, aunque pasaron á otros temas tan divertidos, estas dos ideas quedaron flotando en el espíritu de D. Paolo: mujer sin flaquezas, que no necesita de hombre que la mantenga; corazón que no siente el amor... Y pensaba en Tecla y en sí mismo.

Dos veces la vió atravesar el corredor á Tecla, apoyar la frente en los cristales de su puerta y saludarlo con la sonrisa fría que acostumbraba. La declaración de la mañana, aquella confesión de su debilidad vergonzosa, de su proyecto indigno, que, de conocerlo D. Benigno ó cualquiera otra persona honrada y sensata como D. Benigno, lo censuraría acremente (sin excluir al tío Girólamo, que seguramente, de llegar á él, lo pondría de vuelta y media); aquella confesión y aquel proyecto, resumen de una pasión casi senil, parto de la costumbre, adiós definitivo á toda regeneración,

¿no habían conmovido su corazón de mármol? Sintió grande angustia D. Paolo, y fueran estos pensamientos ó el abuso de conversación y gasto nervioso, su cabeza cayó sobre las almohadas, sin dar la réplica á D. Benigno.

Precisamente entraba Tecla en aquel momento; se prolongaba tanto la entrevista, que venía á saber si deseaba tomar algo el enfermo; según la mamá, era la hora de la cucharada. Estaba muy pálida y traía el gesto de reina despótica, odiado de los de la fábrica y, en particular, del maestro.

—Señora...—pronunció D. Benigno levantándose y no encontrando otro tratamiento con que obsequiarla.

—Buenas tardes—dijo ella secamente.

Era el súbdito rebelde, el enemigo secreto, tal vez el jefe de la banda de abajo. Y se inclinó hacia D. Paolo. ¿Dormía? Tenía cerrados los ojos y extendido el brazo sobre la colcha; su mano velluda se destacaba como la garra de un león, mano po-

---

derosa que acababa de serle brindada y que ella, fatalmente, sacrificándolo todo, familia y bienestar, no podía aceptar; mano terrible y vengadora, capaz de zarandear, como en su sueño, las paredes de la casa y derrumbarla sobre ella.

Un temor indefinible se apoderó de Tecla, y respetuosamente, sin percatarse de D. Benigno, que la miraba burlón, se apartó de D. Paolo, mas no los ojos de aquella su mano vengadora.

---

---

## VII

Noviembre es el mes de las flores en estos mis barrios americanos. En los pocos patios andaluces que el progreso nos va dejando, afanoso de perseguir la tradición y siempre en guerra con ella, cuelgan los jazmines su blanca cortina perfumada, toda la gama jazmínea, desde el sencillo *del país*, que es enredadera y abre en estrella, hasta el del *Cabo*, que es arbusto y lozanea en rosas; matizan sus colores los claveles, los heliotropos, los resedás, las *diamelas*, la *Santa Rita*, la *picardía*, las *flores del aire*... sonrisas de Dios que alegran la tierra,

Parmenia no fuera portefía, si no gus-

tara de los jazmines y su balcón adornara y convirtiera en jardín: tenía cuatro, no, ocho, hasta diez macetas, grandes y pequeñas... Pero, en este galano Noviembre, que daba flores á porfía, no prendió una sola en el aéreo arriate de Parmenia. Los jazmines estaban secos, y sus ramitas amarillas temblaban allá arriba, como si las sacudiera el cierzo de Junio, muertos de sed los pobrecillos miserablemente.

Porque, ¡buena andaba Parmenia para regar sus jazmines! ¡Pasaba unas rabietas! ¡Sentía una comezón de hacer algo, una barbaridad, que la librase de las manos de su madre! Ya se lo había dicho á Marquitos, en alguno de los hociqueos que á hurto de los de la casa se permitían.

—Es preciso, Marquitos, que esto acabe. Las cosas se van poniendo de tal modo, que, ó despejamos la situación con una campanada, ó cedemos, y eso de ceder, cederás tú, que yo no, aunque me maten. Pares aprieta, mamá aprieta más, yo me resisto... ¿y tú? ¿Tú qué haces? No sé lo

que haces por esos mundos, pero creo que nada bueno será y que no dedicas á nuestro asunto la atención que debes, la urgencia que reclama, distraído sabe Dios en qué trapisondas.

—¿Yo? Le he escrito á Pares cuatro pares de anónimos, anunciándole que voy á romperle un hueso, á pegarle un tiro...

—O no los recibe ó no le importa; y aunque yo le tuerzo la cara, como mamá lo llama y atrae...

—Es el más duro de todos.

—Hay que hacer algo, Marquitos. En ¿qué piensas?

—Pienso en cierta llave falsa con cordón azul...

—Sí, ya lo he pensado yo también, porque sin dinero ¿dónde vamos? Y la fuga, Marquitos, la fuga es la única salida. Como en las comedias y en los folletines. Nos iremos á Montevideo ¿te parece? ó á Chile por la cordillera... Desgraciadamente, la llavecita la tiene Tecla y Tecla no va á prestármela.

—Se la quitaremos.

—Justo... A veces la olvida sobre el tocador.

—O mandaré yo fabricar otra.

—También. Casi es mejor disponer de otra. Porque, figúrate, entre quitársela á Tecla y abrir el cajón consabido no deben mediar nada más que minutos, y una combinación así es difícil que resulte bien. Con otra, se dispone de más tiempo, se escoge la ocasión.

—Haremos otra.

—Eso, eso... Pero, ¿y si no encontráramos nada en el cajón, Marquitos? El día aquel de Concepción sólo había, espérate, unos trescientos pesos.

—Porque era á fines de mes, acuérdate bien. Hay que aguardar al 1.º, en este caso, el próximo día 1.º de Diciembre. El 1.º de cada mes, D. Paolo sube de la caja de abajo al cajón de arriba la suma necesaria para los gastos de la casa, no sé, dos ó tres mil nacionales... Creo que con eso tendremos bastante.

—Ya lo creo. Seremos muy formales; gastaremos poco.

—Y, entretanto, no te niegues á ir á Palermo, para no estropear nuestro asunto con algún estallido de la tía Gorgonia; no la discutas nada, cállate, disimula, sonríe al botarate de Pares, si es preciso. Cuando llegue Diciembre, que nos echen un galgo.

—¡Qué han de echarnos! Ni galgos ni podencos. El día que se escapó Concepción, mamá alborotó mucho, pero no pasó de ahí.

—Falta saber si D. Paolo, ya repuesto, obrará de la misma manera.

—Ese ni alborotará, ni chistará siquiera. Es un zoquete. Se contentará con miradas tristes, suspiros melancólicos... y bajará á hacer buñuelos con el *fratello* y el pedante de Landín.

—Pues hasta el 1.º de Diciembre entonces. Tiempo tenemos de convenir detalles... ¡Y poca gana que me ha entrado de ver tierras! Ya estaba de Buenos Aires y de la casita esta hasta los pelos.

—Y yo... ¿En qué piensas, Marquitos?

—En que se nos puede desbaratar todo, en que la llave no funcione, en que el cajón no contenga más que centavos, en que, saliendo yo de aquí, debo dar por perdido el nuevo pleito de filiación natural que quiero intentar á la familia de Asnabal... Parmenia, no olvides que tienes delante al hijo natural del difunto millonario D. Gabino Asnabal.

—Bueno, ¿y qué? Muy señor mío.

—Pienso, Parmenia, en que el doctor D. Rómulo Pares es marido de una Asnabal, de una hermana mía, y, por consiguiente, nada más y nada menos que mi cuñado, ó no entiendo yo de parentescos.

—Y aunque lo fuera, Marquitos, ¿qué?

—Parmenia, ¿no sería mejor que yo me arreglara amistosamente con mi cuñado Pares? Mejor es esto que la escapatoria... Figúrate que un arreglito así, entre amigos, nos proporcionara dos ó tres pares de cientos de miles de pesos como transacción de tu pleito y del mío... ¡Qué luminosa idea!

—¡Marquitos, Marquitos! ¡Dos ó tres pares de bofetones te vas á ganar si repites lo dicho... Manda hacer la llave, y el 1.º de Diciembre ¡abur!... ¡Qué aprensiones las tuyas! Verás: todo saldrá como una seda.

—Saldrá ó no saldrá, *Parmenia*...

Y el desenvuelto mozalbete estampó, con sigilo criminal, dos ó tres pares de besos en la mano de la morena *dainisela*, separándose porque llegaba *Enriqueta*, y *Enriqueta* era la fisgona más peligrosa de la casa.

¡Ay! Al autor de folletines, muy fácil debe parecer disponer un rapto en toda regla con sabias y oportunas plumadas, suprimiendo á capricho todo estorbo y proporcionando todo medio para el éxito del lance; pero cuando se trata de un rapto de verdad, ¡ay, Dios!, qué difícil resulta y cuántos hilos hay que atar y cuánta precaución que tomar... Las misteriosas conferencias de *Marquitos* y *Parmenia*, del futuro raptor y la raptada en ciernes, se

multiplicaron con riesgo de que la malicia de Enriqueta les descubriera, ó la misma misia Gorgonia; pero misia Gorgonia, fuera que los años habían debilitado sus facultades oculares y olfativas, y en dos objetivos supremos concretara sus potencias todas, D. Paolo y sus galletas, nunca sospechó de Marquitos, y más bien lo amparaba como hijo, que ella lo crió y junto á sí mantuvo siempre. Como sospechar, pues, no sospechaba gota; antes, muchas veces, hacía que las acompañara á Palermo en el mismo coche, y por ser las vueltas de ronda, continua matraca, que produce sueño, se dormía la señora, y en sus narices seguían tejiendo la trama ambos cómplices, con mayor libertad y desenfado que en casa.

Y mientras ellos tejían la suya, el Destino, otro autor folletinesco de manga ancha y buenas despachaderas, envolvía en la red de la traición y del pecado á Hugo y á Tecla, y así la fábrica de Fiorelli era volcán de concupiscencias, Vesubio de ma-

las pasiones, ardiendo en fuego las entrañas y flameando en la cumbre el penacho de humo, nubarrón de amenaza.

Dormía y mascaba misia Gorgonia ó alborotaba con Parmenia, y seguía mascando; suspiraba D. Paolo, y abajo y arriba, y arriba y abajo, suspiraba, caída la visera hasta el bigote, con lo cual veía menos de lo que ver debía; concertábase Parmenia con Marquitos; perseguía, con los ojos, Tecla á Hugo, y Hugo huía de Tecla por pies.. y hasta la china no sé qué ajustes de sisa mantenía con Marieta, de modo que cada cual campara á su gusto y albedrío.

Una tarde se puso mala misia Gorgonia. No se asusten ustedes... Cuestión de un pequeño exceso en la merienda: una docenita de *Únicas*, dos de *Exquisitas*, dos de *Perfectas*, media de *Piccolos*, una de *Ultras*, quince *Teclas* y catorce *Hugos*. Añádase á esto una naranjada helada y una mala respuesta de Parmenia, y se tendrá el balance exacto de las causas de aquella in-

disposición que impidió su paseo ordinario á Palermo. El paseo en coche, la exhibición de todas las tardes, eran para misia Gorgonia, madre amorosa, tan necesarios, que dejaría antes de comer que de salir; mas, como precisamente por haber comido salir no podía, confió la guarda de Parmenia á Tecla y el encargo de mostrarla, «porque la ausencia de la chica en Palermo sería mal interpretada, se escamaría el doctor Pares y se torcería el negocio».

Al prudente discurrir de la señora, opuso Parmenia su desgana de paseítos que la aburrían, y Tecla que no gustaba ir de rodrigón; excusas que no sirvieron sino para que á la media hora se vieran embutidas en la *victoria* descubierta de los trotones castaños, muy compuestas las dos y más guapas que nunca; que mujer bonita en carretela es joya en su estuche. Salía Hugo de la fábrica, concluída su labor, muy cabizbajo, cuando un femenino siseo, del lado de allá de la verja, le suspendió y detuvo.

—Huguito, Huguito, venga usted.

—¿Está usted sordo, Hugo?

Sordo no estaba, pero se hizo el sordo el *bambino*, asustado al reconocer á las del siseo. ¿Qué quería Parmenia? ¿Qué quería la cuñadita?

—¡Hugo! ¡¡Hugo!!

No tuvo más remedio que acercarse al coche, y preguntar á las dos hermosas y elegantísimas damas en qué podía servir-las, que con tal premura lo llamaban; pero ellas no se cuidaron de explicarle nada, sino que lo cogieron cada una de una mano, y por fuerza pretendieron hacer que con ellas subiera y se sentase entre el torbellino de sus gasas, en tan grata y perfumada vecindad, que el joven se sintió mareado á medias, y abriendo las narices y cerrando los ojos, dijo que no subiría, así lo ahorcasen.

—Vamos—advirtió Parmenia con fingida jovialidad—á visitar á nuestro grande y buen amigo Panchito de Palermo, y hemos pensado presentárselo á usted. Ya

que mamá nos manda á Palermo, antes que á Pares prefiero ver á Pancho. Y vamos á ver á Pancho.

—Sí—agregó Tecla sin soltar su presa, ó sea la muñeca del mancebo, sólidamente cogida,—allá vamos, y deseamos que usted nos acompañe.

—Pues yo no voy á visitar á ese señor D. Pancho, porque no tengo el honor de conocerlo—opuso Hugo tercamente.—Ustedes me disculparán...

Nada de eso. Como no subiera al coche y con ellas fuera á ofrecer sus respetos al ilustre personaje, pelea segura. ¡Paseo más agradable en aquella tarde de primavera, de suave ambiente! ¡Visita más interesante, la del filósofo, prisionero en el Zoo, enjaulado como un malhechor, resguardado por discreta cortina de la impertinente curiosidad del público! Pancho, el más gracioso, el más simpático y desvergonzado de los orangutanes, no más desvergonzado que muchos hombres, más gracioso y simpático!

Reía Parmenia, esta vez de buena gana, y Tecla, irritada por la resistencia, tiraba del brazo de Hugo con fuerza. Pero, ni el brazo ni Hugo cedieron.

—Ustedes me disculparán—insistió,—no puede ser. Muchas gracias.

Cedieron ellas, al fin; arrancaron los caballos; alejóse el carruaje... Hugo subió la escalera de la casa muy despacio. Se miraba la muñeca, que los dedos de Tecla señalaron de rojo y apretaron con despechada rabia, y ante el dolor del castigo femenino sentía satisfacción muy grande de no haber cedido á la sugestión y al capricho de la otra, de haber tenido valor bastante para resistir al atractivo, á la tentación loca de un paseo, lado á lado, mano á mano, con la peligrosa cuñadita. Así, así procedería siempre. Con el mismo valor se marcharía de la casa, se alejaría de Buenos Aires. No sucumbiría, no, aun envenenada el alma por la convivencia perversa. Y no lo estaba del todo; aún había remedio para su mal cuando resistía todavía y tal entereza

mostraba en todos los lances que la casualidad ó la intención (¿sería casualidad? ¿sería intención? ¡horrible duda para Hugo!) le ofrecían cada día, hoy con la invitación á paseo; ayer, durante los cuidados de la pasada enfermedad de D. Paolo, en mil detalles turbadores, y antes de la enfermedad en otros mil, que no se atrevía á analizar ni á discutir, que tal vez no tuvieran más importancia que la que su propio, culpable y oculto sentimiento quería atribuirles, y su vanidosa jactancia juvenil,

—Este dolor que me causan tus dedos vengativos—pensaba el *bambino*—es buen remedio para mi mal. Mayor dolor sentiría si por esas avenidas magníficas, fuese ahora á tu lado, engañándome á mí mismo cobardemente, de que me llevaba la curiosidad de conocer al ilustre señor D. Pancho de Palerino, nuestro común abuelo, y no el pícaro deseo de tu perfumado contacto. Si me castigas por suponer que yo te desdeno, aprieta, araña, muerde, que más he de desdenarte cuanto más me aporrees; y si por

conocer que sí te quiero, complacida queda, que no tardaré en desaparecer de tu vista, porque el deber lo ordena y la tranquilidad de mi conciencia. Aprieta, araña, muerde, ¡oh Tecla, que á todas horas sueñas en mis oídos, unas veces con dulce armonía de amor, otras veces con destemplado acento de venganza! ¡Oh Tecla, hermosa unas veces para mis ojos, indigna otras veces para mi alma! ¡Contradictorio afán, imán y polo repulsivo de mi vida, nada, nada conseguirás de mí que no sea en pro de la felicidad del *fratello* amado!

Absolutamente nada. Hugo levantó la cabeza con el ademán de las grandes resoluciones, y desde lo alto de la escalera envió á la otra un gesto de desafío. ¡Nada! Aquel acto de resistencia, del que no se creyera capaz, le había dado una idea de su fuerza de voluntad. Pues bien, esta voluntad, esta palanca, iba á emplearla toda, toda, en remover y derrumbar aquella situación que, por vergüenza de sí mismo, no debía

durar. ¡Engañar, traicionar él á D. Paolo, á su hermano, á su padre! Pero, ¿quién lo imaginó siquiera? Tan repugnante idea, ¿se alojaba, de veras, en su cerebro? ¿Qué casa, qué cueva era aquella donde ideas tales, alimañas tales andaban sueltas y asaltar podían, así, á mansalva, al incauto, al inocente venido de Monferrato, y corromperlo, como linda manzana que cayó del árbol, y atacada de gusanos se pudre en una charca? ¿Y qué voluntad era la suya, tan floja y mísera, que en el punto y hora que vió, que sintió que alimaña tal le andaba allí adentro, y hozaba, asquerosa, en la nobleza de sus sentimientos ¿cómo no la arrojó de sí, con más prisa que una víbora del seno? ¡Oh! *¡bambino* hipócrita! Confiesa que te has deleitado en la idea culpable, y que la abriste las puertas sin precaución, y la diste asilo, calor y alimento sin recelo. ¡Y ahora te asustas y descargas sobre los demás el peso horrible de la propia falta! ¡Tú, que has pecado dos veces: una dejándote invadir por el contagio,

y otra abandonándote al mal sin hacer nada por extirparlo!

Tornó Hugo á sacudir la cabeza, negando con energía lo de no *hacer nada*... Sí, resistir, pelear, sufrir angustias mortales, atormentado por la duda de si era él quien veía visiones ó realmente ella quien le provocaba; si era él quien iba hacia ella ó ella quien venía á él; cuál de los dos era el vil, el traidor, el que instigaba y buscaba perder al otro. Ahora mismo, con la lista roja en la muñeca, nó lo sabía.

Mas no era cosa de perder el tiempo en averiguarlo. Demasiado se había perdido, una eternidad. Lo bastante para que el daño, sea cual fuere su origen, estuviera hecho y urgiera darle fin. Porque ¡ay Dios! también le parecía que D. Paolo sospechaba; no sé, le parecía notar en su mirar, en su trato, cierto despego, cierta frialdad que con él nunca tuvo; acaso fuera aprensión suya, sobresalto natural del pecado, inquietud del delincuente, que en todas partes ve sombras de polizonte.

El gesto que, de lo alto de la escalera, enviaba á la otra, adquirió la rigidez indicadora de una resolución firme. Estaba decidido, lo que se llama en el buen castellano de D. Benigno, decidido. Se marchaba de la casa y de Buenos Aires.

Entró en su cuarto, que era la segunda puerta en el corredor junto á la sala, y tenía una ventana que caía al patio de la fábrica, cuarto blanco, como de doncella, todo de laca, con cortinas de fondo crema y ramos de rosas; sobre la cama, un San Luis Gonzaga, en marco blanco también; sobre la mesa de escribir, una vista fotográfica de Monferrato y debajo el retrato de un buen señor con manteo y sombrero de tres puntas, el tío Girólamo, la nota negra, por el color, del albo nido que don Paolo preparó y dispuso para el *bambino* esperado con amor tanto, y donde ¡mentira parece! surgieron y crecieron las ideas malas, causa de su desdicha.

Hugo se sentó delante de la mesa, cogió de la carpeta una hoja de papel, em

puñó la pluma, la zambulló en la tinta de una concha de cristal que, en el centro, ofrecía su negra boca á la inspiración, y después de mirar largo rato al señor del manteo, escribió con letra ancha y clara: *Mío caro tío Girólamo...* Era la carta ordinaria, quincenal, al tío Girólamo, contándole sus impresiones bonaerenses, cómo le iba á él, qué tal andaba D. Paolo, cuál era la marcha de la fábrica; carta en que omitió siempre, naturalmente, lo más gordo, su transformación viciosa en la metrópoli americana, sus caídas y todo el proceso espantoso de aquélla que ahora le ponía la pluma en la mano para comunicarle el regreso, vencido, malherido y sangrando el alma entera.

*Mío caro tío Girólamo...* Otras veces, después de los dos puntos de rigor, la pluma corría escapada sobre el papel, dando alegres saltos, como potro por fácil llanura; pero, hoy no se meneaba, no avanzaba una línea. ¿De qué manera explicarle al tío la vuelta, con qué palabras, con qué

circunloquios? Así disfrazara la verdad muy hábilmente, el tío, buen buceador de conciencias, diría en seguida:—¡Hum! cuando éste vuelve, no es por nada bueno... Y le arrearía el disciplinazo hache.

—Porque, yo no puedo confesarle la verdad — pensaba Hugo, levantados los ojos hacia el retrato;—no voy á escribirle á usted ¡oh carísimo tío Girólamo! es por esto y por esto... Me daría vergüenza. En todo caso, se lo diré en el confesonario, arrodillado á sus pies como penitente, seguro de que, con la absolución, me dará su aprobación por haber tenido valor bastante para abandonar á mi hermano y perder mi porvenir de empleado en la fábrica, de dueño mañana de ella. Seguro, seguro estoy, tío Girólamo. Pero, por carta, no se lo digo á usted, ni creo que haya necesidad tampoco. Espérese usted, no sea impaciente, que detrás de la carta voy yo; y si la carta, por breve y enigmática, lo deja perplejo, cuando yo llegue lo sacaré de dudas, en el confesonario ó en la cocina, no

importa, junto al hogar, que arderá de lo lindo gracias á las brazadas de leña de nuestra buena Agnese... Noviembre es frío en el pueblo ¿y Diciembre?... Y aquí estamos en primavera y hay flores y todo ríe... ¡todo menos yo!

Escribió, al fin, Hugo una carilla, firmó con un garabato enérgico, encerró la carta dentro del sobre, en el que puso la dirección minuciosa que le garantía de extravío, y la guardó en su cartera, con ánimo de echarla al buzón por la noche, y luego subir, cuando no pudiera ya retroceder, buscar al *fratello* donde lo hallara solo y anunciarle:

—*Fratello*, ¡á Monferrato me vuelvo!

De pie, Hugo, se absorbió en nueva y profunda meditación. Lo que al tío Girólamo no podía confesar sino en su carácter de cura de almas... claro, clarísimo que á D. Paolo no se lo iba á desembuchar; pero, se excusaría con su salud, el clima, el trabajo, cualquier razón así, vaya. Seguro estaba también de que D. Paolo no ensayaría retenerlo: lo miraría tristemente, con

aquel mirar suyo de mastín enfermo, y contestaría:

—*Beníssimo*. Si es por tu gusto, vuelve á Monferrato.

Ya anocheecía, y por la ventana entraba el resplandor insolente del globo eléctrico del patio, de luz lechosa y deslumbrante. Del lado del corredor oyó Hugo, en esto, las voces chillonas de las damas que volvían del paseo, sus saltitos de gorrión, el batir de puertas... Esperó un rato, y al sentir el conocido chancleteo de Enriqueta, entreabrió la suya é hizo *chist, chist* á la china.

—Mira, no cómo en casa, ¿eh?

Sí, señor, comería fuera. Puesto que se marchaba, era preciso comenzar por suprimir, poco á poco, la intimidad de familia, el diario contacto que temía. Y muy contento de esta nueva resolución, concordancia de la principal, de la decisiva, y prueba de que la voluntad seguía funcionando sin menguar en un ápice, prestamente recogió el sombrero, después de pasar el peine por

los cabellos rubios y afilar las puntas del bigote, con el mismo ademán de antes, aquel gesto de desafío soberano.

Ponía la mano en el picaporte para salir, cuando entró Tecla. Nunca entraba Tecla en su habitación; no había necesidad de que entrara, porque su habitación no era paso, y menos estando él en ella; pero esta vez no sólo entró, sino que no pidió permiso para entrar. Traía puesto el sombrero todavía, una primorosa cesta de paja fina, boca abajo, con lazos celestes y myosotis ó *no me olvides* desparramados con profusión, y en las manos un magnífico ramillete de jazmines, tan grande, que había de cogerlo con ambas para soportarlo; el aire desenvuelto que en ella encontró siempre Hugo, y fué extrañeza primero y atractivo después para él, una de las cosas raras, de las más raras de la casa misteriosa, parecía impulsivo movimiento de guerra, tan pávida estaba en su blanco traje de batista bordada, de tal modo apretaba los labios con enfado y brillaban sus ojos hermosísi-

mos. Entraba á pelear, seguramente; así se lo comunicó en el coche, y cumplía su palabra disparándole esta pedrea:

—Dice Enriqueta que usted no come en casa, ¿es cierto? ¿Por qué? ¿Adónde va usted á comer? ¿Es que el nene ha resuelto rebelarse? Porque voy notando unos síntomas... Esta tarde se ha mostrado usted grosero conmigo; no nos ha querido acompañar; ha rechazado nuestra invitación por la fuerza, brutalmente. ¿Es que le da vergüenza mostrarse con nosotras? ¿Cree ó teme perder casamiento ventajoso, estimación pública, algún pedazo muy importante de su persona, si con nosotras se le ve en la calle ó se sabe que va á visitar al mono Pancho? ¡Qué lástima de terrón de azúcar! Ahora salimos con que nosotras apestamos y manchamos, porque el nene nos huye como de la peste y nos pone á distancia como á olla tiznada... Pues el señor D. Pancho, que es todo un caballero, cuando le enteramos de su descortesía, torció la jeta, y dijo:

¡Vaya un *guarango*! Gringuito había de ser, porque un porteño es... un porteño, la canela argentina. Si me piden ustedes que yo las acompañe, en cuatro patas me verían, y se me caería la baba y toda esta tristeza que padezco, por la mona que me tienen prometida y nunca llega, se convertiría en orgullo, en satisfacción inmensa de andar con tan buenas mozas.—Esto dijo Pancho, un orangután sin dos dedos de frente. Pero Pancho es un hombre de sentimientos, y usted no pasa de nene zonzo, que todo se le va en mirarse al espejo, peinarse los ricitos y afilarse el bigotito...

A cada negativa ó protesta de Hugo insistía Tecla manejando graciosamente la ironía como puñal damasquinado que, si matar puede, se satisface con rasguñar la epidermis, y parece hecho para derramar nada más que una gota de sangre. Sí, no valían disculpas. Parmenia y el mismo Marquitos, que casualmente les salió al encuentro en el Zoo, lo condenaban, y en cuanto á su metamorfosis, al cambio que

transformó un chico simpático en un salvaje huroncillo, amigo de los rincones y de la soledad, todos en la casa lo habían notado, y se preguntaban qué le pasaba á la onza de oro, quién le ofendió, quién hizo pupa al nene...

—Tecla, ¡por Dios!—repitió el joven muy afectado.—Yo no me escondo ni huyo de nadie, ni soy capaz de despreciar á ustedes. ¡No diga usted eso, Tecla, no lo diga usted! Andaré preocupado, acaso, por causa de un proyecto mío, un proyecto de viaje...

—¿A Europa?—saltó rápidamente Tecla.

—¡Sí, Tecla, á Europa!

—¡Ah! Lo mismo que Paolo. Parece que la manía de los viajecitos les ha entrado á los señores de Fiorelli.

Turbada, sumergió la nariz en el ramo de jazmines, pretexto grato para ocultar su contrariedad. Y embriagada con el aroma penetrante, suspiró:

—¡A Europa! Pero ¿qué va usted á hacer en Europa, desdichado?

—No sé; por lo pronto, iré á casa del tío Girólamo.

—Cuando yo digo que acabará usted cantando misa... Y ese viaje, ¿será solito ó con Paolo?

—Solito; ¿quién va á acompañarme?

—Qué sé yo; la del araña, por ejemplo; ¡hay caprichos! Y Paolo, ¿conoce su proyecto?

—No lo conoce todavía; pero lo conocerá esta misma noche.

—¿Esta misma noche? ¡Qué prisa se da y con qué tranquilidad lo dice! Vamos, vamos, señor Hugo Fiorelli, ó, mejor, don Hurón Fiorelli, de Monferrato, sobrino de su tío Girólamo, usted bromea.

—No bromeo, Tecla; ¿quiere usted una prueba? Mire esta carta...

—Ya la miro. Es una carta, es un sobre que parece una carta.

—Pues es la carta al tío, en que le anuncio mi próxima llegada. Hoy la echo al buzón, mañana sale y yo saldré detrás; antes de tres días estaré embarcado.

—Sí, ¿eh? A ver, déjeme usted que me cerciore.

Hugo la entregó la carta; la miró Tecla despacio, y, desembarazándose de las flores, que arrojó sobre la mesa de escribir, la rasgó en cuatro pedazos y arrojó los pedazos junto á las flores.

—Haga usted cuenta—dijo riendo—que éste es el buzón, y que mañana, por el conducto del basurero, sale su cartita, y que llega á su pueblo y la lee su tío... Entretanto, usted no se habrá movido de casa, ni gastado en sello.

—¡Tecla!

—No hay Tecla que valga. ¿Qué es eso de irse á Europa, de dejar á su hermano? ¿Por qué? ¿Quiere usted ponerlo más ensimismado, más bilioso de lo que está? ¿Quiere usted que le repita el ataque del otro día? Pues váyale con la noticia, y márchese, abandónelo, en pago de todo cuanto hace por usted, ingrátón de siete suelas. Aquí se le quiere, se le mima, y el señor *bambino* no encuentra otro medio de correspon-

der sino con la equidad del diablo... ¿Qué mosca le ha picado?

—¡Tecla!—insistió Hugo tembloroso.— Es preciso que yo me marche de aquí, por Paolo, el primero, por usted, por mí, por todos. No es ingratitud, es deber, es necesidad. La carta rota nada importa para que yo deje de marcharme.

—La carta rota, no; pero mi voluntad, sí. Mi voluntad ordena y manda en la fábrica de Fiorelli, señor mío. Y á mí no me da la gana que usted se vaya... Vamos á ver, Hugo, Huguito, ¿por qué quiere usted dejarnos?

Se acercó á él, se colocó tan cerca de él, que le rozaba con su vestido blanco. Bajo el ala del sombrero oculta la parte superior del rostro, no la veía él ahora los ojos, pero sí la boca fresca y sonriente, la garganta desnuda; sintió que le cogía las manos y se las apretaba, con la nerviosa presión del coche, y su aroma, no sé qué extraño y diabólico que emanaba del cuerpo gentil, en perversa alianza con los jazmi-

nes, la semioscuridad (que el resplandor del patio no alcanzaba á iluminar sino las cercanías de la ventana), la ocasión y el secreto influjo de la corriente simpática trastornaron y casi enceguecieron á Hugo. El nerviecillo aquel de sobre la ceja empezó á bailar una danza frenética, y por un instante, que fué relámpago, se olvidó de D. Paolo... Pero, súbitamente aquietado de nuevo por esfuerzo heroico, rechazó la solicitud de aquellas manos, que apretaban demasiado, y el acercamiento peligroso.

—¿Por qué, Tecla? No sé, vale más no hablar.

—No, eso no; hablemos, al contrario.

Un gesto había contraído la amorosa boca, y debajo del sombrero, sin duda, los ojos fulguraban centellas. Había que hablar y de qué hablar, ¡ya lo creo!

—Pues no seré yo quien hable—contestó Hugo completamente repuesto;—nada tengo que decir... Imagínese usted las razones que quiera, Tecla; esas, esas serán y no otras. Y en cuanto á que yo no habré

de marcharme, sentiré mucho desobedecerla, pero la desobedeceré, ¡desde luego la desobedezco!

Soltó Tecla alegre risa, cogió el ramo que sobre la mesa reposaba, y se lo arrojó á la cara, ofendiéndole con un arañazo mayor que el de Charo, y eso que los jazmines parece que no dispusieran de espinas defensivas como la flor del seibo. Al mismo tiempo acorraló al joven entre la mesa y la pared, y volcado sobre la nuca el sombrero, loca, buscó el nervio bailarín para oprimirlo con los labios..

—No hables, no hables—suspiró tu-teándole por vez primera,—¿qué me importa? Sin hablar, me lo confiesas... Lo sé todo. Pero, no te irás, porque yo no quiero, porque yo te lo mando. Hace tiempo te dije que éramos cómplices: pues bien, somos cómplices, hoy más que antes, y de algo para lo que no existe remedio... de algo que, desde el día de tu llegada, sin que tú ni yo lo sintiéramos, prendió en nosotros y nos abrazó á los dos como

fuego del infierno... No te irás, porque yo no quiero que te vayas, ni tú tendrás fuerzas para irte. Prueba á desobedecerme, nene zonzo, nene adorado...

El silbido de la fábrica, que marcaba la salida de los obreros y en aquel momento semejaba triunfal pregón mefistofélico; pasos cercanos, el mismo temor del delito, la hicieron abandonar su presa y huir. Derribado por el acoso amoroso y el repentino estallido de la pasión que sospechaba, quedó Hugo entre la pared y la mesa, palpitante de emoción y de terror. ¿Era verdad aquello? ¿No sería una de las tantas visiones, de los mil y un sueños que por las noches le perseguían, y dolorosamente le desvelaban, y en medio de los cuales veía así á Tecla vestida de blanco, y así sentía sus labios golosos hundirse en su carne ardiente, como brasas que le mordieran?

Se palpó la mejilla, que rozaron asperamente las flores y la frente, la mejilla y la boca, abrasados por los besos culpables de la cuñada. Las flores, los jazmines, allí

estaban, esparcidos sobre la mesa y en el suelo. ¿Era cierto entonces? ¿Cierto?

No se movió, de rodillas, los brazos sobre la mesa y la cabeza sobre los brazos. La sangre le golpeaba en las sienes, cual si la razón le llamara á capítulo, golpes de alarma, rebato inaplazable, que le convocaba ante la presencia del ultrajado *fratello*, cuya corpulenta figura se le antojaba tenerla delante, entre la ventana y la mesa, acercarse á él hasta dominarlo, y con la diestra vengadora, aquella su mano velluda y robusta, sobre la misma mejilla, manchada de besos, descargar bofetón ejemplar.

Gimió el *bambino* de dolor y de vergüenza. Había que escapar de la casa; después de la escena espantosa no podía quedar en ella, no, no, ni un minuto, ni un segundo más... Se alzó, tambaleando, y sus manos, buscando el sombrero á tientas, se escurrieron sobre los jazmines, entre los pedazos de la carta al tío Girólamo.

Allí estaba también el tío Girólamo, con

su chapeo de tres puntas, mirando por de trás del cristal al atribulado sobrino. Él, sin duda, porque había suficiente luz en la habitación, vió cuanto acababa de pasar, y debió comprender, ¿verdad, tío Girólamo? que la culpa, toda entera, era de la otra, de la cuñada, de Tecla. Él, no, ¡Dios mío! ¡Él, no!

Encontró el sombrero, dió dos pasos para la salida. Por el corredor desfilaban todos á reunirse en la mesa de familia: Hugo distinguía, por las voces, á los que formaban parte de la procesión cotidiana, y esperaba, anheloso, como criminal en acecho, que pasaran todos, misia Gorgonia á la cabeza; que la hora del gaudeamus no la perdía ella, aunque más no fuera, si malucha andaba como aquel día, para recrearse con el espectáculo de las fuentes repletas y darse su ración de vista. Y pasó misia Gorgonia y detrás D. Paolo, pisando mesuradamente y en silencio, y muy cerca de él Tecla, con estruendosa alegría.

Pensó Hugo que, al no encontrarlo en el comedor, darían orden á Enriqueta de

buscarlo, y buscado por Enriqueta, tendría que comparecer ante todos, ante D. Paolo, con la huella de los besos de Tecla sobre la frente. Pensó que la misma Tecla vendría á buscarlo... Se estremeció el *bambino*, horrorizado de afrontar la vista de su hermano y de la familia, que, indudablemente, leerían en su rostro su falta, y de dar lugar á que la cuñada volviera. Esperaría á que pasara el último para salir. Y no volvería ya á la casa; nada más que con lo puesto se embarcaría; nadie, nadie tornaría á verlo en la fábrica de Fiorelli, asiento de la traición y de la infamia.

Pasó Parmenia, la última, y Hugo, sin embargo, no abrió la puerta, no huyó, no se movió. Le parecía oír el eco de la voz de Tecla:—¡Prueba á desobedecerme!... y que sus manos le oprimían la muñeca, y sobre la frente, sobre la mejilla y sobre la boca, el delicioso apretar de los labios ardientes sellaba la complicidad de sus dos almas.

Enriqueta no venía. Tampoco vino Te-

cla. Y tambaleando como un ebrio, Hugo se dirigió á su lecho, se echó de bruces y mordió la almohada, fustigándose á sí mismo con el dictado que el tío Girólamo, de detrás del cristal, le arrojaba como una piedra:

—¡Canalla! ¡Canalla!

---

## VIII

Eran las diez y media. Dió el cuco de la salita de Landín el toque burlón, que deshacía la habitual tertulia y ponía punto á la lección de castellano, y D. Quico y Hugo se levantaron para marcharse; se apartó del balcón, donde departía con Luisa, Pedro Pablo, y el *Gavilancín* se acercó taimado á la mesa, con la cartilla enrollada en la mano como un canuto, trompeta de sus juegos más que fuente de sus estudios... Y presentados los debidos respetos á la hormiguita, menos risueña que otras noches, velada la cara por visible tristeza que su expresivo rostro no sabía ocultar, bajaron todos la estrecha escalerilla, uno á uno, es-

coltándolos Landín, que no se acostaba sin estirar antes las piernas, y tomaba de pretexto el acompañarlos para rematar con la última puntada lá discusión. En el patio, misia Eustaquia García y Gavilán los saludó con acaramelada cortesía, regadera en mano, que en la misericordiosa tarea de dar de beber á sus tiestos estaba la señora, mientras se preparaba á zurrar al sobrino, y por la calle de Entre-Ríos echaron á andar los cuatro, D. Quico y Hugo delante, Pedro Pablo y Landín, detrás.

Apaciguado el trajín de la gran ciudad, las pisadas de los cuatro paseantes resonaban sobre las losas con golpeteo cavernoso y acompasado, y las voces de D. Quico, de dejo valenciano, subrayadas por el moline-te de sus dedos, parecían mayores en el silencio y adquirían relieves de disputa. Pedro Pablo, muy junto á D. Benigno, muy bajo, así que en la calle estuvieron comenzó á decirle:

—Señor D. Benigno, la batalla está dada... y perdida. Lleva usted al lado en

este momento, el más triste de mi vida, á un vencido y á un desgraciado. ¡D. Benigno, esta será la última noche que asista yo á la tertulia!

—¿Qué pasa, Pedro Pablo?—preguntó el maestro con interés compasivo, más que con curiosidad, que ya adivinaba él de qué batalla y de qué vencimiento se trataba.—¿Qué pasa?

—Pasa—respondió suspirando el dependiente—que, al fin, después de tanto pensarlo y darle vueltas, y con motivo de que hoy, como ya lo anuncié á ustedes al entrar alegremente á la tertulia, de donde salgo gachas las orejas y partida el alma... hoy mi principal me ha cumplido su promesa de interesarme en el negocio, y me ha dado el espaldarazo de socio industrial, que resuelve mi problema económico y abre amplios horizontes á mi actividad... Con motivo tan fausto, dije yo: Esta es la ocasión, ó no hallaré otra más propicia, de hablarle á Luisita de mi escondido proyecto casamentero, y declararla

cómo y en qué medida cifro la base de mi felicidad en su cariño, en sus exquisitas cualidades de mujer superior. Bueno, don Benigno. Mejor dicho: malo. La suelto el parlamento, que hace meses tenía aprendido de memoria, sin equivocarme en una letra: las palabras me salían del corazón y me quemaban la boca, y ella, como estatua de piedra, sin conmovirse mayormente (al menos no he visto yo señal de que se conmoviera), me endilga esta respuesta, que también debía tener aprendida de memoria: — Pedro Pablo, yo le agradezco la fineza que me hace, pero no la acepto. Usted no se ha fijado, sin duda, en mi fealdad y en las viruelas de mi cara... No he nacido yo para esposa de nadie, y no estoy dispuesta á sacrificar la independencia que holgadamente me otorga el trabajo. ¡Amiga suya, siempre; esposa, nunca!... Pues bien, D. Benigno: permítame usted comentar esta actitud y esta respuesta, manifestando que, si el feminismo sirve para volvernos á las mujeres del revés y matar

en ellas el sentimiento sagrado de la maternidad, que es lo que las idealiza, y el del amor, no menos sublime; si sirve el feminismo para despojarlas de la gracia y del encanto, que son el perfume de estas flores humanas, y nos las transforman en mariachos, en seres sin sexo, enjutas de corazón, ¡maldito sea el feminismo por siempre jamás amén!

—Pedro Pablo—protestó suavemente Landín,—habla usted así de despecho.

—No es despecho; es convicción. Y usted no me negará que si todas las mujeres pensarán, sintieran y dijeran lo mismo, lucidos estarían los hombres y lucido el mundo. No, que se nos pongan estas damas cuello de pajarita, hongo, chaqueta y faldas que parezcan pantalones; que se corten el pelo y fumen y hablen de política, y en vez de coser y cuidar de la casa, en todos los órdenes de lo que se ha dado en llamar labores femeninas, se coman los libros de medicina y derecho; que supriman sus gracias naturales, y estoy por añadir obliga-

torias, afeándolas, disfrazándolas torpemente y haciendo de lo que quiso Dios que fuera atractivo, repulsión, y vamos á ver qué quedará de ellas, tristes seres neutros, condenados á la esterilidad. Yo admito, señor Landín, y hasta aplaudo que la mujer se ilustre, eleve cuanto pueda su nivel intelectual, se emancipe del hombre, por el trabajo ó por el estudio, para no necesitar del hombre en las contingencias de la vida; pero, bajo la condición precisa, ineludible, de permanecer mujer, de cumplir los deberes de la maternidad, de no dejar secar la fuente del amor. El mundo, con ángeles como Luisa Landín, no sería mundo; sería limbo. Angeles buenos, ángeles sabios, ángeles laboriosos; pero, ángeles infecundos. Las hormigas también estudian y aprenden á fabricar sus laberínticas galerías y á buscar y recoger su grano; las hormigas trabajan, pero ¡también aman y procrean!

Muy descompuesto, alzó el diapasón, y sus últimas palabras silbaron entre sus labios como chasquido de látigo.

—Si de otra que de mi hija se tratara— dijo D. Benigno en el mismo tonillo blando y conciliador,—contestaría á usted de frente, porque el tema es de los que me agradan y se prestan á servir de pelota de discusión, con ventaja de lucimiento para los dos bandos. El tratarse de Luisa me obliga á callar, y la amistad y la estimación por usted, Pedro Pablo, á significarle mi sentimiento; más todavía: á expresarle que, para mí, hubiera sido grato y feliz suceso el que Luisa diera otra respuesta, pues no todos los días se encuentran hombres de bien y corazones limpios de roña...; pero, amigo mío, en estos asuntos es donde debe dejarse más libertad, para que cada cual se las componga como pueda y resuelva según su propio modo de ver, reservándose así, toda entera, la alegría del acierto y la responsabilidad del error. ¡Que mi hormiguita no quiere casarse! ¡Allá ella! En esos reinos subterráneos de las hormigas, también se encontrarán algunas solteras...

Llegaban á la esquina, y Pedro Pablo se paró de firme.

—Con su permiso, D. Benigno: deje usted que me retire por el foro, ó sea por esta calle que lleva derecho á mi guantería. Agradezco, agradezco su amistosa intención... ¡Y buenas noches y hasta otro mundo, en que cada cosa y cada sér sea lo que parezca y no parezca lo que no es!

Le tendió la mano, el maestro se la estrechó con indulgente simpatía, y marchóse el derrotado, al compás de taconazos coléricos. Los otros, D. Quico y Hugo, delante, entretenidos (D. Quico, que Hugo ni chistaba, ni atender parecía á la conversación) en no sé qué debate pedagógico, no se enteraron de la fuga de Pedro Pablo, si D. Benigno no les alcanza; y los tres caminaron hasta la esquina siguiente, donde se separaron, D. Quico para irse á su escuela y Hugo y Landín para emprender juntos el largo paseo que sus preocupaciones respectivas demandaban.

—La noche está hermosísima —dijo Landín;—¿se vuelve usted ya?

—No, es temprano todavía —contestó Hugo.

—Pues véngase usted conmigo; iremos al azar, del lado del puerto, si le parece. Me place verlo, de vez en cuando y atravesar la ciudad, así, de parte á parte. La magnitud del presente me recuerda el modesto pasado, cuarenta años atrás, fecha de mi llegada al país, y comparo, comparo, me divierto haciendo comparaciones pintorescas... En una poesía nuestra, es decir, castellana, muy hermosa, que usted no conoce, joven, y que si estuviera yo de humor se la recitaría con mucho gusto, hay un verso que dice: *este llano fué plaza, aquí fué templo: de todo apenas quedan las señales*. Y esto, que se refiere á una ciudad en ruinas, me viene á la memoria siempre que en Buenos Aires me echo á vagar, porque, tomando los versos en sentido contrario, pueden aplicársele á maravilla. La que aldea fué, es metrópoli opulentísima; esta

casa, que fué choza, es palacio, y este pantano, plaza, y este erial, paseo: de toda fealdad, de toda vetustez, de todo atraso, *apenas quedan las señales*. Ni las señales quedan, joven, porque no encontraría yo, ni con linterna á estas horas, ni á la luz del sol, la fonda en que me hospedé, al llegar, en cierta calleja en barranca, cerca del río; ni la casa en que vivían los padres de mi Verónica; ni el sauzal, ó saucedal, ó saucedá, ó saucera, ó salceda, ó salcedo (que todos estos nombres tenemos para designar un sitio poblado de sauces, y de todos yo elijo el saucedal, que me parece más eufónico), ni el sauzal, repito, como aquí se dice, ó saucedal, á cuya melancólica sombra paseábamos los domingos por la tarde, y era delicioso, no sé si á causa de la grata compañía, porque ¿quién no sabe que nuestras impresiones se reflejan sobre lo exterior, y así, tal sitio alegre, nos parece triste por el recuerdo que nos trae de algún triste suceso, y tal otro, triste de verdad, alegre, por la alegría que en él experimentamos y conmemora?

Había enlazado su brazo al de Hugo, y mientras andaban calle de la Victoria abajo, le miraba con el rabillo del ojo. Ya lo venía notando de meses atrás: el cambiazco del discípulo. De aquel *bambino* sonrosado y reluciente, quedaba un mozo de ajada faz, de agobiadas espaldas, tan parecido al hermano, que, marcándose el aire de familia, al envejecerse Hugo, se transformaba en un D. Paolo joven. Todo en pocos meses, en pocos días; ¡qué influencia más perniciosa la del familión de la fábrica! ¿Y por dentro? lo mismo: un ensimismamiento, un nublado de inteligencia, un letargo moral... Al fin D. Paolo se saldría con la suya: que el hermanito no valía una higa y llevaba una vida desastrosa, no precisamente la que llevar debía y para lo que le trajeron, inocente, de su aldea.

A cuanto hablaba D. Benigno, Hugo asentía con su silencio ó con un monosílabo apenas pronunciado, y siendo el hablar en D. Benigno, con campanuda solemnidad, necesario ejercicio, el que le cayera un

oyente pasivo como aquél, era regalo del que aprovechaba en toda la medida posible.

—¿Se cansa usted, joven? Iremos más despacio... ¿No? pues, andando. No le invito á cafés ó algún teatrillo, porque no soy hombre para eso, y usted estará harto de bazofias. Aire libre, joven, compañía seria, conversación sana es lo que á usted le hace falta...

Cuando hubieron recorrido, á buen paso, la calle de la Victoria, bordearon la plaza de Mayo, bajo los porches que aún quedan como muestra colonial, y se metieron por la calle de Balcarce, saliendo al lugar que fué río y hoy son muelles, diques, almacenes, otra ciudad distinta, una ciudad nueva emplazada allí donde las aguas oscuras del gigante platense dormitaban entre las *toscas*.

—¿Ve usted?—exclamó Landín en llegando.—Aquí sí que encaja bien aquello: *de todo apenas quedan las señales*. El río, rechazado, arrojado lejos, asoma para de-

cir: ese llano, esa plaza, dominios míos fueron... Dice y no se le oye...

Sentáronse en un banco, que bastante cansados estaban, y antes que D. Benigno tomara el hilo de su discurso, Hugo, que, sin duda, traía una interesante pregunta, y no encontró en todo el camino ocasión de colocarla, le disparó á boca de jarro:

—Señor Landín, cuando usted conoció á mi hermano Paolo, ¿conoció, al mismo tiempo, á la familia de Ulrria?

No era ésta precisamente la pregunta reservada; pero por todos los caminos se va á la verdad.

—Mire usted—contestó D. Benigno, echándose sobre el tema como un perro sobre un hueso;—cuando yo conocí á su hermano de usted, no vivía con él la familia de Ulrria. Fué en el Once, en la fábrica vieja, hará unos diez años. Hacía poco que mi Verónica había muerto, de resultas de un parto prematuro... Sólo de recordarlo siento oprimido el corazón... No andaba yo bien de recursos, porque ya compren-

derá usted que esto de dar lecciones y recoger *granos* y *gorgojos* no enriquece á nadie; leí un anuncio que pedía un tenedor de libros; me planté en el Once en seguida... Su hermano era entonces un hombrón, derecho como el palo de aquel barco, de buen color, de humor no diré alegre, pues jamás lo ha sido; pero comunicativo, accesible, sin alternativas. ¡Ay! No estaba enredado en faldas todavía; eso se conocía á la legua; donde hay paz, es que no hay faldas, joven; y D. Paolo, en aquel tiempo en que yo entré en su escritorio, y me honró con su confianza, se parecía tanto á usted cuando llegó de Monferrato, como un gemelo mayor, más desarrollado, de más edad, si esto pudiera darse. Después se nos torció, se entenebreció, se le cayó la visera sobre los ojos, coincidiendo el cambio con la aparición de la *Tecla* en el mercado y acentuándose con la aparición de la otra *Tecla* arriba, en la fábrica nueva, y yo me dije y todos nos dijimos: Aquí está la pastora. Este es el teclado en que el patrón tecele sus

aires tristes, y ésta la tecla disonante. Sí, joven, sí. Desde que entraron faldas en la fábrica, comenzó la guerra, que se forma arriba y estalla abajo...

Abierto el cauce de su inquina contra los de arriba, por él se desbordó la verbosidad del maestro; mas no del lado que á Hugo interesaba, el punto oscuro, el enigma que estaba empeñado en descifrar desde la escena de la revelación; aquella escena de fiebre, cuyo recuerdo le tenía desterrado de su casa y esquivo del trato de los suyos, de la cuñada, sobre todo, á quien llevaba días y días sin ver ni oír, horrorizado de ella y de sí mismo, vagando fuera, comiendo fuera... Aquel misterio, desde entonces dominador de su espíritu, como trágica pesadilla, ¿no lo aclararía, no lo lograría despejarlo, gracias á la charla de aquel hombre, que, sin duda, lo sabía todo? ¿Que no fué en el Once, sino en la fábrica nueva! ¿Pero cómo, cómo apareció la familia en la fábrica nueva? ¿Cómo la conoció?

Acostumbraba á llevar D. Benigno en

estos paseos nocturnos, en vez del rollo de papeles ó de la gramática, cuyo porte no estaba indicado, una varita de mimbre con puño de asta, que esgrimía como batuta al compás de sus palabras, mientras hablaba, y según eran éstas, vehementes ó pacíficas, la varita se agitaba en su mano ó señalaba en el aire rectas y curvas correctísimas. El tema de los Ulrrias lo sacaba siempre de sus casillas, ¡y no era poca danza la que traía la varita en su diestra iracunda!

--¿Que cómo apareció allí arriba? Pues, así, de la noche á la mañana. ¿Ha visto usted, después de la lluvia, cubrirse una huerta de caracoles? Lo mismo se presentó la dichosa familia, como revienta el cólera, sin anunciarse. Yo siento expresarme en esta forma, poco agradable, delante de usted, que acaso tenga estimación por ellos, ya que con ellos vive; pero no lo puedo remediar, que ellos nos han cambiado al patrón, han hecho de él un sér arisco, intolerante; y cuidado que conmigo, cúpleme declararlo, es de la pasta más tierna;

pero los compañeros no sacan partido de él: sí, á buen puerto van. Y este cambio deplorable se inició en el Once, y de este cambio deplorable son culpables los intrusos de arriba.

—¡Intrusos!—repitió el *bambino*, pensativo.—¿Qué quiere decir *intrusos*, señor Landín?

—Que se introducen sin derecho, ¿entiende usted?

—De ahí se deduce que los Ulrrias no tienen derecho de vivir con mi hermano...

—Deduzca usted lo que guste, joven, que no por ello he de dejar de llamar al pan pan y al vino vino y á los Ulrrias intrusos, introducidos sin derecho en la fábrica nueva, usurpadores de la soberanía del señor Fiorelli, cuya voluntad han captado miserablemente. No cito nombres, no me obligue usted á citar nombres, joven. No me obligue tampoco á citar hechos, hechos antiguos, conocidos de todo el mundo, y que forman un capítulo muy interesante de nuestra crónica escandalosa. He contesta-

do á su pregunta de cómo conocí y cuándo á la familia de Ulrria; ¿guarda usted alguna otra relacionada con este asunto?

Quedó en alto la varita, á la espera de la orden. Era indudable que el muy ladinno del maestro no hablaría derechamente, si no le tiraban de la lengua, y á ello se atrevió Hugo, poniendo los puntos sobre las íes casi balbuciente.

—Y usted, señor Landín—concretó temeroso, soltando la pregunta como una brasa,—asistió... en el Once, debió de ser en el Once... ¿asistió usted á la boda?

—¿A la boda?—repitió D. Benigno con una risotada,—¡qué había de asistir, hijo mío, si se celebró por detrás de la iglesia! Usted, joven, ó es bobo de veras ó se pasa de listo.

Anhelante, sin comprender del todo, insistió Hugo:

—¡Por detrás de la iglesia! ¿Qué se entiende por esto, señor Landín?

—Quiero decir que no están casados! ¿no lo sabía usted?

No contestó Hugo, en seguida, y si hubiera luz cerca, observara el maestro su lividez. Tardó en contestar todo el tiempo que tardó en reponerse, y se repuso muy lentamente, como si volviera de un desmayo.

—Lo sabía... miento, no lo sabía, lo sospechaba.

El *fratello* no había de confesarlo, ella tampoco; con la familia, con el mismo Marquitos, con quien más intimidad tenía, nunca hablaron de semejante asunto: en estos casos, hay como un acuerdo tácito de no hablar. Que piense cada cual lo que quiera, y entretanto, todos á una, porque á todos interesa, ocultan el misterio, como una mancha en la ropa. Él no se atrevía á preguntarlo arriba; abajo, menos. ¿Cómo iba á saberlo de fijo, si al venir él de Italia, la familia de Ulrria estaba ya instalada en la fábrica?

—Pues si usted no lo sabía—exclamó D. Benigno agitando la batuta,—he hecho mal en decírselo. Quedárase con sus dudas

y yo con mi tranquilidad de conciencia de no meterme en líos ajenos. Que sean casados ó no, á mí no me importa. Si á usted le importa, le prohibo, joven, que repita lo que ha oído.

Palabra de honor que no lo repetiría, ¡palabra de honor! Le entró una comezón irresistible, el ansioso deseo de saber más, de saberlo todo. ¡Hechos antiguos! ¡Hechos escandalosos! ¿Cuáles? ¿Cuáles? D. Benigno había dicho:—No me obligue usted... Y esto en boca de D. Benigno significaba, traducido libremente:—Oblígueme usted; me muero de ganas de que usted me obligue...

Se corrió hasta él en el banco, le estrechó para suplicarle:

—¿Qué cosa, señor Landín? Hable, cuente, cuénteme usted.

—¿Me promete...?

—Sí prometo, señor Landín. Ni palabra, ni jota.

Suelto el punto de su discreción, allá fué todo el tejido, y al conjuro de la varita

de D. Benigno apareció el salón de Ulrria, de yute rojo y pino pintado; misia Gorgonia sentada señorilmente en el sofá principal, con el moreno escote cubierto de perlas y diamantes falsos; su escuadrón de preciosas ninfas: Trinidad, la rubia de celestes ojos; Concepción, la rubia de ojos negros; Tecla, la pálida, y Parmenia, la virgen trigueña en venta. Y el negro Teodomiro tocando en el piano sus *milongas* dulces, sus polkas saltarinas, sus vales moribundos, y la clientela toda, los conocidos y los desconocidos, el batallón de doctores, desde Trujillo, el más viejo, hasta Pares, el más joven, y los que sin ser doctores en ciencias lo eran en millones, como Asnabal... Apareció el salón famoso y su tertulia, en el apogeo de su celebridad, el mercado de amor, de honesta apariencia, de correctas formas sociales y aristocráticas, tal y como la se-dicente coronela, la digna y remilgada misia Gorgonia, quiso que fuese, en su intransigencia de moralista acomodaticia.

Hizo danzar á todos D. Benigno á su gusto, y antes de apagar las luces mandó entrar al solitario del Once, D. Paolo, un burgués sin maneras, sin roce, inculto y tan inocentón en sus cuarenta años como un colegial; y así como sobre la mosca aturdida, que se enreda en una telaraña, cae la fiera de ocho ojos en acecho desde su rincón, desde el rincón del sofá de yute, caía misia Gorgonia sobre D. Paolo deslumbrándole con sus piedras falsas y el espejuelo de Tecla la pálida...

—¿Ha oído usted bien?—agregó el maestro, incansable, sin respirar, después de tan largo parlamento.—Esta es la historia de los Ulrrias y ésta la verdad estricta de la situación familiar de su casa de usted. Y no piense usted, joven, que en este cuadro, por mala voluntad mía y rencorcillo, he puesto más pinceladas negras que las justas y más sombras de las necesarias; no, señor mío; si la señora Gorgonia y demás señorío de su casa así salen de mis manos y tan poco lucidos, es que yo

lo he pintado á la luz cruda de la realidad, que no perdona faltas, ni tapa defectos, ni disimula máculas. La prueba está en que ahora, después de escucharme, como el espectador bobalicón al final de la comedia, se explica usted lo inexplicable y da en el clavo del porqué de muchos detalles observados. ¡Descubierta la trampa, se acabó el engaño y desapareció el misterio, el coco! Joven Fiorelli, malo es pasarse de listo, adelantarse á juzgar de las cosas sin la base razonable del examen; pero es peor tenerlas debajo de las narices y no verlas, y para verlas necesitar de anteojos prestados...

Cierto, muy cierto. Hugo, callado, escuchaba, sorbía palabra por palabra, espigaba idea por idea; abatido en el banco, fija la mirada en la heterogénea masa de construcciones que, delante de ellos, se apelmazaba en la sombra. En silencio todo, dormido el trabajo de los muelles, mientras á su espalda la ciudad dormía también, aletargada bajo la atmósfera caliginosa, cada palabra, cada idea, cada imagen

que la varita de D. Benigno subrayaba en el aire, Hugo la veía adquirir formas tangibles, reales.

Como si saliera del fondo de un pozo, su voz protestó del reproche del maestro:

—Es cierto, señor Landín; mas no sé de quién es mayor la falta, si del que se dejó engañar ó del que engañó con malicia. A mí me mandaron venir, y vine á ciegas; que si yo sé adónde venía, no vengo, y si descubro antes lo que ahora sé, me vuelvo ó salgo de la casa. Dejarse engañar, señor Landín, será de tontos; pero el engañar es de gente poco aprensiva y delicada.

A lo que el burgalés respondió vivamente:

—Conforme. En este engaño, cómico si se mira despacio, el que obró mal, muy mal, y así se lo he dicho yo muchas veces y él lo ha reconocido lealmente antes de que yo se lo dijera, hombre de conciencia, aunque débil, es su señor hermano. Nunca debió meterlo á usted en semejante aviso; si realizaba su noble intención de fa-

vorecerlo, de crearle un porvenir, muy bien que lo mandara venir de la aldea; pero hospedarle en casa aparte y no darle á conocer siquiera la familia de pega; que lo sucio no se enseña á nadie, y allí donde la moral se relaja, se relajan las bases mismas, el fundamento de la familia. Su casa es la casa de tócameroque, y á una casa así, de entretelón y trapisonda, no se lleva á un hermano joven, calentado bajo el manteo protector de su tío cura. Pero de esto no se infiere que me salga usted por peteneras y se me levante airado ahora contra el señor Fiorelli, que es dos veces superior suyo, como patrón y como hermano mayor, y arme un zipizape en la fábrica... Porque si usted lo hiciera, tendría yo que cortarme la lengua y perder mi empleo, que es perder más de la mitad de mi pan.

—No me levantaré, Sr. Landín, ni armaré eso que usted dice... Se lo he prometido á usted.

—Bueno. Quedamos en ello. Usted se

las compondrá como mejor lo entienda, y si se hace el sueco y deja correr la bola, más valdrá para su bienestar y la tranquilidad general. Remedios tardíos no atajan el mal y á veces lo agravan... Porque buena está aquella casa para nuevas dianas. ¡Está que arde! ¿Usted no sabe nada, joven?

—¿De qué?—preguntó Hugo irguiéndose.—¿Ha pasado algo? Desde esta mañana que falto de allí y salvo las horas de escritorio...

—¡Que si ha pasado!—exclamó D. Benigno con un golpe al aire de la varita.

Algo estupendo, extraordinario, pasmoso... pasmoso no, porque ¿quién ha de pasmarse de lo que allí ocurre? Ya había él comprendido, durante la lección, en que Luisita y él escudriñaron curiosamente y con disimulo su fisonomía, tan cambiante y expresiva, que desconocía el suceso; pues, de conocerlo, en primer lugar no hubiera asistido á la lección, que otros cuidados y preocupaciones le retendrían en casa, y luego, de asistir, no lo callaría, y antes de

llegar D. Quico y Pedro Pablo lo debió contar á quienes eran amigos de tanta confianza, ó, si pecaba de discreto, no pudo impedir que en su cara ingenua se reflejara la sombra de lo sucedido. Así, nada quisieron decirle, de sopetón. Y lo sucedido era lo siguiente:

Que aquella tarde, día 1.º de Diciembre (bueno es señalar la fecha por lo que importa á las deducciones y antecedentes del caso), estaba D. Paolo en el escritorio, ocupado en la agradable tarea de entregar su mesada á cada quisque; agradable para él, excelente pagador, que el pagar es un placer también, raro, es verdad, y por lo mismo exquisito, y agradabilísimo ¿quién lo duda? para los que esperan el santo advenimiento del día, terror de tramposos, cuando allá arriba, en las alturas donde todo escándalo tiene su culto, estalló la trapatiesta mayor del año: chillaba misia Gorgonia, daba voces Tecla, alborotaba Marieta, corría la china, gritaba la cotorra, ladraba el perro... Las ventanas y las puertas se

abrían, caían los muebles, y á cada portazo y á cada golpe, un clamor de angustia resonaba como toque á rebato:—¡Parmenia! ¡Parmenia!

—Haga usted el favor, señor D. Benigno—dijo D. Paolo contrariado;—suba usted á ver lo que hay.

Ciertamente, había que subir á ver lo que ocurría, porque el tumulto era cada vez más terrible: ¡Parmenia! por aquí, ¡Parmenia! por allí, entre gritos, sofocos, trastazos y ladridos.

—Subiré yo—decidió D. Paolo.

Y subió, y detrás D. Benigno, y detrás Stella, y detrás Pelitos, y detrás Francesco. ¡Válgame Dios! qué espectáculo el de la señora Gorgonia y el de la señora Tecla; el de la señora Gorgonia, especialmente, demudada, despeinada, desesperada, ronca de aullar y de llorar, la boca como espuerta, los brazos como aspas, de un cuarto al otro, de estotro cuarto al corredor, del corredor á la escalera, de la escalera á la cocina y de la cocina á la escalera, llaman-

do á la ausente: ¡Parmenia! ¡Parmenia!

Apenas descubrió el tropel de hombres, que subía, se abalanzó á ellos, con salto de leona:

—¿Sabe usted, Fiorelli? Ha huído... debe de haber huído... Y con Marquitos, ¡con Marquitos!

La presencia del patrón calmó el alboroto, y se procedió á la primera diligencia, después de comprobar que ni la señorita Parmenia ni el caballero Marquitos se ocultaban en la carbonera de la casa: registrar las alcobas respectivas, por si dejaron huella de la fuga, en caso de que de fuga se tratara. Registraron todo, encontrando que de la alcoba de Marquitos faltaba la ropa más nueva, interior y de vestir, dos pares de botas flamantes y el juego de tocador, de marfil; en la de Parmenia faltaban vestidos, ropa blanca y también el juego de tocador, de concha. Además, un cuadro, de la Purísima. Además, de sobre la consola de la sala, el retrato de don Gabino Asnabal. Faltas graves todas, y

cada una prueba evidente del delito. Además (esto como sobra, no como falta), se encontró, entre el lavabo y la cama de la señorita Parmenia, arrojado allí, sin duda, en la agitación del momento, un papelito escrito que decía:

—«Mamá: me voy con Marquitos, porque quiero á Marquitos y á nadie más querré en el mundo. Adiós.»

La señorita Parmenia se había escapado en compañía del caballero Marquitos. Cier- to, indudablemente. Pero, nadie los vió es- capar, á pesar de no haberse amparado de las sombras de la noche, acreditados auxi- liares en tales emergencias, nadie, y eso que la impedimenta que llevaron (por lo menos una valija de mano) no fuera de di- simular metiéndola en el bolsillo. ¿Cómo escaparon? ¿á qué hora escaparon? La mis- ma cotorra, colgada de su aro en el corre- dor todo el día, no lo supo decir, parlan- china atroz. Sin embargo, el hecho real, brutal, existía y con el papelito delator en el puño crispado, misia Gorgonia, en el pa-

roxismo de la furia y del dolor, amenazó á los fugitivos con los polizontes de la tierra y los demonios del infierno...

Hasta aquí la primera parte del suceso. Viene ahora la segunda, que es mejor que la primera, desmintiendo la sentencia cervantina.

Entre el ir y venir por las habitaciones, registra aquí, husmea acullá, tropezó don Paolo en su despacho con un objeto abandonado sobre la estera. Este objeto era una cartera, y esta cartera era suya. Pero, la cartera de D. Paolo guardaba dos mil nacionales y la cartera abandonada sobre la estera estaba vacía. Y que guardaba dos mil nacionales la cartera de D. Paolo, sabía él perfectamente, sin género alguno de duda, pues los había subido del escritorio, de la caja de hierro, por la mañana, para los gastos caseros del mes, como hacía cada día 1.º Sacó entonces su llave para abrir el cajón donde encerró la cartera con dinero, que ahora aparecía fuera sin dinero, y su llave dió de cabeza con otra

llave embutida en la cerradura, y de la que pendía un cordón azul, llave igual á la suya y que abría como la suya, pues bastó imprimirle las dos vueltas de reglamento para que el cajón cediera sin esfuerzo y expusiera papeles, nada más que papeles, pero de billetes, ni rastro.

Es decir, que con la llave de cordón azul, llave falsa que parecía legítima por lo bien fabricada, tan idéntica á la otra como una gota de agua á otra gota de agua, habían abierto el cajón, cogido la cartera, robado los dos mil nacionales... sin tiempo para dejarlo todo en orden ó sin cuidarse de ello siquiera. ¿Quién? ¿quiénes? Callaba D. Paolo; callaron todos. Pero, á la mente de D. Paolo y á la de cada uno se presentaron dos nombres, amarrados de los brazos por la lógica, como dos criminales: la señorita Parmenia y el caballero Marquitos, que en la cartera del señor Fiorelli buscaron los medios de fugarse, disfrazando de ladrón al amor, para mayor vilipendio.

Calló D. Paolo; gritó más la señora Gorgonia, y se vió á la señora Tecla clavar los ojos en el cordón azul de la llave falsa, llevarse al seno las manos y ponerse tan pálida, más todavía que de costumbre, tan verdosa, tan lívida, que todos creyeron que la daba un patatús. Y todos desfilaron silenciosamente escalera abajo...

Del fondo del pozo se elevó la voz flaca y doliente de Hugo:

—¿Es posible, señor Landín? ¿es posible?

Echado en el banco, con aflicción creciente escuchaba al maestro, aturdido, molido, valga la metáfora, por los puños de gañán de la realidad. ¿Era verdad todo aquello? ¿No inventaba, no mentía D. Benigno? El salón de misia Gorgonia, el verdadero estado de Tecla, la vida marital de D. Paolo, la fuga y el robo de Parmenia y Marquitos, ¿no serían fantasías, alucinaciones del maestro? Y si todos estos horrores eran ciertos, ¿volvería él á la casa del *fratello*? Si tenía vergüenza, si le quedaba un

resto de dignidad, no, no debía volver!

—¿Es posible, Sr. Landín?—repitió con angustia.

D. Benigno se secó el sudor de la frente, que le chorreaba, por el calor y por el relato.

—¡Y tan posible, joven! Por esta boca no sale nada que no sea la verdad pura. Ya lo comprobará usted... A propósito: no diga usted nunca *constatar*, joven, que es un galicismo muy feo, un pícaro *gorgojo*, por aquí muy difundido, y al que tengo ya encerrado en una celda de mi diccionario. Comprobar, comprobar... Bueno. Pues, ya lo comprobará usted cuando vuelva á casa. ¿Y qué le asombra á usted de Marquitos, fruto espúreo de una Ulrria? ¿Y qué de la señorita Parmenia, otra Ulrria criada en el vicio y para el vicio? Las malas semillas no darán nunca buenas plantas. O cree usted que si siembra nabos, por ejemplo, van á salirle rosas?

—¿Es posible?—repetía la voz flaca y doliente de Hugo.

Dormía la ciudad. Dormían los muelles.

El mismo D. Benigno guardó silencio, fatigado. Y las mejillas de Hugo ardieron, de pronto, con fuego intenso, y su frente y sus manos y todo su cuerpo plegado, abatido sobre el banco.

Una idea, la más mala, la peor de sus ideas, acababa de asaltarle, encarnada en Tecla, vestida como Tecla. Y Tecla, muy pálida, arrojándole besos y jazmines, le decía:

—*Bambino*, niño bobo, nene esquivo, no me huyas; ¡vén! Ahora que lo sabes todo, ahora que sabes quién soy y lo que soy de tu hermano; ahora que dejé de ser tu cuñada y no hay tal lazo de parentesco que nos desuna y nos impida querernos, ¿te defenderás todavía? ¿Me resistirás todavía? ¿Qué agravio puedes ya hacer á tu hermano? Si no es mi marido, si no es nada para mí, si yo no le quiero. Tú nada le quitas, ni honor, ni amor. Nada le robas, porque yo no le pertenezco, ni por la ley ni por el corazón. Entonces... ¿Vendrás? ¿Seguirás sin verme?... ¡Ah *bambino* rubio, adorado nene, vén, vén pronto!



---

## IX

Pasaron tres días, y en la casa y en la fábrica de Fiorelli volvieron las cosas á su quicio, al menos en apariencia. Salvo la cancamurria de misia Gorgonia por los rincones, no se oyó ningún otro comentario del suceso, y hasta dijérase que D. Paolo dió por bien perdido su dinero, auxiliar eficaz de la fuga de ambos pajarracos, porque la visera se levantó unas líneas sobre su frente pensativa, signo de buen tiempo.

Tienen las malas noticias alas, y pies de plomo las buenas. No habían pasado los tres días, cuando Concepción, la tiple, presentóse en la casa, tan perfectamente enterada de la ocurrencia, con todos sus pelos y

señales, como si recibiera el parte por telégrafo.

Cumplidora fiel de las órdenes superiores (que en ello la iba un coscorrón), se resistía la china Enriqueta á franquearla la cancela; pero, fuera la insistencia de ella ó que la cegó el relampagueo del solitario, influyendo también el mismo atractivo supersticioso de la gente de teatro, la dejó entrar triunfante, que ya se le alcanzaba no venía de pedigüeña ó á armar bronca con tales arreos. ¡Y de qué manera se alegraron de verla misia Gorgonia y Tecla! ¡Con qué cariñosos achuchones la agradecieron el recuerdo de su visita en aquel trance amarguísimo! ¡Con qué afán de madre palpó misia Gorgonia la seda de su vestido y se extasió ante el magnífico broche!

—¡Ay, qué desdicha, Concepción! ¡Qué pillos! ¡El, él, que es el que me la ha perdido! No quiero ni nombrarlos, ni acordarme de ellos... Dime, hijita, ¿es fino?

Y qué respingo el de Concepción para

contestar que sí. ¡Vaya! De lo más fino y legítimo que el doctor Incógnito encontró en las joyerías. ¿Y el traje? De la misma madame Félix, de la calle de la Florida. ¿Y el sombrero? De ciento cincuenta nacionales. Se esponjaba para que la admiraran, hinchada de satisfacción de poder así aplastarlas con su riqueza presente; abanicándose con la presteza de un ventilador, intercalaba sentencias de mujer experimentada y previsoras.

—Ya lo decía yo... La ocasión hace al ladrón... Tenía que suceder... Ustedes estaban ciegas.

La señora de Ulrria, encandilada, la miraba con ternura, entre un suspiro y dos ayes. ¡Qué mona! ¡Qué graciosa! De todas sus hijas, era la más graciosa, la de mejor corazón, la que mayor afecto mostraba por su madre. Y no estaba tan gorda como la última vez... ¿Por qué escaseaba tanto sus visitas, que apenas se la veía de Pascuas á Ramos?

—Vén con más frecuencia, hija—dijo

ahogándose en suspiros,—ya nos arreglaremos con Fiorelli para que no ponga mala cara. Ahora, después de... eso, de lo pasado, no debe oponerse, él, que tan noblemente acaba de conducirse, renunciando á la denuncia, á la persecución.

Escurríanse sobre el tema vidrioso como quien pasa un barrizal, cuidadosamente. Tecla, algo distraída, dijo que ya sabían lo del piso del doctor Incógnito, con todos los etcéteras de lujo correspondientes. Y redobló Concepción su abaniqueo para contestar que eso era ya historia antigua; la novedad del día, el notición estupendo que las traía, bien calentito, recién salido del horno, como el *Hugo* más sabroso ó la más exquisita *Ultra*, era el de su casamiento.

¡Atiza! Casarse, ¿y con quién? Si el doctor Titito Incógnito estaba casado! ¡Bah! ¿Quién se acordaba ya de Titito? Una segunda intervención, más violenta y decisiva que la primera, de la impertinente de su mujer, provocó una segunda ruptura, más decisiva y violenta que la primera

también, coincidiendo este hecho, que nuevamente la exponía á la estrechez y á la miseria, con la muerte, ¡muerte providencial! de García Mayor. Muerto García Mayor, y enterrado, García Chico se había apresurado á ofrecerla su mano, en virtud de cierto chistoso contrato que tenían acordado, y á fin de año se celebraría la boda por la Iglesia y como Dios manda.

¿No conocían á entrambos Garcías? Dos amigos suyos, apasionados, riquísimos. El chico era el más rico; poseía dos *estancias* y seis casas; solterón, sin familia, con sesenta y cinco años... Una ganga, en suma.

Misia Gorgonia hizo varios pucheros y soltó el trapo á llorar. ¡Bendito sea Dios, que así consolaba su corazón de madre, con tanta crueldad herido! ¡Hay un Dios, sí, hay un Dios para los desgraciados!

Largamente hablaron sobre García Chico y sus generosos proyectos, como el de retirarla del teatro, celoso de que cantara la *Flor del seibo* para los demás; cerca del balcón abierto, en aquel cálido y perfuma-

do anocheecer de Diciembre bordaron los detalles del próximo acontecimiento, que sería en toda regla, hasta con viaje de novios. A Concepción la preocupaba el traje que llevaría en la ceremonia. ¿Blanco? ¿Negro? Tecla opinaba que debía ser negro, pero misia Gorgonia, olvidada ya de su hipar lastimoso, fué de parecer que debía ser blanco, con tul y azahares, porque una novia de luto resulta triste, y una novia sin azahares, no tratándose de viuda, da lugar á que la malicia se despache á su gusto. Ella misma iría á prenderla el velo... Con esto se la despertó el apetito (¡tres días llevaba sin probar bocado!), y aunque hacía poco se levantara de la mesa, mandó que trajeran mate y las consabidas pastas.

Cuando se marchó Concepción, entre abrazos y besos cariñosos, recibió Enriqueta la orden de no ponerla impedimento ninguno todas las veces que viniera; al contrario, que la hiciera pasar, muy comedida, estuvieran en casa ó no estuvieran. ¡No faltaría más! ¡La futura señora de García

Chico! ¡Tendría que ver que la picarona de la china la infligiera una *guarangada!*...

De esta visita de Concepción, bálsamo para la atribulada misia Gorgonia, no se enteró D. Paolo. Las costumbres matemáticas de D. Paolo permitían asegurar cuándo estaba arriba y á qué hora abajo; entre ocho y once de la noche estaba abajo; al sonar las ocho el reloj del patio, sus pasos graves acompañaban el toque por el corredor y la escalera, y se perdían fuera con la última campanada; al dar las once, el rumor de sus pasos se percibía con la primera campanada por la escalera, se acentuaba en el corredor y finalizaba ante su despacho. Si se contaran, quizá el número de sus pasos sería el mismo á las ocho, al bajar, que á las once, al subir, y todas las veces que bajaba y subía; exactitud mecánica tan conocida, que en la casa sabían la hora por el pasar de D. Paolo, como auguraban del tiempo por la visera.

Pues bien: Concepción fué á las ocho y cuarto, y se marchó á las nueve y media;

claro es que mal pudo verla D. Paolo. Pero, en un tris estuvo que la viera, porque aquella noche, 4 de Diciembre, fecha fatal en los anales de la fideería de Fiorelli, se descompuso el reloj (¡qué máquina no se descompone alguna vez!), y no el del patio, sino el viviente, el propio D. Paolo, que en lugar de subir á las once, según marcaba el horario de sus costumbres, subió á las diez menos cuarto...

Como bajar, bajó á las ocho en punto, señal de que marchaba bien la maquinaria, con pasos medidos y sonoros; salió á la calle, entró en el portalón de la fábrica, abrió el escritorio y dió luz, alegrándose los muros con el colorear de los carteles industriales: Tecla le sonrió, prisionera en su círculo de rosas, y el nombre de Hugo, entre dos grecas rojas y verdes, se destacó en el desgarramiento de sus cuatro letras negras, contrahechas, espatarradas; la *Exquisita*, una chula de mantón, sobre la ventana, le hizo muecas, y el gaucho de la *Ultra* le amenazó con su facón de acero.

En la mesa central de patas largas, los libros, cerrados, el de D. Benigno y el de Hugo, esperaban esta visita del patrón, que cada noche los recorría á solas, en aquellas horas dedicadas exclusivamente á la requisa, á la vigilancia del trabajo diario, lo mismo en el escritorio que en los talleres, en el secadero ó en los hornos, á comprobar cifras, á espulgar detalles; operaciones muy entretenidas todas, que terminaban á las diez y media, más bien minutos más que menos. Entre diez y media y once, el patrón departía con el viejo Francesco, quien, con su hija Carmelita, dormía en la fábrica, y con el obrero de guardia, Stella, Matías ó Pelitos, según los grados de la visera; que si ésta había descendido, no hablaba con nadie en esta media hora, y la empleaba toda entera en sus cavilaciones. Cogió el libro de Hugo D. Paolo y lo abrió por la página correspondiente al día, la última escrita con aquella malísima letra que no había manera de reformar; era un desquiciamiento

de las líneas, una inseguridad en los perfiles... Además, borrones, raspaduras, errores de sumas garrafales, de parvulillo. No, no, como escribiente, como empleado, el muchacho no servía para nada; todo lo hacía mal, todo lo estropeaba; antes estorbo para la buena marcha de la labor ofi-nesca, que ayuda eficiente; ¡diablo de *bambino* inútil!

En el escritorio silencioso resonó el ter-no de enfado, aquel *sacramento* del patrón, de apretado silabeo, que ponía en fuga tanto á Francesco, el viejo, como á la úl-tima embaladorcilla. Es decir, que, en re-sumidas cuentas, sería mejor quitarle el libro, arrojarlo del escritorio y destituirlo ignominiosamente, no pensar más en aquel sueño generoso: Fiorelli, el menor, sucesor suyo, al frente de la fábrica en plena pros-peridad, inventando fórmulas nuevas, po-seedor y explotador habilísimo del secreto profesional de la familia; la fábrica, hoy, mañana, caería en manos de Francesco ó de cualquier otro menos digno, y de su

frontis arrancado sería el apellido orgulloosamente inscrito sobre el ladrillo rojo, que él creyó plantar allí á perpetuidad.

Para que viniera luego el Sr. Landín con sus excusas oficiosas. ¿Qué diría de aquella letra, de aquel trasponer de columnas y enredar de guarismos? Un libro comercial no es un verbo que se recita de carretilla... ¡Buenos estarían también sus verbos! Pero ¿qué verbos, ni qué libros eran posibles con la vida que llevaba, de desorden, de escándalo, sin duda, peor que en los primeros tiempos de su intimidad con el granuja de Marquitos? ¡Si no paraba en casa! Si apenas se le veía, de soslayo, siempre huyendo el bulto, desviando la mirada, evitando la conversación, como criminal que esconde un delito ó traidor que lo maquina. En la cara, en su aire, en su conducta, algo había de anormal. ¡Verbos! ¡Libros! Sí, sí. ¡Qué dolor de *bambino*! ¡Y pensar que él, él mismo, lo trajo y lo metió en la cloaca de arriba!

Cerró el libro D. Paolo con desesperado

ademán, soltando un nuevo ¡sacramento! que hizo sonreír á Tecla, á la chula y al gaucho. Y de súbito, como puñalada de pícaro, sintió en la vesícula biliar el punzar doloroso, precursor del ataque al hígado, como el de marras: se llevó las manos al estómago, muy pálido. ¿Otra vez? Él, el coloso vencido por la enfermedad, preso en la cama quince días, un mes, sabe Dios cuántos días, cuántos meses! Porque la reproducción del ataque significaba que la maldita víscera andaba como la mona. El médico le había dicho:

—En cuanto sienta usted la punzadita, toma una píldora de éstas, de media en media hora.

Las píldoras estaban arriba; quizá no estaban en ninguna parte, tiradas al vertedero, en la satisfacción de la mejoría. ¿No sería también un preludio sin consecuencia, como otros, pasajeros? No, el dolor apretaba, se agudizaba, hincando la puntita de alfiler en las entrañas. Tembloroso, don Paolo, se arrastró hasta el sillón y se echó

en él, de bruces sobre la mesa. No llamaría, no subiría por las píldoras sino en el último trance.

Retorciéndose, una punzada más atroz le hirió á mansalva: aquella idea del primer ataque, idea espantosa, sospecha indigna, esto, esto... ¿No le darían las de arriba algún bebedizo infernal?...

La frialdad de Tecla, aquella negativa suya, extraña, á aceptar lo que precisamente era remache del clavo de su unión recíproca, último cartucho de su honor que él vergonzosamente la ofreciera y que ella no quiso... ¿Por qué no lo quiso? ¿Por qué no aceptó legalizar la situación, si legalizar la situación era perpetuar el disfrute de la fortuna? ¿No le darían algo?... ¿Por qué, para qué?

El dolor, fuera de filtro nocivo ó de enfermizo achaque, no daba tregua, en momento tal, á psicologías y disputas mentales, más hondo cada vez; no era ya alfiler, era garra feroz. Sudaba D. Paolo, se retorció... Nada, que había que subir por las

píldoras, entregarse en manos de las mujeres para que lo mataran impunemente, si tenían dispuesto matarlo.

Y se levantó con tambaleos de borracho, salió al patio, al zaguán, á la calle, pegándose á las paredes, encorvado, mascando el dolor, como el espartano que escondía el zorro bajo el manto y se dejaba lacerar el vientre. Pudo llamar á Francesco ó al obrero de guardia, y no quiso, por no alborotar como la otra vez; arriba tomaría su pildorita y se tumbaría en la cama. Pegado á las paredes, pegado á la verja, llegó al portal, y casi á gatas subió la escalera, con trasudores mortales; la de Jacob, si hay que subirla para ir al cielo, no costará tanto cual á D. Paolo costó trasponer la suya; arriba ¡al fin! abrió la cancela con su llavín, y fué otro triunfo de su voluntad, en lucha con el dolor, encontrar el llavín en el bolsillo y el agujero en la cerradura... Siguió arrastrándose por el corredor sin ruido, sin que aquellos pasos sonoros, tan conocidos en la casa, le acompañaran, y se escurrió

en su despacho; encima de la mesa, entre los papeles perdidos, estaba la cajita de cartón, milagrosa panacea, hacia la que alargó la mano ansiosamente. Puso toda su alma en el absorber y el deglutir del microscópico grano negruzco, y esperó, abandonado en un sillón, el efecto saludable.

Si á la media hora no se producía, tragaría otro más, y otro, hasta tres, de media en media hora. Solo, en el recogimiento del silencio, esperaba, espiaba... Y le pareció que, poco á poco, la revolución interior empezaba á calmarse, que el calor volvía á las extremidades y el dolor se apaciguaba lentamente.

¿No sería mejor acostarse, y en el reposo del lecho afirmar la mejoría iniciada? Probó á levantarse, y lo hizo ya con algún desembarazo; cogió entonces la cajita benéfica, y armado de ella como de un exorcismo contra el mal, pasó á la alcoba, y todo fué entrar en la alcoba y quedarse parado, clavado de sorpresa.

Hay que decir que con la alcoba de don Paolo comunicaba la de Tecla, y que en aquel terrible instante, aun cerrada la puerta de Tecla, se oía hablar quedo á Tecla y á otra persona, que no era misia Gorgonia, ni Marieta, ni Enriqueta, porque gastaba voz de hombre, voz dulce, sin embargo, voz conocida, á la que el dialecto patrio había prestado dejos de caricia melódica, tan conocida de D. Paolo, que no le quedó duda que quien estaba en el cuarto de Tecla, y con ella mantenía secreto parloteo, era el *fratello*, el *bambino*, Hugo.

¡Hugo en la alcoba de Tecla á aquella hora! ¡Hugo hablando con Tecla en el misterio de la noche y de su alcoba! Con el impulso de toda su corpulencia, se arrojó D. Paolo contra la puerta, y abrió de golpe las batientes...

En el sofá, tan cerca uno de otro, que uno en el otro se fundían, estaban Tecla y Hugo, fundidas las manos, fundidas las bocas, fundidas las almas pecadoras. No se veía á sus pies el libro que á la clásica pa-

reja dantesca sirvió de galeoto y de excusa, y cuya lectura suspendieron para cambiar amorosamente el *baccio tremante*, que repercute en los siglos; los dos en el sofá, en el abandono de la pasión y del peligro.

Al golpetazo violento y la aparición repentina, ambos culpables, con la cobardía del instinto, se separaron para huir, Tecla cubierta la cara con las manos, Hugo volviendo la suya enrojecida por el baldón de su infamia; pero, la puerta opuesta estaba cerrada, cerrada por ellos mismos en garantía de la impunidad, y quedaron contra ella expuestos á la vergüenza, humillados, temblorosos, mudos. En medio de la habitación, la colosal figura de D. Paolo parecía tocar el techo.

—¡Paolo!—suplicó Tecla.

—¡Mátame, *fratello*!—exclamó Hugo.

D. Paolo no llevaba armas; no tenía otras armas que sus manos, enormes y velludas. Podía con ellas estrangularlos, en un solo apretón supremo y justiciero. Las alzó, rabiosas de castigar, de vengarse... y

las dejó caer, respirando con fuerza, como el toro herido de muerte. No dijo nada. A reculones salió de la alcoba, lentamente, con lentitud hipnótica.

—¡Paolo!—sollozó Tecla.

—¡Mátame, mátame, *fratello!*—repitió Hugo.

D. Paolo cerró la puerta y echó la llave. Por un instante permaneció en el despacho, junto á la mesa, como atolondrado ó indeciso, mirando la cajita de píldoras que en la mano conservaba aún, inútil panacea, que si había aliviado su mal físico, de aquel moral, irremediable, que con mayor ímpetu y alevosía le había atacado, no le curaría nunca. Sentóse, abatido; dió unos pasos luego, perplejo. Un instante, nada más, se mantuvo así; porque en seguida, con brusca resolución, descompuesta la cara, extraviados los ojos, tiró del cajón de la mesa, tantas veces violado, y sacó de él cuanto papel y billete encerraba, muchos papeles, muchos billetes; escogió los billetes y los guardó en su cartera; rompió

los papeles, escribió dos sobres, que no dos cartas, pues dentro de los sobres nada puso, y los cerró vacíos, todo con prisa, como el que dispone un viaje, un largo viaje. Luego llamó á Enriqueta, con dos toques de timbre enérgicos. Vino la china, adormilada, y la mandó que llevara aquella carta á Belgrano... Salió la china, y con un toque de timbre más enérgico llamó á Marieta, á quien entregó la otra carta para Flores... Inmediatamente, con toda urgencia.

Esperó que saliera, olvidado ya de su mal hepático, ó porque el granulillo dominó el acceso, ó porque la impresión horrible de lo descubierto, como mal mayor, suprimió al otro. Pasó primero Enriqueta, luego Marieta, por el corredor, cada una á cumplir su comisión lejana, asustadas, sin duda, de la cara del amo; y cuando escuchó el último portazo de la cancela, salió, á su vez, y cerró con llave la puerta del despacho, y con llave también la cancela, y con llave la de abajo, la de la calle, tumba de vivos, que tapiara implacable, rato-

nera humana preparada para la expiación.

Abajo, en el escritorio de la fábrica, la luz ardía aún, y hacía sonreír á Tecla en su marco de rosas y resaltar el negro y caprichoso letrero de Hugo; los dos sobre la pared como en la picota de su villanía, unidos en la complicidad del espantoso engaño del protector y del padre, há poco soberanos, en el contar de un minuto caídos y despreciados. Era la misma de toda la vida la sonrisa de Tecla, Tecla la pálida, la fría, la corruptora, mecánico estiramiento de los labios delgadísimos. ¿Cómo no lo descubrió antes? ¿Cómo no lo sospechó? Y el taimado del hermanito, el de los borrones y raspaduras, el ahijado del tío Girólamo, el corrompido, el ingrato, el traidor... Levantó de nuevo sus puños el mísero engañado, descargando sobre el propio pecho tremendo golpe. ¡Él, él solo, el culpable, el ciego, el imbécil!

Con resolución igual, tan violenta, se dirigió á la caja de hierro, puso en juego los

resortes y sacó cuanto documento y billete encerraba, rompiendo unos, distribuyendo otros en sobres pequeños, que guardó en un sobre más grande; luego escribió cortos renglones, con igual prisa que arriba. Terrible era el aspecto de D. Paolo: apoplético, sudando, resoplando, se esforzaba en aquellos preparativos extraños, cual si el tiempo pudiera ser obstáculo á su plan de venganza; plan concebido á la luz del relámpago que había iluminado la situación, de destruir su obra, la fábrica, de destruir la familia funesta, de destruirlo todo y de destruirse él mismo. Sansón justiciero. Figurábase á los culpables, cogidos en la trampa de arriba, aterrados, sin osar gritar, sin poder salir, sin lograr separarse, porque gritar era descubrirse, delatarse, y salir y separarse, era tener francas las puertas; juntos en el mismo calabozo, en la misma sepultura... Figurábase también á la Ulrria vieja, la celestina tragona y odiosa, cómplice quizá de la hija en la traición que tantas cosas explicaba, autorizando su sospecha horri-

ble del bebedizo, figurábasela correr, vociferar, revolverse frenética, cual fiera enloquecida... Y figurábase su obra, su fábrica, deshecha, pulverizada, pesando sobre su cadáver como lápida piadosa.

La fatalidad lo quería así. Otros habían destruído su vida; él destruía su obra y destruía á los otros, explosión de añejos rencores y actuales agravios, cristalización probable de una idea alimentada por amargores pasados.

El tiempo urgía. Para lo que meditaba D. Paolo, corría más de prisa que su mano escribiendo y rasgando, apartando y distribuyendo papeles. Cuando hubo concluído, salió al patio con el sobre grande. Mensajero de la muerte, no temblaba el sobre en su mano. Parecía extraviado don Paolo, en su labor de impulsivo que sólo ve el fin resuelto. Con agitación y apuro anheloso, buscó al obrero de guardia. El obrero de guardia aquella noche era Pelitos, al que encontró en uno de los talleres, delante de una mesilla engolfado en sus di-

bujos, que sabido es que al hombre tiraba más el arte que el pasteleo.

Aunque el patrón no cubría su cabeza con la barométrica gorra de visera, esto mismo y su mirar sorprendió á Pelitos.

—¿Está Francesco? — preguntó Fiorelli.

—No señor, salió á dar una vuelta.

—¿Con Carmelita?

—Sí señor, con Carmelita.

—¿No queda nadie en la fábrica?

—No señor, nadie.

—¿Seguramente?

—Nadie, señor.

—Toma esta carta y la llevas en seguida al señor Landín, calle de Entre-Ríos. Esperas la respuesta. Llévala con cuidado, que contiene dinero, mucho dinero.

—No haya cuidado, señor—contestó Pelitos, recibiendo el precioso sobre con gravedad.

Y durante el corto espacio que tardó en recoger su chaqueta y su sombrero, don Paolo le hostigaba con sus prisas extrañas.

—Anda, hijo mío, que es urgente...  
Anda, anda.

Con él atravesó el patio, empujándole casi y en el portal le estrechó la mano, aquella mano de obrero, noble compañera suya en el trabajo de tantos años.

—Anda, hijo, anda—repetía D. Paolo.

Volvíase Pelitos sorprendido, y vió que cerraba el portalón y oyó que echaba por dentro la barra de seguridad...

¿Nadie en la fábrica? Tenía que averiguarlo D. Paolo. Como había alejado á Marieta, á Enriqueta y á Pelitos, debía alejar á todo sér inocente de la culpa de los otros. Implacable juez, no admitía su conciencia que la cuenta de los pecadores la pagaran inocentes. Y buscó en cada taller, bajó á los hornos, por si algún obrero, contra la costumbre, permanecía en la fábrica... Nadie, nadie.

Subía de los hornos D. Paolo, cuando oyó mayar á Falucho. Era, sin duda, Falucho, el gato negro querido de todos, el más modesto de los obreros y el amigo

suyo que, en sus horas de preocupación, solía saltar sobre sus rodillas y distraerlo y acompañarlo. Lo cogió con mimo y diciéndole cosas que oídos humanos no merecían escuchar, lo llevó hasta el portal, abrió, para depositarlo en la acera, y, como á Pelitos, lo empujó, despidiéndolo:

—Anda, hijo mío, anda.

Corrió de nuevo la barra. ¡Nadie! ¡Solo ya! Dió un resoplido más fuerte, de alivio, de contento, feroz y en dos saltos cruzó el patio, entró en el secadero, y del escondido rincón de un estante retiró una lata de galletitas *Tecla*, tan pesada, que seguramente no eran pastas lo que contenía, como la *Tecla* de arriba engañaba con la bonita cara y tenía podrida el alma. Cargó con la susodicha lata D. Paolo, y, una vez de nuevo en el patio, vertió el contenido, petróleo puro, al pie de la ventana de los presos, y con petróleo roció las cuatro paredes macizas; luego, con la tranquilidad del que va á encender un cigarro, sacó una cerilla, la prendió y arrojóla sobre el

líquido... La primera llamita, verde, azul y rosa, culebrilla de fuego, se deslizó por el muro, llamó á otras más rojas, se mezcló á ellas, y en retorcido abrazo subieron varias, subieron muchas, crecieron, se multiplicaron, danzaron en torno del patio infernal zarabanda.

Otra vez cargó con el bidón D. Paolo, y en cada taller, en cada objeto, en cada ángulo, mientras quedó una gota de petróleo, fué vertiéndolo y encendiéndolo. Para que no quedaran de ellos, los miserables, ni el polvo de sus cenizas, y aquella fábrica, que creó de la nada, no pudiera servir jamás de pan y de albergue al *bambino* infame, que él cuidó y halagó con ternuras de padre. ¡Para que con él pereciera el familión nefasto, y todo acabara en un derrumbamiento formidable, sus amores y sus odios, sus trabajos y sus penas!

Las llamas rodeaban á D. Paolo; de todas partes brotaban voraces al conjuro de la cerilla incendiaria, azules, amarillas, rojas y verdes; le seguían sumisas, le acom-

pañaban alegres, y D. Paolo sonreía, por la primera vez de su triste vida sonreía, de placer neroniano, ante el espectáculo de su fábrica ardiendo, convertida en colosal brasero, en el que la gentuza de arriba se achicharraba gustosamente.

Sonreía D. Paolo, y de taller en taller iba invocando al fuego, dios terrible é inhumano, que, envuelto en negra nube, allí donde él lo llamaba acudía obediente. Así comenzó á arder el secadero y los hornos y el taller de embalaje, y ardió todo, desde un cabo hasta el otro, primero con llamitas tímidas á ras del suelo, luego con espantosas llamaradas que lamían los techos. Empujado por el humo, perseguido por el hálito ardiente del monstruo, tornó al patio D. Paolo, y vió cómo el patio entero era una hoguera, bañado en ígneo resplandor, y cómo allí arriba, en las ventanas, trepaban ya las culebrillas vengadoras, silbando. Crujían las maderas, estallaban los cristales, y una lluvia de chispas caía del cielo y se esparcía en redor.

Y vió también D. Paolo, asomadas á una de las ventanas, petrificadas por el terror, dilatados los ojos por el espanto y las bocas, las mismas bocas que hacía poco se fundían en un beso criminal, abiertas en angustioso grito de socorro, las dos cabezas de los culpables, Hugo y Tecla, que no podían escapar de la trampa en que habían caído, que no podían escapar, rodeados, sitiados, acorralados por el fuego invasor, como en el purgatorio las almas pecadoras. Les vió que hacia él tendían, suplicantes, los brazos, y alzarlos y retorcerlos desesperados, y oyó que lo llamaban, que lo solicitaban llorosos, con gritos ya de auxilio, ya de perdón.

En medio del patio, D. Paolo, indemne, porque allí el fuego no llegaría hasta el último momento, los miraba, sonriendo imperturbable. ¡Quemaros, tostaros, almas villanas! Él era el que lo había hecho, él, sí, sí, él, el incendiario, que así se vengaba de vuestra ingratitud y de vuestra infamia. ¿Qué daño os causó? ¿Por qué le engañas-

teis? Morir, pues, como viles, de la más horrible muerte. Justo es que perezcan por el fuego quienes en el fuego del amor culpable se dejaron prender. ¡Qué placer, qué placer inefable veros así tostar lentamente y que gritáis, lloráis, suplicáis, y él, el ofendido, el vengador, no os escucha, no quiere escucharos, y se ríe de vuestras lágrimas y se mofa de vuestras muecas!

Los dos desdichados se quitaron de la ventana, y D. Paolo oyó que golpeaban en las puertas, que corrían buscando la salida, sin duda del lado del cuarto que fué de Parmenia, y que ellos mismos cerraron; pero aunque pasaran al cuarto de Parmenia, éste no tenía más salida que la del corredor, y la llave de la puerta del corredor, como todas las demás, D. Paolo cuidó de echarla y así, no por agrandar la trampa, menos cogidos estaban. Daban, pues, golpes y gritos los sin ventura, y á estos golpes y gritos contestaban otros tan recios, tan desesperados, verdaderos aullidos de lobo en su guarida, los de misia Gorgo-

nia en el fondo de la casa y por el corredor, único espacio libre que dejara la terrible premeditación de D. Paolo.

Del lado del corredor ella, y ellos de la parte de adentro forcejeaban despavoridos, y sus lamentos se mezclaban en un coro de alarma indecible, imponderable. Cansados de gritar y de golpear, volvían á la ventana Tecla y Hugo, en cuyo inflamado marco veía D. Paolo sus dos siluetas trágicas vestirse de resplandores, y en el duelo á muerte en que se hallaban pugnaban por arrojar al patio, y no se arrojaban, porque las llamas eran tan altas, que no les permitían acercarse siquiera, y el humo tan denso, que, al fin, no los vió más D. Paolo.

Pero, sí les oía, seguía oyéndoles en su pelea angustiosa por la vida, y los alaridos de misia Gorgonia, junto con el tropel de fuera, el barrio entero que acudía y el escuadrón de bomberos y el rodar de las máquinas de agua salvadora. ¡Salvarse! ¿Lograrían salvarse los infames? ¿Se salvaría también la bruja? ¡Ah! no, antes subiría,

probaría á subir para atraparlos y arrojarlos dentro de la hoguera. En aquella caza, de gato tras el ratón, gozaría deliciosamente, y el refinamiento de su venganza sería mayor. ¡Qué gusto apoderarse del pícaro *bambino*, escondido en algún agujero, muertecito de susto! y ¡zás! sumergirlo entre las llamas y contemplar cómo desaparecía, miserable arista en un segundo devorada, y la otra y la vieja, todos tres arrastrados y pulverizados en un cerrar de ojos. ¡Salvarse! ¡Ah! no. ¡Salvarse ellos y morir él y quemarse hasta los cimientos su fábrica, su querida fábrica! ¿Sería esto justo? ¡Ah! no, ¡ah! no.

Fué por una escalera de mano D. Paolo. No les oía ya á los otros. Tal vez forzaron alguna puerta, ó los bomberos, los malditos asaltantes de casco reluciente, la forzaron y pusieronles en salvo. Sabía D. Paolo que la tal escalera estaba en el mismo taller donde Pelitos dibujaba. Al entrar para darle el fúnebre recado, la vió arrimada á la pared. Era tan larga, que sin duda

alcanzaría al primer piso, y precisamente por el lado del reloj el incendio no cundía, y encima del reloj abría un ventanuco por el que fácilmente podía él colarse.

Pero, ¿estaría aún la escalera arrimada á la pared, respetada por el fuego? De todas suertes, para llegar hasta ella tenía que atravesar un torrente abrasador, y lo atravesó chamuscándose los pelos y la ropa... Creyó no poder llegar al taller, ahogado por el humo; caían sobre él los tizones encendidos, y él los apartaba con el pie ó con un movimiento de los hombros poderosos. El taller ardía como si fuera de cañas, y de la escalera toda la parte superior, enhiesta, sin embargo, todavía y ofreciéndole sus tramos para el intento justiciero que soñaba.

La cogió D. Paolo, apagó con las propias manos el extremo quemado, sin quemarse, cual si le asistiera extraño privilegio, y cargando con ella se escurrió ágilmente, y á duras penas pudo arribar al patio, entre el estruendo de las voces, de las

campanadas y de las mangas; la colocó junto al reloj, y vió que llegaba precisamente al ventanuco, y subió, comenzó á subir, de dos en dos tramos, primero; luego de uno en uno, porque por ambos extremos, por arriba y por abajo, la escalera empezó á arder, y al mismo tiempo por el ventanuco salieron rojizas lenguas amenazadoras, de misterioso dragón encargado de guardar á los culpables. Mas ni las lengüecillas que subían tras él, ni las que arriba le esperaban le arredraron, y continuó ascendiendo valerosamente, más resuelto que nunca, despreciador de la muerte.

Subía, pues, D. Paolo pisando los tramos ardiendo, y ya alcanzaba al ventanuco, cuando el chorro formidable de una manga casi lo derribó, y otros más de los muchos que desde los techos y en plateado haz lanzaban sobre el patio hicieron que tambaleara y obligáronle á agarrarse de la fantástica escalera, que si no se agarra cae y se desnucan. Eran los bomberos, los del casco reluciente, dominadores ya de las al-

turas, salvadores quizás de los culpables.

De rabia, de convulsiva desesperación, se revolvió D. Paolo. Sobre él, encima del reloj, apareció danzando una cuerda, el cabo piadoso que le echaban, tal vez el mismo al que se asieron los otros para salvarse.

Con violenta negativa de la cabeza cólera, lo rechazó D. Paolo, y abriendo los brazos dejóse caer entre las llamas cuyo furor él mismo había desatado, á tiempo que las paredes se derrumbaban y parecía hundirse en el abismo la fábrica entera.

---

## X

No hay mucho trecho de la calle de Centro-América á la de Entre-Ríos, si se atiende á la ubicación de ambas; pero si de la fábrica de Fiorelli ha de irse á casa del señor Landín, hay que andar sus buenas *cuadras*, por hallarse la una al final de la numeración y la otra al comienzo, y ser las dos calles supradichas de las más largas; que en la capital bonaerense todo es desmesurado y muestra alardes de grandeza.

Asimismo, con tener que recorrer camino tan dilatado, lo traspuso Pelitos sobre sus dos pies en menor tiempo, ó al menos (para que no parezca exageración de bulto) en igual tiempo que un automóvil; y el

comparar al que va de prisa con un coche que corre mucho, no es metáfora de mayor cuantía, ya que uno y otro se mueven solos ó á sí mismo se mueven, según la traducción griega, que ofrece el gran D. Benigno, del nombre propio de estos modernísimos y vertiginosos vehículos.

El que Pelitos anduviera con presteza tal, á pesar del calor y de la distancia, debía á que se daba exacta cuenta de la gravedad de la comisión encomendada. En aquel sobre llevaba algo más que dinero: se encerraba el misterio adivinado en la extraña cara del patrón al entregárselo, en su inquietud febril y en la despedida, apretándole la mano en el portal como amigo á quien no se volverá á ver. Estas efusiones de su parte, en hombre que sólo dejaba traslucir sus cóleras y su malhumor y de otra clase de sentimientos, con sus subordinados sobre todo, si en los hechos era generoso, y lo demostraba, en los dichos, de mantenerlos, los escondía, parecíanle á Pelitos muy raras y alarmantes.

Algo le pasaba al patrón, algo iba á ocurrir en la fábrica. Por eso cuanto más pronto llevara al señor Landín el parte, más pronto se sabría lo pasado y quizá se evitara lo que iba á ocurrir.

Llegó Pelitos bastante cansado, y apenas despegó los labios para saludar en el patio á misia Eustaquia, encontrando al maestro y Luisita, de sobremesa, en la sabrosa tarea de cada noche, la de encasillar *granos* y *gorgojos*, según los méritos y las culpas de los reos, sorprendidos en el día por esta pareja de severos corchetes del lenguaje; y se alarmó D. Benigno, en seguida que el rizado y enaceitado mechón del obrero apareció en la sala.

—¿Qué hay, Rodríguez?—preguntó levantándose y llamándole por su nombre, cual correspondía á tan quisquilloso filólogo.

Dió las buenas noches muy cortésmente Pelitos, y presentó la carta de D. Paolo.

—Hay esto—dijo,—que me ha mandado el patrón que entregara á usted, y mu-

chas cosas que yo me malicio que pasan ó que están pasando en la fábrica.

—¿Y qué es esto y qué cosas son esas?— exclamó el maestro.

Luisa cogió el pesado sobre y se lo alargó al padre, mientras Pelitos reponía vivamente:

—Esto es dinero. Así el mismo patrón me lo ha dicho. ¡Viera usted, señor Landín, con qué cara! No la de todos los días, la de la visera calada, sino una más descompuesta, más desconocida... Y lo que pasa ó está pasando, ahí *drento* se sabrá.

—Dentro, dentro—corrigió el dómine en seguida, que, si á mano tiene la gramática, con ella amenaza al desenvuelto ignorantón.—Vamos á ver, Rodríguez, qué carta de negro me traes.

—Si no es secreto—advirtió la hormiguita,—léala usted fuerte, padre, porque las noticias de Rodríguez son para inquietar á cualquiera, y más á tan buenos amigos como nosotros del excelente señor Fiorrelli.

Con algún recelo y bastante parsimonia abrió el sobre D. Benigno, y de él sacó billetes de Banco, muy dobladitos, hasta diez bien contados, un giro y una carta; y mientras desembuchaba el sobre su contenido, pensaba el de Burgos si alguna conexión tendría todo aquello y las sospechosas noticias de Pelitos con sus confidencias indiscretas del puerto, tres noches antes. ¿Habría armado un belén el joven Hugo?

Demudóse súbitamente, y se cubrió de frío sudor toda su calva. Por el portillo, pasadizo de ironías y pedagógicas sentencias, salieron interjecciones mal disimuladas, y una más gruesa cuando leyó el primer párrafo de la carta de D. Paolo... Miró á Luisa D. Benigno, á Pelitos y, por último, á Ruiz Zorrilla, su ídolo, á quien pareció pedir inspiración en aquel trance.

Luisa y Pelitos, sin hablar, porque el aspecto del maestro excusaba de toda pregunta, se miraron á su vez y miraron á D. Benigno. Se oyó el tictac del cuco en medio del silencio. Y, respirando con tra-

bajo, blandiendo la carta en la diestra, disparó D. Benigno estas palabras:

—¡Qué atrocidad!... Es preciso ir en seguida. Quizá lleguemos á tiempo. Lo evitaremos... Debemos evitarlo.

—¿El qué, padre?—preguntó Luisa.—  
¿Qué pasa?

—¿Qué pasa?—vociferó el maestro.—  
Sabes, hija; sabe usted, Rodríguez... ¡Que está ardiendo la fábrica! ¡Que Fiorelli ha pegado fuego á la fábrica!

Pelitos y Luisa dieron el mismo grito, de sorpresa y espanto.

—¡La *pucha!* — exclamó Pelitos. — Y maldita sea mi abuela y el patrón y toda su casta. ¡Prender fuego á la fábrica! ¿Por qué? No lo decía yo... ¡Si está más loco que un cascabel! ¡Si no podía acabar en nada bueno! ¡Por qué no me lo avisó que iba á hacer esa barbaridad, y habría tenido yo tiempo de sacar del taller mi *tirador* con cuatrocientos cuarenta y dos pesos! ¡Ay, pesitos de mi alma! ¡Y qué suerte la mía!

—Pero, ¿dice eso en la carta?—inquirió

Luisa,—ó lo ha deducido usted, padre, de alguna frase incoherente...

—Lo dice, hija, y con todas sus letras. Verás. Con una claridad, con una coherencia que excluye toda idea de locura... Cállese usted, Rodríguez, y no me atolondre más de lo que estoy. Dice así la carta...

D. Benigno leyó:

—«Mi querido Sr. Landín: Por razones que ni á usted, ni á nadie, le importan, esta noche prenderé fuego á la fábrica, y moriré entre sus escombros, con todas las personas que se dicen ó son parientas mías y viven en mi compañía. Las razones que me impulsan á cometer este acto que, sin duda, será condenado por usted y por cuantos ignoran la verdad, son exclusivamente íntimas; no son económicas, y esto usted lo sabe mejor que nadie, puesto que ha manejado mis libros. Ni mis negocios andan mal, sino todo lo contrario, ni tengo que cobrar ningún seguro, que si tuviera que cobrarlo, no habría resuelto morir...»

—Como ven ustedes—interrumpió el maestro,—esto no es obra de loco.

—Hay locos que razonan muy bien sus disparates—arguyó la hormiguita.—Siga usted, padre, si es que hay más.

—Sí hay, y es como sigue...

D. Benigno continuó leyendo:

—«En estas circunstancias, he pensado en usted, mi querido Sr. Landín, que no me negará su concurso amistoso y compasivo para cumplir mis últimas voluntades. Quiero que lo que quede de mi fábrica (el terreno quedará, por lo menos, aun quemándose toda) se reparta equitativamente entre todos mis obreros. Quiero que usted acepte ese giro por cinco mil doscientos cincuenta y cuatro pesos, saldo de mi cuenta corriente en el Banco italiano, para editar su gran obra *Granos y gorgojos del idioma nacional*. Quiero que la señorita Luisa, su hija, á quien tanto admiro, acepte esos cinco mil pesos en billetes, para adquirir la escuela de ese D. Quico, asunto de que usted me ha hablado muchas veces, y pueda

así desarrollar su noble programa de enseñanza feminista. No dejo deudas. Dios, que yo sepa, es mi único acreedor, y por esto encargo á usted que mande decir por mi alma unas misas, que yo creo en Dios y en sus santos. Él guarde á usted, querido amigo, y perdone á su desgraciado compañero, *Fiorelli Paolo*.»

Atónitos quedaron los tres con la lectura de esta carta, y hasta Pelitos se olvidó de su *tirador*; pero, se rehicieron bien pronto, y sin pararse á comentar las cláusulas favorables ni el enigma que entrañaba, dispusieron marchar en seguida, volar en seguida á la fábrica, por si aún era tiempo de evitar el espantoso cataclismo. Luisa se puso el velillo de sus caminatas diarias, y salieron los tres, atropellándose: en la escalerilla encontraron al *Gavilancín*, que subía por la lección, y se le despidió, de lo que él se placería más que si le dieran un dulce.

En el primer trecho del camino, no hablaron, embargados por suceso tan extra-

ordinario; Luisa, marcando sus zancadas masculinas y braceando con decisión, contoneando Pelitos su talle como una palma, y D. Benigno, más cabizbajo que si llevara una piedra sobre la nuca. Porque á él no se le despegaba la idea de que barbaridad tamaña era el resultado desastroso de sus revelaciones; sin duda, Huguito reprochó á D. Paolo ofendido, ó dejó la casa indignado, después de una escena á brazo partido, y esto, en el estado de salud y de ánimo del patrón, amargado por sus disgustos y por las mujeres de arriba, determinó su decisión terrible. Le alcanzaba, pues, á él una responsabilidad muy grande, y moralmente era el causante, el instigador involuntario, el... el...

—No me cabe en la cabeza—dijo Pelitos—lo de quemar la fábrica, y quemar á los de arriba y quemarse él mismo. Que los de arriba merecen un cohete en la cola, ¿quién lo duda? Pero D. Hugo, ¡y la fábrica! Además, el que no está bien con la vida, se pega un tiro, y andando; pero no

lleva tras sí contra su gusto á los demás. ¡Desgraciado patrón! ¡La Virgen de Luján le valga!

—En este drama hay un misterio—apuntó la hormiguita,—y aunque hemos llegado al último acto, no se despejará para nosotros, los espectadores. ¿Qué será? ¿Qué no será? ¿Por qué habrá sido? Los actores sólo pueden contestar... Si supiera llorar, derramaría lágrimas muy sinceras por el noble, por el generoso señor Fiorelli. Pero más que las lágrimas, síntoma de debilidad de alma, vale este deseo ardiente mío, nuestro, ¿verdad, padre? ¿verdad, Rodríguez? de llegar pronto y de que no sea cierto lo de la carta, y encontremos sano al señor Fiorelli y salva á la fábrica... ¿Ve usted humo, padre? A la altura que estamos podíamos ya ver algo, si el incendio se ha declarado.

—Yo no veo nada—contestó á medias D. Benigno, que, en efecto, no veía nada más que las losas de la acera y la procesión de dentro.

—Yo tampoco—dijo Pelitos.—Quiera Dios que nada veamos ó quedemos ciegos por no verlo.

Les extrañaba, realmente, no distinguir ni humareda ni resplandor, y no encontrar á su paso el movimiento, la agitación, el estrépito de los bomberos, cuanto más á la fábrica se acercaban. Al contrario. Cuanto más se acercaban á la fábrica, como más alejada del núcleo bullanguero de la ciudad, era mayor la tranquilidad y el silencio mayor. Tal vez no había estallado el incendio todavía; tal vez, D. Paolo lo pensó mejor y se arrepintió de su criminal intento; tal vez todo quedaría reducido á un susto y un sofocón.

—¡Ojalá!—pensaba Luisa.

—¡Ojalá!—pensaba D. Benigno, aligerándose del peso de su piedra.

—¡Ojalá!—pensaba Pelitos, recordando su *tirador*.

Tan á carrera tendida iban, que poco tardaron en dar con la esquina de la fábrica... Pues nada; ahí se estaba tan erguida,

tan colosal, sin que por un solo resquicio de sus baldosines asomara punta de llama ni grande ni pequeña, ni en toda su fachada apareciera señal alguna de que en su recinto se desarrollara el drama espeluznante anunciado por el cartel de D. Paolo. Todo cerrado, todo á obscuras, todo en paz; el cañón gigantesco de su chimenea enarbolaba en la cima el pendón negro del trabajo, como un trofeo, el humeante penacho, que era su corona y su fuerza.

Alegráronse mucho los tres al descubrirla así indemne y en pie, respiraron con libertad, y Pelitos arrojó en alto el sombrero, en signo de albricias mutuas.

—Que la fábrica está en salvo no hay duda—dijo Luisa;—ahora vamos á ver si está sano el señor Fiorelli.

De nuevo se les oprimió el resuello con la oportuna observación de la hormiguita, y fueron aproximándose con recelo. Porque, efectivamente, podían haber llegado antes del incendio. Pero ¿cómo y en qué estado encontrarían á D. Paolo? ¿Loco? ¿Muerto?

— Llamaremos aquí — observó Pelitos;—él quedó solo en la fábrica y cerró por dentro, cuando me despidió y preparaba su locura. Ó nos abrirá él ó Francesco, si ha vuelto de paseo.

Y dió tres golpes en el portalón y apretó el botón eléctrico, y, aplicando los labios á la cerradura, gritó:—Señor Francesco... señor Fiorelli...—sin que nadie le contestara ninguna de las veces, repetidas y multiplicadas. D. Benigno, con su bastón de cuerno, pegó unos golpecitos en la ventana del escritorio... Lo singular era que la ventana del escritorio tenía luz. Alguien había dentro. ¿D. Paolo? ¿Francesco? ¿Quién? Y si era D. Paolo ó Francesco ó los dos, ¿por qué no contestaban, si ninguno pasaba por sordo?

—¿Puede usted trepar á la reja, Rodríguez?—pregantó D. Benigno,—y ¿mirar dentro? Yo lo haría, si mis años me lo permitieran.

—Si Rodríguez no puede, probaré yo—ofreció resueltamente Luisa.

—¿No he de poder, señorita?—respondió herido en su amor propio el mozo.—Apartarse, que allá voy.

Era bastante alta la reja, y, sin embargo, de un salto, el obrero se puso de rodillas sobre el alféizar, y agarrado á los barrotes, miró por los cristales.

Abajo, el maestro y la hormiguita, estirados los cuellos, palpitantes, esperaban.

—¿Qué ve usted, Rodríguez?—preguntaron ansiosos.

—Que no hay nadie—contestó Pelitos,—muchos papeles rotos sobre su mesa de usted, en la del patrón y en el suelo; la caja de fierro, abierta...

¡Abierta la caja! ¡Nadie en el escritorio y con luz!

—Baje usted, Rodríguez—dijo D. Benigno, sintiendo otra vez el peso de la piedra sobre la nuca,—y llamaremos en el piso de arriba, ¡quizá esté arriba! Con esto y la ausencia de Francesco quedaría explicado el que nadie nos conteste. Lo que nadie nos explicará es lo de la caja abierta,

de la que sólo el señor Fiorelli guarda la llave y conoce el secreto.

—Mientras ustedes van arriba, yo permaneceré aquí por si el señor Francesco vuelve—propuso Luisa.—No está bien que yo vaya arriba.

—No, no está bien—asintió el padre, completamente aturrullado. —Quédate... Nosotros subiremos.

Y fueron los dos hombres al portal pequeño, del otro lado de la verja, y *pam, pam*, llamaron con el bastón y los puños y el timbre, sin que, tampoco, nadie, nadie les contestara. ¿Dónde estaban Enriqueta y Marieta? ¿Dónde las señoras? ¿Se habrían vuelto todos sordos en la fábrica y en la casa de Fiorelli?

—Aquí ha ocurrido algo, Rodríguez—dijo D. Benigno, á quien las palabras se le escapaban por el portillo casi afónicas;—es preciso que lo averigüemos, que lo evitemos si no ha ocurrido todavía ó está ocurriendo, y para esta obra misericordiosa necesitamos entrar. Pero, parece evidente

que no entraremos sin el auxilio de un cerrajero. Á traer un cerrajero, Rodríguez, á escape, que aquí espero.

Salió Pelitos á todo correr, como un galgo, y D. Benigno se reunió con Luisa, y los dos, paseando en la acera, delante del edificio, silencioso guardador de secreta tragedia quizá, se impacientaban, yendo cada cual en contrario sentido, Luisa del portalón al portal y D. Benigno del portal al portalón, y todo era encontrarse y suspirar y mirarse sin formular palabra. Cinco minutos tardaría el señor Rodríguez (alias Pelitos) en ir y volver, y á ellos les pareció que había tardado cinco horas y se lo reprocharan, si no viniera acompañado de un hombrecico, verdadero gnomo, que era así como una cabeza de gigante, toda peluda y enmarañada, que hubieran pegado al cuerpo de un enano. Andaba al són del manajo de llaves, llavines, ganzúas, cortafríos y demás útiles del oficio de ladrón que cargaba el enano gigantesco, el cual se conoció luego ser el vecino Giovanni Cor-

so, paisano de D. Paolo, quien dió fe, con sacudidas de la melena y bronco vozarrón, que nada se había oído en el barrio, y por tener su tienda arrimada á la esquina y estarse él desde el anochecer en el cordón de la acera, sentado en su silla, tomando el fresco, debió ver y no vió nada de particular, sino el bajar acostumbrado del señor Fiorelli y el subir desacostumbrado, porque no era la hora, y el volver á bajar, más desacostumbrado todavía.

—Según eso—observó D. Benigno,—el señor Fiorelli debiera estar en el escritorio y no está, ni en toda la fábrica, pues no contesta.

—No sé más—dijo el cerrajero en su media lengua—sino que *il signor* Fiorelli no está arriba, ni arriba está tampoco Enriqueta, la china, ni Marieta, á quienes mandó con cartas á Flores y á Belgrano, que así ellas me lo dijeron al pasar... He visto salir de aquí también á esa *prima donna* del teatro, que es parienta ó *sorella* de las señoras. Créanme ustedes, que es la *veritá*.

—Sí le creemos, hombre —contestó Luisa por los demás, aturcidos con tales noticias,—y que es usted un temible policía del barrio. A callar y abrir puertas, que detrás de la puerta encontraremos á la *veritú*, si es que no se ha metido en el pozo.

Agachó la cabezota el hombrecillo, y después de probar dos ó tres llaves, con una ganzúa lindamente forzó la cerradura y franqueó el portal. No había luz. D. Benigno, Pelitos y el Sr. Giovanni Corso encendieron cerillas, y á su claridad fementida subieron la escalera, quedando Luisa fuera, de guardia. Arriba se apagaron las cerillas, en el propio momento que observaban que la cancela estaba cerrada, como el portal: felizmente, no hubo necesidad de valerse de nuevas cerillas para distinguir lo que hacían y dónde se hallaban, pues la luz del farol del corredor alumbraba, mal que bien, hasta los primeros tramos, derramándose por los cristales. Igual maniobra que abajo empleó el cabezudo, después de agotar el repertorio de llamamiento los

tres, con el timbre primero y con golpes de bastón luego, y cuando entraron en el corredor, con más precaución que si anduvieran por campo enemigo, oyeron otros golpes en la puerta de la alcoba de la señora Tecla ó de la señorita Parmenia (ni D. Benigno, ni Pelitos podían asegurar cuál de ellas sería), golpes de dentro, de puño masculino, y una voz que decía con imponente acento:

—¡Abrid! ¡Abrid!

Era la voz del joven Hugo, sin duda ninguna. La temerosa idea del incendio, que tan soliviantados les tenía, hizo pensar al maestro y á Pelitos que el infeliz hermano del patrón estaba allí abrasándose, rodeado de llamas y á punto de perecer; de tal modo su apremiante reclamo en la casa silenciosa despertaba ecos de terror y compasión.

—¡Abrid! —repetía. —¡Aquí! ¿No hay quien abra? ¿No hay quien me oiga?... ¿Eres tú, Enriqueta? ¡Abre, abre en seguida!... ¿Quién es?...

—Sosiéguese usted—dijo D. Benigno al invisible prisionero,—que aquí venimos á sacarlo, su maestro, Landín, y Rodríguez, que no es otro que el Pelitos de abajo.

Calló la voz plañidera de súbito, y entretanto hizo D. Benigno que el cerrajero se acercara á forzar la tercera cerradura de la serie, sin pararse á desenredar la madeja de la encerrona, que para él y para su compañero cada vez aparecía más intrincada; el que acaso el pobrecillo discípulo, achicharrado ya ó asfixiado, cesara en sus voces, falto de fuerzas, le afligió tanto, y á Pelitos no se diga, que ambos cogieron cada cual, ó intentaron coger, una ganzúa del manajo del enano, á fin de ayudarlo en la salvadora tarea: mas no fué necesario ejercitar las artes de caco diplomado en que el Sr. Giovanni, sin agravio, era ducho, porque la llave propia asomaba en la cerradura, y ellos, en su atolondramiento no la vieron, y cuando la vieron la había dado el Sr. Giovanni las vueltas reglamentarias, y la trampa se abría de par en par...

Por cierto que en la alcoba no había rastros de fuego, ni llamas, ni humo ni nada que se rozara con el infernal elemento, si no es unas así como llamaradas de rubor ó de vergüenza que en las mejillas del acoquinado y confuso *bambino* se notaban. Apareció el *bambino* junto á la puerta, y en el fondo, replegada en el sofá, hundida la cabeza en el almohadón, y escudándose con él la cara, la señora Tecla, que otra no podía ser aquella mujer de cabellera negra, peinador de encajes y chapines de raso, que así se escondía de los curiosos.

D. Benigno, Pelitos y el gnomo de las melenas paseaban sus miradas del mozo á la moza, y hay quien afirma que fué el cabezudo el primero en sonreir, con un tintineo de hierros que quería expresar el *ahora lo comprendo todo* de las grandes situaciones. Pero D. Benigno y Pelitos, que tenían sus razones para no ir por los mismos derroteros, no comprendían nada y menos lo de las voces del joven.

Como Hugo no hablaba, pareció al discreto D. Benigno que holgaban palabras y menos explicaciones delante de extraños, y así limitóse á preguntar qué era del señor Fiorelli y si sabía dónde estaba.

—Porque he recibido una carta suya—añadió—tan singular, que aquí hemos venido éste, Rodríguez y yo, y por hallar todo cerrado á piedra y lodo, recurrimos al señor Corso. Abajo no aparece el señor Fiorelli; atrancado el portalón, no contesta alma viviente...

Hugo balbució, muy bajo y esquivando el rostro:

—No sé... Búsquelo usted, señor Landín, en su despacho... Estará en su despacho.

—Con su permiso—dijo D. Benigno,—pasaremos al despacho.

Apartóse Hugo, y entraron los tres, el señor Giovanni también, pues podían hacer falta sus auxilios en aquel lance, caracterizado por el curioso cierre de puertas. La señora Tecla, ó quien fuese la mu-

jer del sofá, desmayada ó dormida, no se movió, y los tres, sin inconveniente, y sin que Hugo les acompañara, visitaron la alcoba de D. Paolo y el despacho, no encontrando ni descubriendo otra cosa que el detalle de los papeles rotos en el despacho. En el escritorio de abajo también acababa de verse papeles rotos. Por allí era evidente que había andado D. Paolo, firme en su idea destructora. Abajo también. Pero ¿dónde estaba, y qué causa, qué misterioso motivo impidió ó demoraba el que la fábrica y la casa y todo ardiera en aquel momento, según él lo tenía terriblemente dispuesto?

Advirtió Pelitos que como las ventanas daban al patio de la fábrica, con sólo asomarse podían saber lo que abajo ocurría, y se asomaron, y se mostró el espacioso patio solitario y libre de toda señal incendiaria. La larga vista de Pelitos intentó columbrar si la barra del portalón estaba puesta; pero no se lo consintió la oscuridad del zaguán.

Moviendo la cabeza enorme, cual si gastara resortes, insistió el enano:

—*Il signor Fiorelli*, abajo; yo no lo he visto salir. Créanme ustedes, que esta es la *verità*.

—Abajo vamos por ella—dijo D. Benigno; ya me tarda en toparla, tan mareado estoy y sin brújula. Abajo todo Cristo.

En esto oyeron unos gritos que se elevaban del fondo de la casa, y parecían de nuevo 'prisionero, porque clamaba la voz:

—¡Abranme! ¿Quién me ha encerrado? ¿Dónde está Enriqueta?... ¡Enriqueta! ¡Marieta!

Fueron, y abierta la puerta con su propia llave, salió toda sofocada misia Gorgonia, inquirendo quién y por qué la encerraron, qué escándalo era aquél de carreras, de campanillas y de invasión de extraños, con tan descompuestos modos, que, por suerte suya, la ausencia de la china la libró de recibir la más copiosa lluvia de mojicones de la temporada.

Nada respondió D. Benigno, pues él

mismo no sabía qué diablo enredaba en la casa tanta travesura, y así dejaron que la señora despotricara á todo trapo, y bajaron para tratar de entrar por el portalón merced á las artes del señor Giovanni, siempre que la barra no lo impidiera, que si lo impidiese, ya excogitarían otro medio de colarse.

Antes requirió D. Benigno á Hugo, que por allí andaba como un pasmarote, para pedirle que les acompañara en la pesquisa, y Hugo se avino á acompañarles, sin responder palabra, dejándose llevar á semejanza de reo que se entrega á la justicia, agachado bajo el peso de su culpa...

En la acera esperaba Luisa, y con ella el viejo Francesco, que de llegar acababa con Carmelita, la bella Salomé. Contó D. Benigno, que actuaba de jefe de la banda policíaca, lo sucedido arriba y cuál era la convicción general de que D. Paolo no había salido de la fábrica, y á esta opinión se agregó la fundamental de Francesco, que conocía muy bien las costumbres del amo, por su convivencia de tantos años.

No había menester de más deliberaciones, sino tratar de entrar en la fábrica, aunque fuese por el tejado. Dirigióse el grupo al portalón, y mientras el Sr. Giovanni ensayaba sus ganzúas, se escuchó triste maullido, y bajándose Carmelita, recogió á Falucho que, en un hueco, acurrucado estaba.

—Preferiría encontrar el gato encerrado, que no libre—dijo D. Benigno;—que es mala señal ésta de que los gatos abandonen la casa, ya que por su gusto no la abandonan nunca.

—La barra está puesta—afirmó el enano;—por aquí no se puede entrar.

—¿Por dónde se puede entrar, Francesco?—preguntó el maestro.—¡Hay que entrar!

Había que entrar. Todos lo reconocieron. Ahora sí que era indispensable, obligatorio entrar. Porque detrás del portalón estaba la *veritá*, que decía Corso. Un soplo de frío estremeció á todos. Hugo se apoyó en la pared, imaginando que la *veritá*

pronta á surgir, era el cuerpo del *fratello*, atravesado por la bala de su infamia.

—Encima del reloj hay una ventana—dijo Francesco—con una cuerda es fácil descolgarse por ella...

Se resolvió que Pelitos, el más flaco y liviano, se descolgara por el ventanuco, y que los más fuertes, Francesco y el señor Giovanni, le ayudarían á descolgarse. Arriba no faltaría cuerda de qué valerse. Y en tocando el patio, correría Pelitos á quitar la barra y la llave del portalón.

No había dado D. Benigno la orden, y ya los escogidos desaparecían tragados por el portal del lado. Entretanto, al grupo se habían sumado transeuntes y vecinos: los unos, porque allí donde se juntan cuatro personas es señal de curiosidad, y la curiosidad para las gentes es como el azúcar para las moscas; los otros, porque, á causa del calor, estaban en balcones y ventanas, y las idas y venidas en torno de la fábrica les picó la atención y atrajo, como á los demás; de suerte que si no eran treinta

los que esperaban, unos que el portalón se abriera, otros que cayera un bólido del cielo, serían cuarenta, y aún la suma resultará equivocada.

Todo el tiempo que duró la complicada faena del ventanuco, ¿media hora? ¿una hora? no cesó Falucho de mayar, de suspirar Carmelita, de impacientarse D. Benigno y Luisa, de tejer comentarios todos, sazonados de risas de los indiferentes. El único que no se movía, que no hablaba, pegado á la pared cual figura de piedra, era Hugo. Hasta esquivaba el tropezar con la mirada de D. Benigno, y D. Benigno evitaba también el mirarle, á pesar del reconcomio interior que le ahogaba.

Cuando sonaron en el patio los pasos de Pelitos y el gruñir de la barra de hierro anunció el fin del plantón, apretóse la ola de curiosos poderosamente empujada, arrollando al enano, á Pelitos y á Francisco, tan pronto como giró la pesada batiente... Entraron primero los desconocidos, y

Falucho, saltando por cima de todos, ingrato al dulce halago de la bella embalsadora; luego, cada cual como pudo, entre codazos y estrujones.

D. Benigno, el último, arrastró á Hugo, que no demostraba mayor prisa, completamente alelado.

—A usted toca, joven—insinuó el maestro—presidir esta pesquisa dolorosa. ¿Qué es de su hermano? ¿Dónde está nuestro querido patrón? Vamos á saberlo en seguida.

Tampoco respondió Hugo, y se dejó llevar de D. Benigno, hendiendo el grupo de curiosos, seguido de cerca por Luisa. Como el escritorio era la primera puerta á la derecha, y se mantenía abierto y con luz, entraron en el escritorio, y aquellos detalles ya anotados fueron examinados escrupulosamente, sobre todo el de la caja de hierro, cuya inspección recomendó Landín al señor Giovanni.

—¿Es robo?—preguntó uno que ignoraba qué hacía allí.

La monstruosa cabeza del enano se agitó negativamente.

—Está abierta con su propia llave—sentenció después de una pausa,—y la prueba es que la propia llave aquí está en la cerradura... y ha sido abierta por la propia mano del amo ó de quien poseía la llave y conocía el juego mecánico para abrirla.

Salieron del escritorio, y rastreando fueron á los dos talleres, el de amasijo y el de adorno, el de embalaje, al depósito de cajas... Luisa, D. Benigno y Pelitos, á quienes el misterio de la carta embargaba, buscaban y creían ver por todas partes el emjambre de abrasadoras llamas cortándoles el paso. Y andaban, de taller en taller, con el grupo de curiosos detrás, buscando, buscando...

Llegaban al secadero y notó Pelitos que estaba á oscuras. Antes que pudiera dar luz, brotaron en casi todas las manos encendidas cerillas, y la procesión silenciosa adquirió tonos funerarios. De dentro salía el característico olor de la pasta cruda, y

los bastidores, cargados de gruesos cordones amarillosos, que en el lenguaje culinario se señala por el nombre italiano de *macarrones*, se alineaban á uno y otro lado, mostrando un espacio libre que iba desde la puerta hasta la pared frontera, cortada por ancho vasar. Pues, en este espacio, á la claridad de las cerillas, se vió algo que hizo retroceder y dar un grito á Carmelita, la primera en entrar al secadero.

Todo fué gritar Carmelita, y en un movimiento de irrupción irresistible se fundió el grupo hacia adentro, quedando sin adelantar poco más de un palmo...

Porque, tendido de bruces en medio, abrazado á una caja vacía de *Teclas*, y en un charco de líquido que olía á petróleo, aparecía un hombre, herido ó muerto. Don Benigno, Pelitos y el viejo Francesco lo volvieron, y reconocieron á D. Paolo, negra la cara por el apoplético rayo que lo tumbara en el momento de realizar su espantoso proyecto, impresa en los ojos la visión del incendio imaginario...

Al grito de Carmelita, al zumbar de los comentarios, respondió el hondísimo, el sincero sollozar de Hugo, arrodillándose junto al cuerpo inanimado del *fratello*...

.....

Transeunte que pasas por la calle de Centro-América, y te detienes ante la enladrillada fachada de la fábrica de Fiorelli, si lector mío fueses, por milagro, y enterado de esta tragicomedia novelesca, sintieras comezón por saber qué fué de Hugo y de Tecla, qué se hizo la digna misia Gorgonia de Ulrria, y en lo que pararon Marquitos y Parmenia, pregunta, y se te dirá que Hugo marchó á Italia, una vez cumplidos sus últimos deberes fraternales, con ánimo de vestir hábito, como su tío D. Girólamo; que Tecla y misia Gorgonia, proscriptas del piso que hoy ocupa una familia extranjera, ruedan por los intrincados, oscuros y secretos laberintos del vicio, y seguirán rodando mientras alienten ó encuentren otro Fiorelli en su tortuosa senda, si es que no consigue reabrir su afamado

salón de galantería por lo fino la coronela; que *Parmenia* y *Marquitos*, separados al cabo de los ocho días, la corren cada cual por su cuenta: *Marquitos* en Chile y en el Uruguay. *Parmenia*.

Si quieres saber más, y te interesa la suerte de la otra *Ulrria*, Concepción, la roja y abultada flor del seibo, te contarán que se casó con *García Chico*, luciendo azahares y toda la pesca.

También se te dirá que no se ha perdido, á pesar de desdicha tanta y trapisonda, la receta de las galletas y pastas para sopa que han hecho célebre la marca de *Fiorelli*, y hoy, como ayer, continúan fabricándolas, con el mismo esmero y pulcritud, los sucesores del infeliz D. Paolo: las *Teclas*, gustosísimas, el *Hugo*, dulce y amargo como el pecado, las *Perfectas*, las *Ultras*, las *Exquisitas* y demás bocados cardenalicios.

Y si eres goloso, ¡oh transeunte! ¡oh lector mío benévolo!, pruébalas, pruébalas, que nos darás las gracias, al viejo Francesco,

jefe de la nueva fábrica, por habértelas servido, y á mí por habértelas recomendado, teniendo la seguridad de que esto no es reclamo, sino justicia.

FIN

Job 3954 Date.....  
Mend by 3 Time 4:50 - 6:07  
Stab by 2 No. Sect. 122 Sew by 2  
Score..... Press..... Strip Sect.....

This book bound by Pacific Library Binding Company, Los Angeles, specialists in Library Binding. Our work and materials are guaranteed to wear indefinitely to satisfaction of purchaser, and any defects appearing in either will be made good without additional charge. "Bound to wear."









863.61 015D



a39001



008181854b

24806

